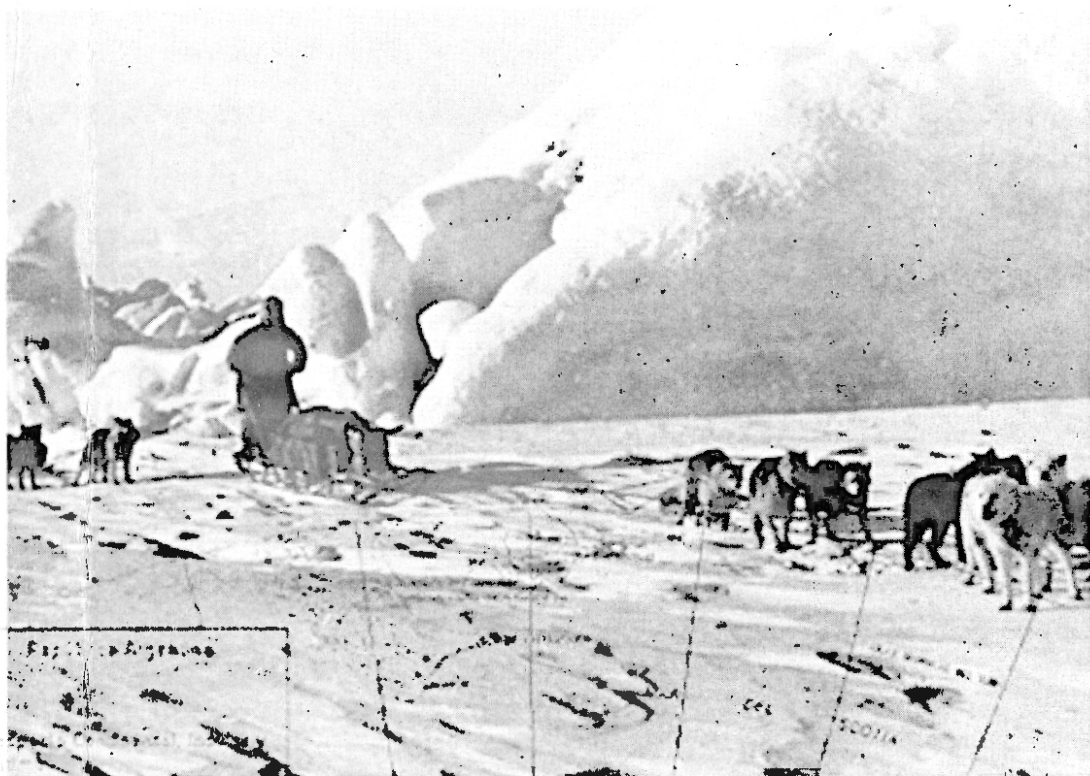


ANTÁRTIDA ARGENTINA



50 Años Después

Un año de vida en el Destacamento Militar
Esperanza.

Trabajos, emociones y aventuras

EMILIO CARLOS OLSSON

Tapa: Una expedición en la Antártida Argentina.
Fotografía obtenida por el Señor Italo César Sani.
- Base Militar Esperanza- Año 1954.

Diseñador: Iván Alejandro Rendón

I. S. B. N. (987-43-9422-6)

Queda hecho el depósito que indica la ley 11.723.

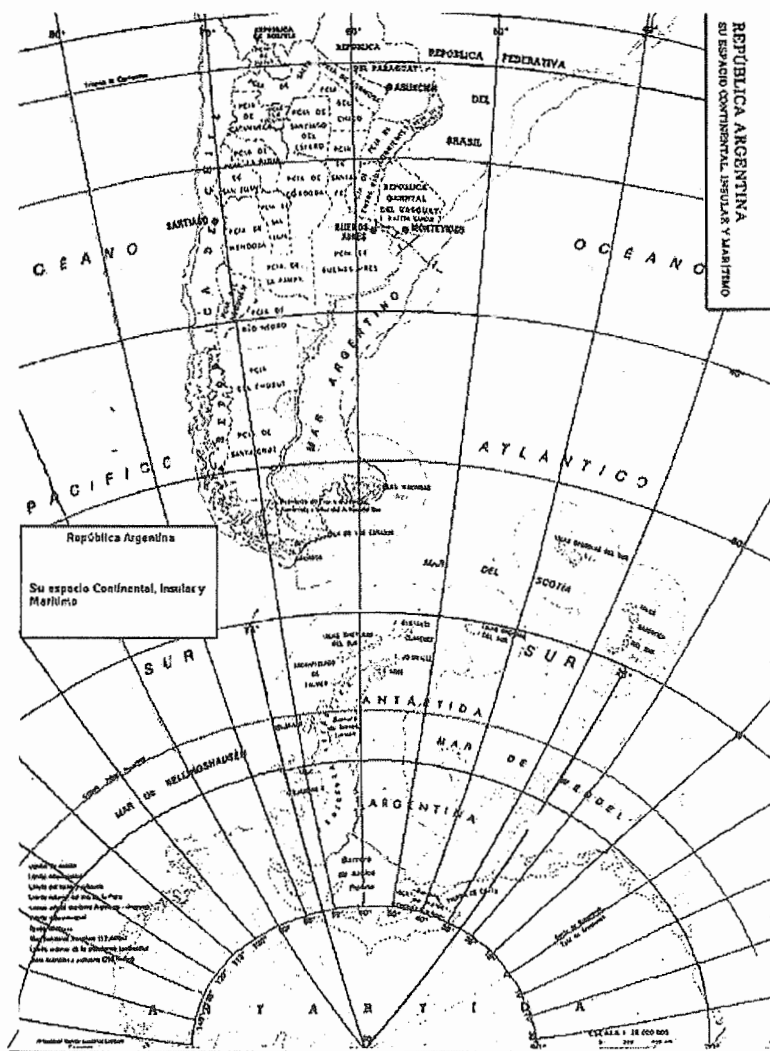
Impreso en la Argentina.

Primera Edición: 1000 ejemplares.

Impreso en **Agrovalle S.A.** en el mes de Julio de 2005.
Entre Ríos 960 - 3364 Aristóbulo del Valle - Provincia de Misiones.
Teléfono: (03755) 470583

*A mis padres
Y a las autoridades y empleados
Del Instituto Geográfico Militar
Que luchan y se sacrifican en el
Fiel cumplimiento del deber.*

Mapa de la Republica Argentina



50 AÑOS DESPUÉS

Este es, en realidad, un libro escrito con mucho sentimiento. A pesar de lo que pueda pensarse del título, es un libro lleno de calidez, que nos muestra una realidad distinta a la que vivimos cotidianamente los habitantes de la tierra misionera.

La clave de este libro es mostrar a la Antártida como algo más que un suelo frío y helado, como la imaginamos a la distancia. Quienes lean este libro comprenderán que no es así. Los vívidos recuerdos de Emilio Carlos Olsson, relatados con extraordinaria precisión, nos remontan a ese tiempo de lucha contra el clima, de resistencia casi sobrehumana de sus compañeros, sostenidos por la vocación de sostener allí la presencia argentina en el continente blanco.

La descripción del viaje de partida resulta por demás interesante, sobre todo en la narración de los sentimientos encontrados: por un lado la añoranza de la propia tierra, donde dejaba su familia y sus afectos, y por el otro el sentimiento profundo de amor a la Patria, que lo llevaba a acometer esta empresa. El relato y la interpretación del autor de los cambios de paisajes, sobre todo cuando rememora su visión de nuestras Islas Malvinas, y reivindica su pertenencia a la Nación Argentina, generan ciertamente emoción.

A través de la lectura de las páginas, cuya lectura es amena por la prosa sencilla y la abundancia de logradas metáforas, se descubre una Antártida distinta: surge un continente cálido, por el relato de camaradería con los demás argentinos que componen el destacamento argentino en esa región del mundo, y por la colorida

descripción que se hace de esos paisajes, que uno creía eran monótonamente blancos y helados.

La referencia a la fauna del lugar, detallista y didáctica, y la forma en que se cuenta la relación estrecha entre animales y expedicionarios, señala un vínculo solidario en un medio tan agreste y hostil. Es uno de los pasajes más interesantes y casi tiernos de este libro.

El relato de este año de permanencia en la Antártida, sin dudas, tiene el valor no sólo de un mero relato personal. Posee la dimensión de un verdadero documento histórico, por el tiempo transcurrido y por el significado que tiene el sustentar la presencia y la soberanía argentina en el sector antártico argentino. Las abundantes fotos que ilustran el libro, descriptivas de por sí, complementan y enriquecen la prosa del autor.

La obra de Olsson, su primer libro como lo señala inicialmente, tiene la vasta riqueza de la espontaneidad, la autenticidad de un relato genuinamente personal, y los lectores que en lo sucesivo recorran sus páginas le sabrán dar el valor que merece no sólo por la epopeya de quienes pasan en esa tierra años de su vida, sino por la intensa fortaleza de espíritu que los anima a sobrellevar las dificultades.

Eduardo Enrique Torres,
Abril de 2005

PRÓLOGO

Este es mi primer libro.

Es el relato fiel de un año de vida en un destacamento de la Antártida Argentina con sus trabajos, emociones y aventuras. Su contenido ha sido leído por muchos compañeros que me alentaron y por algunos escritores que se ofrecieron a corregir su estilo. Yo creo que las emociones y sentimientos que se viven y las observaciones y experiencias que se recogen, deben ser exteriorizados con las propias palabras. Por eso, no he cambiado una sola de ellas y ofrezco mi libro así, con errores quizá, pero fiel reflejo de mi manera de sentir.

En sus páginas, se incluye el diario de una larga expedición que recorrió cientos de kilómetros sobre el continente, el mar helado y el Shelf-Ice, soportando temperaturas inferiores a los cuarenta grados centígrados bajo cero y vientos con ráfagas que superaron los doscientos kilómetros por hora.

Observaciones sobre la vida de campaña, la indumentaria, la alimentación, el cuidado y adiestramiento de los perros y la vida de las focas y pingüinos, van alternando con anécdotas que contribuirán a dar una idea de las actividades que se desarrollan en tan apartado rincón de la patria.

Las fotografías documentales que se publican, obtenidas casi todas por el fotógrafo Don Ítalo César Sani, en esfuerzo extraordinario, ayudarán al lector a formarse un concepto claro de lo que se relata o explica.

Lectores amigos: En vuestras manos dejo mi obra, muy imperfecta quizá, esperando que ella os resulte útil y agradable. Yo quedo con el pensamiento lejos, donde otros hombres argentinos continúan luchando con las tormentas y los hielos allí, en la Antártida nuestra, donde la Cruz del Sur culmina en el Cenit.

Pueblo Salto, Oberá, Misiones. 7 de Diciembre de 1955.

Emilio Carlos Olsson

PROA AL SUR

Era el día 2 de diciembre de 1953. Desde un cielo sin nubes, el sol nos despedía abrasador como si quisiera dejarnos el recuerdo de una potencia que sus rayos no tienen allí, en las tierras blancas y desoladas del Sur lejano. Casi no soplaba viento, una brisa ligera y muy cálida movía apenas algunas hojas de los árboles de la costa. El barco, que estaba casi inmóvil, como dormido sobre las aguas del río, comenzó a alejarse despacio. Iniciaba yo el viaje largo que, tantas veces, había llegado a mis sueños con la seducción de lo desconocido y misterioso. Estaba pensativo, como si no viviera la emoción de la despedida. Sí, estaba viviendo únicamente mis emociones, mis ideas, la iniciación de un sueño que se cumplía. Reaccioné de pronto, comprendí la realidad de mi partida, y miré hacia la costa, que quedaba atrás, como si entre todas aquellas madres que levantaban sus pañuelos húmedos de lágrimas, estuviera ella. Alcé las manos y yo también, como otros, saludé a mi madre; pero ella no estaba en el puerto. Quizá, sin tener el valor para ver como el barco se llevaba a un hijo hacia un lugar tan lejano y misterioso, prefirió llorar su partida y ocultar sus lágrimas. Yo sabía del dolor de mis padres, para mí los más humildes y los más buenos, y sentí que, involuntaria pero firmemente, las lágrimas comenzaban a brotarme.

Buenos Aires fue quedando atrás, desaparecieron sus rascacielos imponentes y el humo de sus fábricas formaba, en lo alto, una bruma negra. El sol de la tarde acariciaba el agua del río, el buque avanzaba.

Adelante, muy lejos, hermosamente blanca y terriblemente fría, la Antártida inhóspita nos esperaba con sus hielos y tormentas.

RUMBO A USHUAIA

Los días siguientes fueron calmos y templados. El buque, Bahía Buen Suceso, se detenía, de tanto en tanto, para que los hombres de ciencia pudieran realizar las observaciones oceanográficas, determinar la profundidad del mar, la intensidad de sus corrientes y el análisis químico de sus aguas. En el salón de fumar, cada hombre comentaba su misión y las horas transcurrían en un ambiente de cálida armonía.

El día 7 de diciembre, pasamos los 50° de latitud Sur. La temperatura era agradable, soplaba una brisa fresca. El cielo estaba despejado, el mar aumentaba, poco a poco, el tamaño de sus olas y el sol parecía querer acompañarnos siempre pues, a medida que avanzábamos hacia el Sur, salía más temprano y se ocultaba más tarde. Poco antes de oscurecer, aparecieron a nuestra vista las Islas Malvinas con sus montañas milenarias. Tantas veces, había sentido hablar de esas islas que han sido y son, por legítimos derechos, argentinas, que poder ver sus costas me llenó de emoción y me hizo reafirmar el juramento de dar mi vida, si necesario fuera, por defender la soberanía del Territorio Nacional. El 8 de diciembre, las recorrimos por su borde Oriental, a unos diez kilómetros de distancia. A medida que avanzábamos, pude ver desaparecer sus paredes rocosas como si se ocultaran bajo el agua. Miré al frente y solo había mar, un mar orgulloso de su inmensidad. Al día siguiente, la Isla de los Estados nos mostró sus montañas desoladas. Sobre ella se levantaban nubes blancas y extrañas. Alrededor del barco volaban, ágiles y curiosos, gran cantidad de albatros. En el agua nadaban pingüinos vestidos de negro con su pecho blanco. A lo lejos, aparecieron las costas de Tierra del Fuego, luego nos

introducimos en el Canal de Beagle que nos ofreció el panorama más hermoso que se puede imaginar. Los cerros verdes por el bosque, las montañas cubiertas de nieve; de tanto en tanto, a la orilla del mar, aparecía un aserradero o la casita de algún leñador. El sol salía a ratos, para realzar la belleza, mientras un viento frío parecía empeñado en castigar con sus ráfagas. De pronto fue apareciendo Ushuaia. Ni los cuadros más hermosos, ni las fotografías mejor logradas, podrán jamás dar una idea aproximada del maravilloso paisaje que se nos presentaba a la vista.

Tantas veces, cuando niño, había pensado en la cárcel de Ushuaia, donde estaban privados de libertad los homicidas más terribles, que me imaginaba que ella se levantaría lóbrega en medio de un lugar desolado. No había imaginado que allí, en aquel apartado rincón de la patria, Dios había puesto tanta hermosura. Todo parecía un canto maravilloso a la vida y al amor. Sin embargo ¿No sería aquél paisaje de ensoñación como una burla para aquellos seres infelices, de sentimientos y conducta oscuros? ¿No eran, acaso, aquellos mismos cerros los que limitaban el horizonte? ¡Quién sabe cuántos presidiarios habrían querido traspasar esos cerros con la mirada y ver un campo a la distancia, o una casita que les recuerde la de sus padres o el hogar ya perdido! ¡Cuántos infelices habrán muerto odiando aquellas moles de roca, siempre inertes y calladas, testigos mudos de prisión y dolor!

Afortunadamente, la cárcel de Ushuaia se había cerrado. Otras ideas más humanas se ponían en práctica en el país. El triunfo de las corrientes positivistas del derecho penal, el fiel cumplimiento de las cláusulas de la Constitución Nacional, el pensamiento de Platón cuando decía que la pena no debía ser un castigo sino una medicina para el alma. No se me ocurría pensar que, poco después,

volvería a ser abierta no para castigar como antes, a terribles delincuentes, sino para encerrar, en medio del terror, a personas que habían cometido el “delito” de no pensar como otros argentinos. Alguna vez leí que Enrique Muíño, uno de los actores más prestigiosos del cine nacional, estaría encarcelado allí, víctima del terror y la prepotencia de los que usurpan el poder.



“Llegamos a Ushuaia. De frente el mar, atrás su montes y sus cerros”

El 10 de diciembre, llegamos a Ushuaia. De frente el mar, atrás sus montes y sus cerros. El Olivia, imponente, nos mostraba sus picos nevados. Más allá, el Cinco Hermanos escondía sus cimas entre nubes bajas. Pocos automóviles circulaban por las calles silenciosas. Las casas, casi todas de madera, daban una nota característica a la población. Allí se desarrollaba la vida tranquila de dos mil personas que, sin conocer el bullicio de las grandes

ciudades, quizás, habían encontrado su felicidad junto a las montañas y a la orilla del mar.

Muchas veces, recorriendo una calle cualquiera, pensaba que no era real lo que mis ojos veían, que estaba en un lugar soñado. ¡Todo me parecía extrañamente bello! A las veintidós horas, era prácticamente de día. La noche parecía tímida y avergonzada de sus sombras. Las estrellas, muy pálidas, apenas confirmaban su presencia. No soplabla viento y, desde los cerros, me llegaba una claridad de nieve. Yo admiraba aquel paisaje de tenue noche clara, la calle estaba desierta, el pueblo sumido en profundo sueño y sentí un temblor, quizás de frío o de soledad o de aquella sensación extraña que se había adueñado de mi alma. Reaccioné y me alejé del lugar, mientras el día no se resignaba a morir. Reinaba una quietud y un silencio tan grandes que únicamente se oía el ruido de las aguas del mar.

11 de diciembre: Las puntas nevadas de los cerros invitan a llegar a ellas, atraen con fuerza indescriptible. Yo me decidí, en un instante, y salí deseoso de llegar a la nieve de las montañas. Subí pendientes, crucé arroyos que bajaban ligeros formando cascadas, me interné en el bosque, casi impenetrable, y me sorprendió un silencio profundo. Ningún pájaro, ni mariposa ¡nada! ¡Los árboles inmensamente solos! Seguí caminando con dificultad, entre troncos caídos y arbustos. Subí nuevas pendientes y miré hacia arriba, donde estaban las rocas nevadas, maravillosamente bellas. Rato después, me encontré caminando sobre la nieve. ¡Qué sensación de soledad y de insignificancia ante las enormes paredes de roca que se levantaban vestidas de blanco!



"Otra vista del puerto de Ushuaia"

Abajo, estaba Ushuaia, con su iglesia pequeña, su puerto y sus casitas humildes. Más allá el estrecho de Beagle. Del otro lado las montañas chilenas. Todo formando un conjunto armónico, un paisaje inolvidable. No soplaba viento, el cielo se cubría a ratos y caían entonces unas gotas frías. Sólo el río que bajaba a saltos rompía un silencio de muerte que era expresión de paz.



"Un paisaje fueguino"

PARECÍAN CASAS ENCANTADAS

El 13 de diciembre, a las veinte horas, el Bahía Buen Suceso dejó Ushuaia para lanzarse definitivamente al Mar de Drake. Retrocedió sobre el canal de Beagle, pasó frente al vapor "Montes Cervantes", que hace más de veinte años yace sepultado por las aguas; y siguió su marcha segura, dejando una larga estela en el mar.

Al día siguiente, nos encontramos en el Drake, unión de océanos, testigo de terribles tormentas, quizás el de las aguas más agitadas del mundo.

Las olas sacudían al barco que se balanceaba como un juguete de las aguas, de un azul intenso que nos hablaba de profundidad. Una niebla espesa, gris, impedía ver a más de ochenta metros. Hacía frío, la temperatura de las aguas era de tres grados centígrados.

El día 15 de diciembre, dejamos el Drake y nos internamos en el Mar de la Flota, azul y tranquilo. La neblina fue disipándose poco a poco, el termómetro marcaba cero grado, el sol no se dejaba ver.

A lo lejos, a más de cien kilómetros de distancia, como si fuera un conjunto de nubes blancas, aparecieron, casi pegadas al horizonte, las Islas Smith. Seguimos avanzando, la temperatura disminuía, el cielo fue despejándose, asomó el sol débilmente.

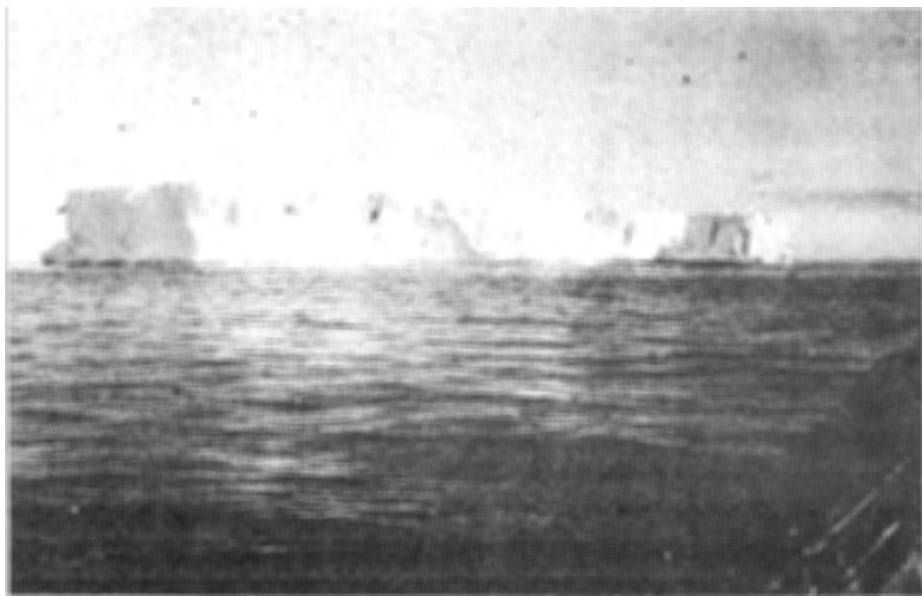
De pronto, como inmensas paredes rocosas, como murallas enormes, se nos presentaron los primeros témpanos. El paisaje se

tornó maravilloso. Hacia el Oeste, fue quedando la Isla Smith, con sus nubes blancas, y los témpanos tomaban una coloración oscura por la sombra. Hacia el Este, afloraban otras islas con grandes montañas nevadas y los témpanos, al recibir de lleno los rayos del sol de la tarde, nos mostraban su cara iluminada, blanca ¡Hermosamente blanca!

Poco antes de la entrada del sol, estábamos rodeados de témpanos. Parecían casas encantadas de un cuento de hadas. La acción erosiva del viento, del agua, o simplemente la mano caprichosa de la naturaleza, les dio arcos tornasolados, pórticos e inmensas galerías. Parecían palacios flotantes de un mundo de ensueño, con una blancura salpicada de reflejos azulados.



"Parecían palacios flotantes de un mundo de ensueño con..."



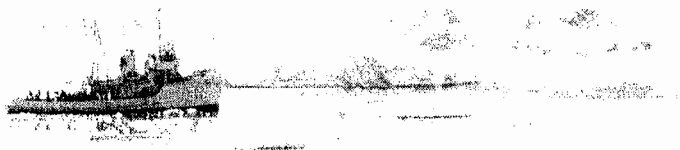
“Un témpano”

Nadie que no haya presenciado una entrada de sol en medio de los mares de la Antártida podrá jamás, con su imaginación, encontrar un paisaje parecido al que se ofrecía ante nosotros. El cielo estaba azul claro, las montañas cubiertas de nieve recibían las últimas caricias del sol y se vestían de rosa, los témpanos adquirían tonalidades distintas, según los efectos de la luz o de la sombra, y el mar, ligeramente verdoso, reflejaba ora la blancura de un témpano, ora el rosa de la montaña, ora el titilar de alguna estrella aventurera que quiso ver los últimos destellos del día. Y el barco, como un dios de las soledades, seguía su ruta, sorteando hielos y esparciendo el humo sucio de sus chimeneas por aquel mundo del frío y la belleza.

El 16 de diciembre, fue un día similar a los anteriores. No soplabla viento. Las montañas, completamente blancas, parecían masas enormes de hielo puro. El mar llevaba, al vaivén de sus olas, desde los témpanos enormes hasta los diminutos cristales de hielo.

Con forma de personas, de animales o de monstruos gigantes, siguieron desfilando infinidad de témpanos.

A las siete de la tarde, aparecieron, a lo lejos, las casitas del Destacamento Almirante Brown, a las orillas del mar, al pie de las montañas. En lo alto de un mástil, flameaba la Bandera Argentina. Estábamos en una hermosa e indiscutible prolongación de la patria.



"Las embarcaciones de la Marina de Guerra surcan los mares del Sur"

PISAMOS TIERRAS ANTÁRTICAS

El 17 de diciembre, visitamos el destacamento y saludamos con respeto y admiración a los hombres que habían permanecido allí durante un año, en celoso y heroico cumplimiento del deber. Luego, atraídos por la novedad, escalamos los cerros más próximos, nos revolcamos en la nieve y, por último, fuimos hasta una cruz, símbolo cristiano levantado en lo alto de un cerro y, en medio de la soledad y grandeza en que se manifestaba la naturaleza, elevamos nuestra mirada al cielo y nuestro pensamiento a Dios. Yo sentí una emoción profunda. Me pareció que Él estaba muy cerca, que toda aquella blancura formaba parte de un templo inmenso que tenía como techo al cielo y como guía la cruz de Cristo.

Todo estaba en calma pero, de rato en rato, se sentía el ruido semejante al trueno que producían los grandes bloques de hielo que se desprendían de las costas agrietadas para caer al mar. Después, todo quedaba en silencio. Pero las aguas habían conseguido arrancar de las costas un nuevo témpano que comenzaba su historia. Solo Dios sabe cuántos años seguirá flotando sobre aquellos mares, recibiendo la caricia de la nieve, el azote de las tormentas, el desgaste del sol y del agua. La erosión irá labrando en él formas distintas y el témpano seguirá su historia, al vaivén de las olas, quedará prisionero del hielo en los inviernos crudos, recuperará su libertad en el verano y quizás, un día, arrastrado por el viento en loca carrera hacia el Norte, encuentre su fin ante un sol menos débil y aguas más tibias. Y allí, en las costas acantiladas de hielo, los glaciares seguirán su avance y nuevos derrumbamientos originarán la historia de otros témpanos que serán, también, juguetes de las olas del mar.

BAHÍA ESPERANZA

El 18 de diciembre, el transporte Bahía Aguirre llegó también a Almirante Brown y, todos los que debíamos dirigirnos a Bahía Esperanza, recibimos la orden de trasladarnos a él. El barco reinició su marcha; atrás se veían las casitas que constituían el destacamento y, en medio de los témpanos, sobre un mar en calma, quedó, desafiante y con gallarda estampa, el Bahía Buen Suceso.

Al día siguiente, apareció a la vista Bahía Esperanza con el Monte Flora salpicado de blanco, el Pirámide terminado en punta, el Taylor, con sus novecientos ochenta metros, como soberano del lugar, las costas de hielo cayendo bruscamente al mar y, como un pequeño manchón negro, se distinguía apenas el Destacamento Naval. El paisaje antártico se nos presentaba maravilloso pero muy blanco y sin vida. Únicamente afloraban del manto de hielo algunas rocas desnudas y estériles. Ningún árbol ni arbusto, nada verde entre los cerros, todo triste y helado y sin embargo bello. Sentí la necesidad de desafiar a la naturaleza inhóspita y cumplir satisfactoriamente la misión que me había encomendado el Instituto Geográfico Militar.

Fuimos penetrando a la bahía. A unos dos mil metros de la costa, el barco se detuvo y nos trasladaron en lancha hasta el pequeño muelle, que estaba a unos doscientos metros del Destacamento Naval.

Recién habíamos llegado a destino y ya llevábamos impresiones tan gratas que no podríamos olvidar jamás. Conocimos un mundo nuevo y todo aquello, mar y tierra, hielos y rocas, constituían un pedazo grande de patria.

LOS INTEGRANTES DE LA DOTACIÓN

Finalizó aquel viaje maravilloso y comenzó lo más difícil, la adaptación a un régimen de vida nuevo, en medio de un clima muy riguroso.

Llegué al muelle en compañía del Doctor Marana, destinado a ser el médico del Destacamento Militar y del Teniente Juan Alba Posse, compañero querido desde los primeros años de la infancia. Lo primero que me sorprendió fue la gran cantidad de hombres que trabajaban activamente transportando cajones de víveres, bolsas de carbón, tambores de combustibles, etc.

En el muelle, listo para embarcar hacia San Martín, estaba el Capitán Leal, que había sido el Jefe del Destacamento Militar durante el año 1953. Tenía una larga y tupida barba negra, que le daba el aspecto de hombre de otras épocas. No pensé yo, en ese instante, que cuatro o cinco meses después, tendría también una barba así, muchas veces endurecida por el hielo. Luego, conocí al Doctor Lucero, médico del Destacamento Naval, con el cuál tuve una ligera y amable conversación. Un poco desorientado, me encaminé hacia el Destacamento Naval, donde nos alojaríamos, provisoriamente, todos los integrantes del Destacamento Militar. Nuestro jefe era el entonces Mayor Castro, a quién ya había conocido en el barco. El Capitán Benavides, que hacía un año que estaba en la Antártida, me causó una óptima impresión pues resaltaban en él cualidades que luego pondría, muchas veces, de manifiesto durante el año. El Capitán Narvaja me recibió muy serio y me dio una serie de advertencias relacionadas con los peligros de la Antártida. No tardé en conocer al Señor Sani, el químico y fotógrafo del destacamento, más tarde gran amigo mío. Con los

suboficiales, todos excelentes camaradas, me unió, enseguida, una profunda amistad que sigo conservando. El Suboficial radiotelegrafista Ponce, celoso cuidador de los aparatos de radio, nos aseguró el servicio permanente de telegramas y radiocomunicaciones con Buenos Aires y el resto del país. El Sargento Ayudante Balegno, que ya tenía un año de antigüedad en aquellas tierras del Sur, serio y callado, fue uno de los primeros en ganarse mi confianza. El Sargento Ayudante Franco, morocho, alto y corpulento, rebosaba de entusiasmo en aquellas tierras del Sur. El Sargento Ayudante Bonabello, con el que luego compartiría risueñas y peligrosas aventuras. El Sargento Liquitay, nuestro querido profesor de esquí. El Sargento Radiotelegrafista Alonso, con quien realizaría una larga expedición de trabajos topográficos. El Cabo de Reserva San Bucetti, el motorista del destacamento, siempre contento y chistoso. El Cabo de la Reserva Guzmán, nuestro hábil cocinero. El Soldado Manzione, el primero en jurar la bandera en la Antártida Argentina.

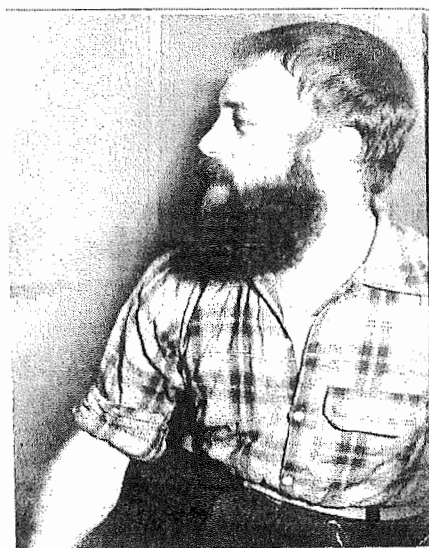
Los obreros de construcciones terrestres, dependientes del Ministerio de Marina, formaban otro grupo y trabajaban todo el día en la construcción del edificio para el Destacamento Militar. Entre ellos, estaba el marinero Almada, de mi mismo pueblo, Oberá, Misiones, con quién evocábamos el cariño de nuestros padres y el calor de aquellos pagos entonces tan lejanos.



*Sargento Ayudante Alberto
Franco.*



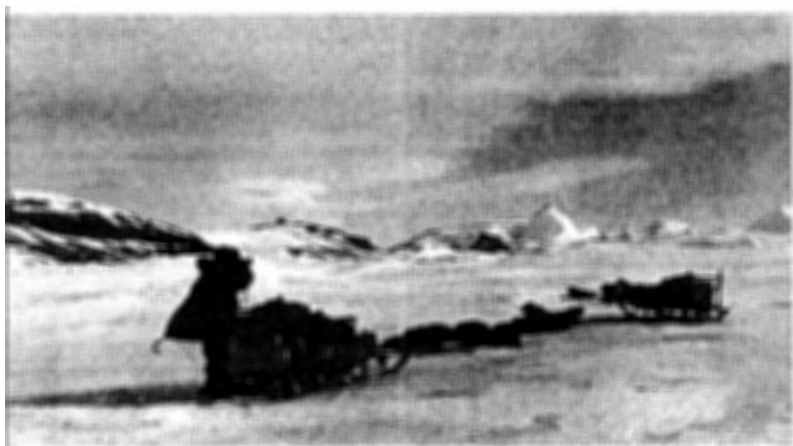
*Químico y fotógrafo Italo
César Sani.*



"Sargento Agustín Hugo Alonso"



"De izquierda a derecha: Capitán Héctor Benavides, Topógrafo Emilio Carlos Olsson, Sargento Liquitay, Teniente Juan Alba Posse, Doctor Marana, Sargento Hugo Alonso y Soldado Homero Manzione"



"El Fotógrafo del destacamento cumpliendo eficientemente su tarea"



"Topógrafo Emilio Carlos Olsson"

¿Y LA NOCHE?

Comenzaba el verano. Los rayos del sol derretían la nieve y se formaban miles de arroyitos pequeños. La superficie helada rechazaba los rayos de luz y daba al paisaje una claridad extraña. Los días eran largos, interminables y, cuando el sol perezosamente se ocultaba, la luz parecía no querer acompañarlo y seguía alumbrándolo todo.

¿Y la noche? Tal vez temerosa de enviar su oscuridad sobre aquel resplandor de nieve, se resignaba a convertirse en suave y corta penumbra. La luna, muy pálida, se reflejaba en el mar tranquilo y las estrellas, débiles pero hermosas, reclamaban la

presencia de la noche para brillar con mayor nitidez en el cielo. Yo admiraba aquel paisaje, donde parecía que luchaban la luz y la sombra, y evocaba mis noches misioneras, tibias y delicadas, plateadas de luna y con olor a selva.

NAVIDAD BLANCA

Llegó el 24 de diciembre. ¡Los chicos esperarían en casa el regalo anhelado! Las familias se reunirían esa noche en torno del árbol querido. Pero en algunos hogares argentinos se notaría nuestra ausencia. Niños pequeños ansiosos de besos de padres. Madres con miradas perdidas en la distancia como en busca del hijo lejano. Esposas tristes resignadas a una larga espera. Novias con el pensamiento perdido allá, muy lejos.

Y en aquella noche buena rara, con luz de sol y blancura de hielo, en la Cámara de Suboficiales me reuní con ellos, con quienes la amistad me unía cada vez más. Sin embargo, en torno de aquella mesa llena de exquisitos platos y buenas bebidas, parecía flotar un aire de tristeza. Recordábamos a todos aquellos seres que amábamos profundamente y allí, sobre una mesita vacía, parecía reclamar su presencia el arbolito de navidad con sus estrellitas y adornos, con José y María, con el Niño Jesús y los tres reyes. La pequeña vitrola nos regalaba la música de sus discos, que esa "noche" de luz de sol eran tristes. Algún compañero trató de hacer un chiste pero las risas se negaron a brotar de los labios. Parecía que todos estuviéramos ausentes, con el pensamiento muy lejos. Poco a poco, la reunión se fue animando y comenzamos a cenar. A media noche, nos unimos todos en un abrazo fuerte. Afuera había un suave

resplandor, pequeños copos de nieve caían lentamente en aquella navidad blanca.



“Cena de Noche Buena”

LOS PINGÜINOS

Los alrededores de Bahía Esperanza se convierten en verano en una enorme pingüinera. Miles y miles de pingüinos construyen sus nidos entre las rocas. Se los ve trabajar despacio pero con constancia. Es frecuente observar que uno de ellos busca minuciosamente una piedrita y luego, llevándola en el pico, se la ofrece a otro. Se dice que es el macho enamorado que ofrece su

amor a la hembra predilecta y que si ésta recibe en el pico el objeto simbólico acepta el cariño de su pretendiente y se convierte en su compañera. Después, empiezan a hacer el nido con guijarros y excrementos de ellos mismos y un olor desagradable comienza a envolver a la pingüinera. El nido que inician está rodeado de piedritas, sin embargo ellos prefieran traerlas de lejos, las colocan en forma ceremoniosa en el nido y luego descansan como si estuvieran muy fatigados.

Es frecuente que uno de los pingüinos, aprovechando la ausencia de algún compañero, le robe una piedrita. La víctima no tarda en darse cuenta del robo que le han hecho y comienza la búsqueda afanosa del objeto desaparecido entre los nidos vecinos. Es difícil saber si siempre encuentra al verdadero ladrón, pero el robo suele originar duelos terribles donde los contrincantes usan sus picos afilados y sus aletazos potentes. Cuando uno de ellos se siente superado, emprende veloz huida entre las piedras y los nidos mientras, su adversario, lo persigue implacable y los demás pingüinos gritan en tumultuoso desorden.

Con el nacimiento de los pichones empieza el gran movimiento de la pingüinera. Los recién venidos al mundo, desprovistos de plumas y revestidos de pelusa, tienen un aspecto desagradable. Sus vidas comienzan a desarrollarse en el nido inmundo, lleno de los excrementos de sus padres y se crían sucios y hediondos sobre las piedras húmedas y frías.



"Un auténtico poblador de Esperanza"

En cierta oportunidad debimos levantar una antena en medio de una pingüinera. Contrariando nuestros sentimientos, tuvimos que utilizar las palas para alejar del lugar a los padres mientras, los pichones, quedaban abandonados a merced de los vientos y del frío. Después, se nos ocurrió llevar a cada pingüinito junto a sus padres. ¡Entonces comenzó la confusión! Casi todos los pichones quedaron nuevamente abandonados mientras sus progenitores, en duelos terribles, se disputaban los hijos. Al final, ningún pingüino sabía

cuales eran los suyos y seguían peleando mientras los pichones reclamaban amparo. Entonces, los tomamos uno a uno del suelo y los fuimos colocando bajo otras madres complacientes que los recibían con entusiasmo. Y, donde habíamos empezado a trabajar, los pingüinos seguían su duelo a muerte.

Poco a poco se fueron desarrollando los nuevos pobladores de Esperanza. Sus padres se turnaban para cuidarlos. Cuando todas las hembras avanzaban hacia el mar en busca de alimentos, los machos quedaban en los nidos. Después se producía el relevo, las hembras ocupaban los nidos y los machos se iban al mar. Entonces, los picos de las madres se unían a los de sus hijitos y vertían en ellos la comida reclamada. ¿No es maravillosa la vida toda de estos auténticos pobladores de las tierras del Sur?

Y así como nuestras madres nos enseñaron a caminar, los pingüinos les enseñan a sus hijos. Al principio, los padres avanzan despacio y los pichones los siguen con dificultad. Son los primeros pasos. Después, se los ve correr y dar grandes saltos entre las piedras, seguidos de sus dos o tres hijitos. Con frecuencia, es posible observar que uno de los pichones no se atreve a dar un salto y se queda atrás. Entonces, el pingüino padre retrocede y empuja al hijo cobarde obligándolo a saltar como sus hermanos. Estas escenas se repiten con frecuencia, los saltos de aprendizaje son cada vez más difíciles y los pequeños van asimilando maravillosamente las lecciones. Por último, deben tirarse al mar, aprender a zambullirse y saltar a los témpanos, pero siempre siguiendo al pingüino padre y maestro.

Cuando el breve verano comienza su fin, los pingüinitos son tan ágiles como sus padres. Están preparados para huir de la crueldad del Invierno Antártico y buscar lugares más cálidos.



"Jugando con los pingüinos"

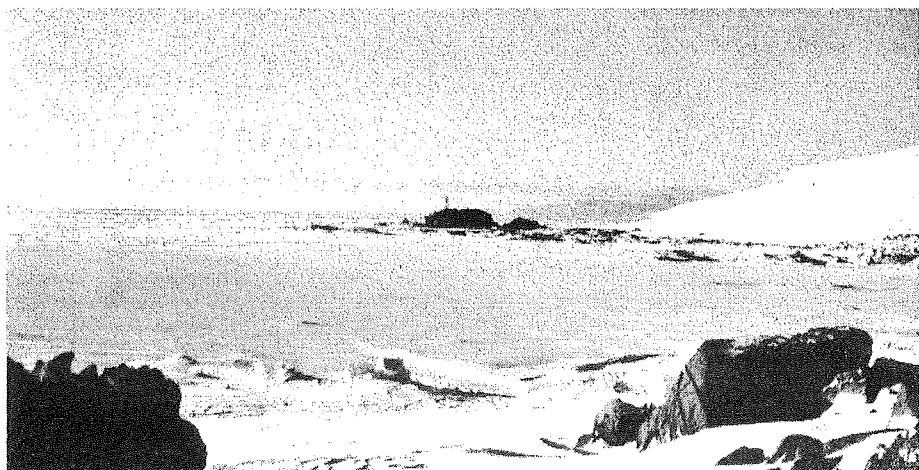
AÑO NUEVO

Llegó el último día del año. Otra noche clara con ambiente de fiesta y tristeza en el corazón. Nuevamente, como en noche buena, me reuní con los suboficiales en la camareta y allí estuvimos silenciosos y pensativos. El año, que a mí me pareció largo,

expiraba lentamente y nos dejaba recuerdos y emociones vividas que no olvidaríamos nunca. Sobre los cristales de las ventanas, el viento golpeaba despacito y el sol enviaba sus rayos de atardecer austral. Afuera, sobre la alfombra blanca de la nieve, los cachorritos se revolcaban y los pingüinos cuidaban sus nidos tibios. Al frente, sobre la costa, el pequeño muelle subía y bajaba al compás de las olas y, allí, atrás nuestro, como desafiando las grandes profundidades del mar, el Monte Flora y el Taylor, querían tocar el cielo. Parecía un día o una noche como tantas, pero era distinta. Era una noche clara con emociones extrañas, con tristezas y nostalgias.

Y el nuevo año nació arrancando lágrimas y suspiros. Nos estrechamos todos en un abrazo cariñoso y brindamos por nuestros familiares ausentes. Sabíamos que, en aquellos instantes, los espíritus de todas las madres estaban con sus hijos, que las personas que se aman se unen en el pensamiento, a pesar de la distancia. Yo creo que cada uno de nosotros se sintió, por un momento, rodeado de todos aquellos seres queridos y añorados. Las suaves sombras de la noche clara envolvían ligeramente el paisaje blanco y el faro seguía reflejando en el mar su luz, que se prendía y apagaba, como latidos de vida.

Rompiendo el silencio se oyeron, de pronto, disparos de armas de fuego, tiros luminosos parecieron elevarse hasta el cielo. Habíamos conseguido liberarnos, por unos momentos, de la tristeza y reímos y gritamos y nuestras voces se perdieron a lo lejos entre cerros, hielo y mar. Eran voces argentinas que, recorriendo el suelo helado de la patria, saludaban al año nuevo que nacía trayendo sueños y esperanzas.



“...el faro seguía reflejando en el mar su luz, que se prendía y apagaba, como latidos de vida.”

LAS TAREAS DIARIAS

Una de las cosas que más me llamó la atención fue la manera de hacer agua. Por riguroso turno se establecía, diariamente, la guardia de agua. Ésta, consistía en dos hombres encargados de mantener lleno el tanque que alimentaba las cañerías del destacamento. Todos los días, entre las seis y media y las ocho horas, íbamos, con un carrito de dos ruedas y dos canastos grandes, a orillas del mar. Entonces, comenzábamos la “pesca” de los pedazos de hielo que flotaban en el agua y que luego eran llevados hasta los canastos del carrito, por un curioso sistema de pasa manos. Nos colocábamos en una fila, con una separación de unos tres metros, que iba desde el mar hasta el carrito, que no podía

llegar a la costa por la excesiva pendiente. Él que recogía el pedazo de hielo se lo pasaba al hombre que estaba detrás, éste a su vez al siguiente y, así, el pedazo de hielo terminaba en un canasto. Cuando se llenaban, dos hombres tiraban de la lanza del carrito y los demás empujaban, hasta llegar al Destacamento Naval, después de recorrer unos doscientos metros.

Todas las mañanas, llevábamos ocho canastos grandes con hielo, cantidad suficiente para hacer mil litros de agua y llenar el tanque. Luego, los integrantes de la guardia de agua, se encargaban de poner los pedazos de hielo en un tanquecito, de unos cien litros de capacidad, que recibía el calor de una caldera alimentada a carbón. A medida que el hielo se derretía, convirtiéndose en agua, por medio de una bomba aplicada al tanquecito, se lo elevaba al tanque grande superior, que alimentaba las cañerías de la cocina y del baño.

Con la tarea de buscar los pedazos de hielo del mar para hacer el agua, comenzábamos las tareas del día. Después, cada uno iniciaba el trabajo que el Jefe del destacamento le ordenaba. Uno de ellos, en el cual siempre me correspondía colaborar, era el de trasladar las bolsas de carbón y cajones de víveres desde el muelle hasta el Destacamento Militar. En estas tareas interveníamos, casi siempre, cinco hombres que ya nos habíamos puesto prácticos en el trabajo. Utilizábamos un carrito de dos ruedas de goma, donde cargábamos siete u ocho cajones de víveres u once o doce bolsas de carbón. Después, dos hombres tiraban del carrito mientras los restantes empujábamos. Para facilitar el traslado, habíamos hecho un verdadero camino entre las piedras, en el trayecto que era de unos trescientos metros. Aunque parezca mentira, puedo afirmar que nunca había transpirado tanto como trabajando allí, en medio de

los hielos. Cuando transportábamos carbón, con la cara y los brazos totalmente negros, el sudor resbalaba por el cuerpo y empapaba las ropas. Por las noches, nos sacábamos las medias mojadas y negras. El efecto del polvillo del carbón se manifestaba en el ardor de los ojos y en una rara molestia al respirar. El esfuerzo diario para levantar aquellas bolsas de carbón y los cajones, de más de cien kilos de peso, originaba un cansancio, cada vez mayor, que culminó con fuertes dolores de cintura que demandaron la atención médica. Recuerdo que el Capitán Narvaja y el Teniente Alba Posse se vieron obligados a dejar el trabajo por unos días, agotados y con terribles dolores. Pero era necesario trabajar y ganarle al invierno, que todo lo sepultaba con sus tormentas de nieve.



"Desenterrando carbón"

Mientras tanto, los hombres de construcciones terrestres, dirigidos por el Señor Romano, terminaban los últimos detalles del

edificio donde viviríamos. Vaya para aquellos incansables obreros toda mi admiración y mi aplauso por la obra que realizaron.



"Transportando carbón con un trineo"

Otra de las tareas obligadas era el cuidado de los perros de trineo, su alimentación y adiestramiento para el tiro, el tratamiento especial que demandaban los cachorritos recién nacidos, etc. Sobre este tema me referiré más adelante.

También fue necesario levantar las antenas para poder comunicarnos por radio con Buenos Aires. A mí me correspondió, como topógrafo, la ubicación de los puntos donde se levantarían las torres correspondientes. Para ello, determiné el Norte verdadero de la Base Esperanza mediante una observación astronómica y, por cálculo, por diferencia de coordenadas geográficas, la línea recta

que contiene los puntos de la Base Esperanza – Capital Federal. Con estos elementos básicos, y el uso de un teodolito y de una cinta de agrimensor, materialicé, en el terreno, la ubicación de las cuatro torres que sostendrían las antenas. Es difícil de imaginar el trabajo que originó la abertura de los pozos, donde irían colocadas las torres y sus correspondientes vientos. Fue necesario cavar sobre el pedregullo, endurecido por el hielo, que rechazaba las palas y picos. Muchas veces, nos veíamos obligados a derramar, en el pozo que se abría, kerosén y madera y hacer un fuego. Entonces, el calor derretía el hielo y la nieve vecina y el agua comenzaba a caer al pozo, pero sin alcanzar a apagar las llamas. Cuando el combustible se terminaba, sacábamos el agua producida y seguíamos cavando. El calor había conseguido derretir el hielo y ablandar el pedregullo. Pero apenas profundizábamos unos centímetros la excavación y otra vez el pico y las hachas eran rechazadas por el hielo. Cuando, después de muchos días de trabajo, logramos terminar los pozos, sujetamos con hormigón las bases de las antenas y de los vientos. Por último, éstas se levantaron en medio de los hielos como símbolo de unión con todos los seres amados que estaban tan lejos.

En ciertas oportunidades, colaborábamos con los hombres de construcciones terrestres. Así nos encontrábamos con frecuencia en la orilla del mar, sacando ripio de las aguas que luego lavábamos y llevábamos en carretillas, hasta el lugar donde sería utilizado, para hacer el piso del sótano de nuestro destacamento. Con frecuencia, la madrugada nos sorprendía pintando paredes y limpiando vidrios y ventanas. Pero trabajábamos para nuestro destacamento, para nuestra casa nueva, y el entusiasmo no faltaba nunca.

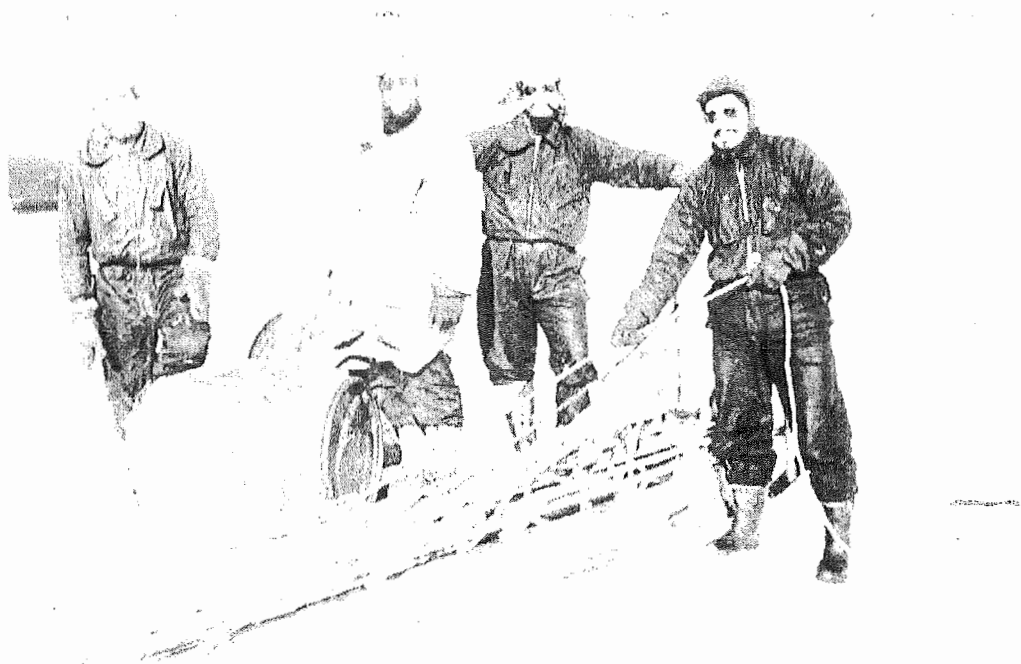
El trabajo parecía no tener fin. Tuvimós que llevar todos los muebles, cocinas, motores, aparatos de radio, baterías, etc. desde el muelle hasta el lugar donde se levantaba el nuevo destacamento. Fue necesario desenterrar los tambores con combustible, que habían quedado sepultados bajo la nieve y el hielo, operación que realizamos con palas, picos, mazas y palancas y, después, llevarlos desde el muelle, a lo largo de aquellos trescientos metros tantas veces recorridos.



*“Transportando víveres desde la costa del mar hasta el
Destacamento.”*

Todas estas tareas, aparentemente simples, se complicaban enormemente allí donde era necesario luchar contra los embates crueles de las tormentas, sintiendo como la nieve fina se introducía

por los ojos, la nariz, la boca y también por el cuello, llegando a la espalda, o por entre las botas y las piernas para derretirse y mojar las medias ¡Cuántas veces, trabajando sin respetar las tempestades, el viento blanco nos arrastraba unos metros haciéndonos caer en el suelo, llevando un cajón o una bolsa en el hombro! Era la lucha heroica entre el hombre y la naturaleza inhóspita, era el cumplimiento del deber en aquella tierra de soledad y de hielo.



"Cargando tambores de combustible a un trineo. De izquierda a derecha: Topógrafo Olsson, Capitán Narvaja, Sargento Ayudante Franco y Sargento Liquitay"

El esfuerzo que se realizaba se notaba menos gracias a la unión y al entusiasmo que se ponía en el trabajo. Y allí, junto a nosotros, dándonos el mejor de los ejemplos y el mayor aliciente, el Capitán Benavides, el Capitán Narvaja y el Teniente Alba Posse, dignos oficiales del destacamento, no mezquinaban sus brazos en bien del servicio y, unidos a todos en el esfuerzo común, se hicieron acreedores de nuestro respeto y aprecio. Llegue a ellos todo mi reconocimiento por las horas de sacrificio que supieron compartir con todo el personal subalterno. Y para todos aquellos bravos muchachos, heroicos suboficiales del ejército, mi recuerdo y mi cariño de hermano.



"Algunas veces las tareas se realizaban en común con la dotación del Destacamento Naval."

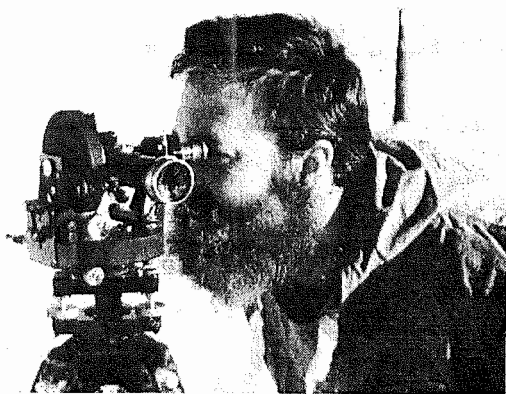
Para el Teniente Alba Posse y el Sargento Digno Liquitay, que quedaron allí en la Antártida Argentina, en valiente decisión de soldados, vaya toda mi admiración. Tal vez, en los momentos que escribo este libro, estén en peligrosa aventura, desafiando el castigo de las tormentas y a las grietas traicioneras. Tampoco olvidaré al Capitán Benavides y al Sargento Ayudante Balegno, que estaban en la Base Militar Esperanza desde principio del año 1953, que encariñados con aquel pedazo de patria, quedaron junto a nosotros un año más. Vaya también mi reconocimiento para los Sargentos Ayudantes Franco y Bonabello y el Cabo Guzmán, que se ofrecieron decididamente a permanecer en la Antártida hasta fines del año 1955.

LA VIDA EN LA CARPA

Yo había vivido en carpas en distintas partes del país cuando, como técnico de la División Geodesia del Instituto Geográfico Militar, procedía a determinar la ubicación de los puntos trigonométricos, de primer y segundo orden, de las mallas de triangulación que debían cubrir todo el país. Sin embargo, no estaba acostumbrado a enfrentar los fríos intensos ni los vientos huracanados. Por eso, compartir una carpa con el Sargento Alonso, en aquellas circunstancias, constituía todo un desafío que me daría parte de la experiencia necesaria para realizar largas expediciones con carpas y trineos relevando, a lo largo de cientos de kilómetros, los accidentes de la naturaleza, para cumplir con el trabajo topográfico que me había ordenado la Superioridad.

Frente a la carpa, a diez metros de distancia, como testigos mudas de la vida de otros hombres, estaban las paredes de piedras de una choza en ruinas que, se decía, había servido de refugio a Andersen y a sus compañeros de aventura. Recordemos que este explorador formaba parte de la expedición sueca del naturalista y escritor Otón Gustavo Nordenskiöld. En 1903, mientras este último recorría la península Seymour con trineo de perros, su barco, llamado Antarktik, naufragó en la Bahía Erebus y Terror. Fue entonces que, la Fragata "Uruguay", en proeza inolvidable en las páginas de la Marina Argentina, rescató de la Antártida a quienes se habían refugiado en tierra firme.

Algunas veces, la carpa era visitada por nuestros compañeros. La vitrola comenzaba entonces su funcionamiento y las canciones de Gardel encontraban gran aceptación. Mientras la estufa mitigaba el frío, el mate corría de boca en boca como símbolo de compañerismo. Los recuerdos de Buenos Aires y de nuestros lugares de nacimiento no faltaban, los cuentos animaban las reuniones y los naipes originaban inolvidables partidos de truco.



"Sargento Agustín Hugo Alonso con un teodolito"

Con frecuencia, recuerdo las horas vividas en aquella carpa, el rugido de las olas embravecidas sacudiendo las costas del mar, las noches claras salpicadas con estrellas apenas visibles, el ruido de los paños de la carpa castigados por el viento, el aullido de los perros de los trineos y sus ladridos a la luna o al infinito, impregnándolo todo de una sensación indescriptible, mezcla de frío, de soledad, tal vez de angustia. Fueron horas pasadas en la Antártida que quedaron gravadas en el corazón y en el alma. Sueños, allí nacidos, que un día podrán o no cumplirse pero que generaron ambiciones lícitas de luchar por la felicidad anhelada. Yo aspiro a una vida larga y sé que siempre recordaré con cariño los días y las noches que pasé en el Sur lejano de la República Argentina.

PRIMER VIAJE EN TRINEO

Transcurrían los primeros días del mes de enero, cuando el Capitán Benavides me invitó a hacer una excursión con trineo, hasta las proximidades de Paso del Medio, con la finalidad de adiestrar a los perros. Yo acepté entusiasmado, no solamente por la curiosidad sino también, con el propósito de hacer un examen previo del terreno donde debía realizar mis primeros trabajos topográficos en la Antártida. Siguiendo las instrucciones del Capitán, me vestí adecuadamente y cooperé con él, y con el Sargento Ayudante Bonabello, a colocar los arneses a los perros que luego ataríamos a la tiradera central de los trineos que ocuparíamos. En uno de ellos pusimos, en primer término, al Alí, perro líder blanco, delgado, de notables condiciones para el tiro de trineo y que, habiendo sido adiestrado por el Capitán Benavides,

obedecía las órdenes en forma admirable. Detrás del Alí, formando pareja, fueron colocados el Indio y la Flecha, hijos del perro líder, blancos y fuertes, que estaban adiestrados y conocían perfectamente su misión. El Warpes y el Reuco, perros grandes de color negro, de apenas un año de edad, que por primera vez tirarían de un trineo, formaron la tercera pareja. La cuarta fue integrada por la Negra y La Pataia, dos perras chicas pero obedientes. Por último, fueron atados el Nahuel y el Pulki, hermosos perros negros, que nunca habían tirado del trineo. Así quedó constituido aquel team de perros que, más tarde, dirigiría el Capitán Benavides en largas expediciones hacia el Sur.

El segundo trineo formó de la siguiente manera: como líder, y a falta de un perro de mejores condiciones, fue colocado el Boby, hijo de Alí. La primera pareja fue formada por la Nube y el Jack, ambos de color blanco, hijos del perro líder, que ya estaban acostumbrados al tiro del trineo. El Oso, perro juguetón de pelo negro en forma de lana, formó la segunda pareja con el Chenque, también negro y muy grande; ninguno de los dos estaba amaestrado. El Lapón y La Mancha y el Cambá y el Quilmes, formaron las dos últimas parejas. Estos cuatro perros, que llevaban por primera vez el arnés, no tardarían en sobresalir por su obediencia y constancia en el tiro.

Una vez que los trineos estuvieron preparados, el Capitán me indicó que me sentara en el suyo. Luego, dio la voz de "¡Siga, Alí!" Y aquel perro maravilloso, tiró con fuerza de la soga, conjuntamente con el Indio, el Flecha, la Negra y la Pataia y el trineo comenzó a deslizarse rápidamente sobre el hielo y la nieve. Los otros perros, desorientados por aquella marcha que ellos no comprendían, tiraban para un costado o se dejaban arrastrar por sus

compañeros. Pero, el Capitán, daba a menudo la voz de “¡Alto!” y el trineo se detenía. Entonces, con paciencia y cuidado, desenredaba y colocaba a cada perro en su lugar y reanudaba la marcha que, poco a poco, se iba regularizando. Detrás, venía el Sargento Ayudante Bonabello con el otro trineo, siguiendo nuestras huellas.

Recorridos los primeros setecientos metros, nos encontramos frente a una cuesta blanca que parecía querer llegar al cielo. Comenzamos el ascenso con lentitud, descansando cada cincuenta metros de avance. Los perros que ya estaban amaestrados cumplían admirablemente su misión y los otros, aunque un poco asustados, trataban de seguir a sus compañeros.

En los ratos de descanso, los perros se tiraban al suelo y se revolcaban sobre la nieve hasta que, la voz enérgica de “¡Siga, Alí!”, los hacía reaccionar y seguir tirando. Así, continuamos avanzando hasta llegar a una gran roca, que emergía solitaria de aquella masa de hielo. Estábamos a cuatro mil metros del destacamento, en el lugar denominado Doscientos Cincuenta y Siete, por su altitud. El Capitán Benavides, el Sargento Ayudante Bonabello y yo, subimos sobre aquellas piedras grandes y contemplamos el paisaje que se ofrecía a nuestra vista. Vimos hacia el Norte, y extendiéndose como una franja hacia el Este, el Estrecho Antártico. Sobre ese mar, flotaban cientos de témpanos de formas caprichosas. Más allá, formando una superficie helada impecablemente blanca, estaba la Isla Bransfield. Hacia el Este, del otro lado el estrecho de Larson, como si fuera una gran masa continental, la Isla Joinville nos mostraba sus cerros que escondían las cimas entre las nubes grises de aquel mediodía de verano. Por su parte Sur, recostado sobre el estrecho, se destacaba nítidamente, como una gran torre legendaria, el Monte Joinville, con sus

seiscientos metros de altura. Separada de la Isla Joinville, por el estrecho de Tay, cubierta de neblina, se divisaba, apenas, la Isla Dunde. Frente a ella, rocosa, simulando ser un bombón gigante flotando en el agua, la Isla Rosamel estaba iluminada por el sol. Relativamente cerca, con sus bordes acantilados y casi totalmente cubierta de nieve, se presentaba la Isla Irisar. Detrás de ella, se podía ver la Isla Uruguay, separada del continente por el Estrecho de Frickdffd. Un poco más a la derecha, con sus paredes rojas, el Cerro Barbas Coloradas se mostraba imponente. Los paisajes como este se pueden describir, pero únicamente quien los contempla realmente puede vivir toda su belleza y tener la seguridad de no olvidarlos nunca. Hacia el Sur, a menos de dos mil metros, el Pirámide, con sus quinientos ochenta metros de altura, nos mostraba su cumbre descubierta de nieve. Al Oeste, a menos de quinientos metros, como vigilante eterno de Bahía Esperanza, el Monte Flora nos enseñaba sus picos, de más de quinientos metros de altura, que parecían reclamar aquella vegetación que, hace miles de años, cubrió sus laderas, dejando como único e indiscutible rastro sus hojas y flores petrificadas entre las pizarras milenarias. Al Noroeste, y a unos dieciocho kilómetros, el Monte Brandfield, con más de ochocientos metros, se levantaba orgulloso dejando que sus estribaciones lleguen al mar. Volviendo la mirada hacia el Norte, a cuatro kilómetros de distancia, se veía parte de la Bahía Esperanza, que se habría hasta Punta Schefard. El Destacamento Militar Esperanza había quedado oculto en el bajo, junto al mar. Después, seguimos hacia el Sur, bordeando el Pirámide, llegamos hasta Paso del Medio y emprendimos el regreso que fue rápido, porque el trineo debía desplazarse cuesta abajo y, además, el perro líder no tenía más que seguir la reciente huella dejada en la nieve.

Esta primera excursión en trineo me dejó una gratísima impresión y profundizó el cariño que sentía hacia aquellos perros, héroes olvidados allí, en el Sector Antártico Argentino, que nacen y mueren sobre el hielo sin recibir más alegrías que las proporcionadas por las caricias de quienes los cuidan. Y allí, continuarán atados a las maromas, esclavos del hombre, esperando el momento de tirar de un trineo para poder caminar o correr, lejos de las cadenas. En los inviernos crueles, seguirán resistiendo los embates de las tormentas, echados en la nieve con la cabeza entre las patas. En las campañas largas, tirarán del trineo cargado hasta que las noches obliguen a detener la marcha y, por último, cuando en esas expediciones duras los hombres se sientan más solos que nunca, los sabrán acompañar y les darán el valor y el coraje que a veces les quieren faltar, en medio del desierto de nieve y viento blanco. Hoy, están en mi recuerdo porque sufrieron conmigo, porque temblaron con los mismos fríos y porque continúan su sacrificio silencioso en aquel sector de la patria, tan lejano y querido.

ALGUNOS ANIMALES DE TRISTE HISTORIA

Cuando fuimos a Esperanza, llevamos una jaula grande con varias gallinas. En el barco, todas las noches, debíamos envolver con una carpa la jaula donde las transportábamos, para que pudieran resistir mejor la rigurosidad del clima antártico.

Ya en el destacamento, las pobres aves constituyeron un problema pues había que protegerlas del frío y de los perros que trataban de darles caza.

Un día se soltaron dos de ellas, pero no fueron muy lejos pues Roxana, la chancha, caminaba en esos momentos por los alrededores y les dio caza. Las demás, se iban muriendo por enfermedad o por el frío. Quedaban únicamente dos y yo me propuse cuidarlas. Las ubiqué en el depósito de carbón del sótano del destacamento, les daba abundante comida y, en los días muy fríos, les colocaba una estufa. Las dos sobrevivientes parecían ir aumentando de peso hasta que un día la Cueca, madre de los cachorritos que yo cuidaba, entró al sótano y, de paso, también lo hizo al “alojamiento privado” de mis dos gallinas, les dio muerte y se las comió.

Éste fue el fin de la triste historia de las gallinas llevadas a Esperanza. Pero hace un rato mencioné a Roxana, veremos quien era.

En su viaje de ida a la Antártida, en Ushuaia, Guzmán y algunos otros compañeros compraron un chanchito y una chanchita a quienes bautizaron con el nombre de Cyrano y Roxana, respectivamente. Estos dos representantes de los puercos, que llevaban los nombres de conocidos personajes de la literatura universal, resistieron perfectamente el clima de la Antártida y crecieron y engordaron en forma sorprendente. A menudo, se los veía recostados sobre la nieve o caminando pesadamente, enterrados hasta las rodillas. Devoraban todas las sobras de la cocina, abundante cantidad de maíz y, también, la carne de los pingüinos que los perros dejaban muertos o heridos. Sin embargo, tuvieron, como las gallinas, una triste historia. Primero Roxana y después Cyrano, resultaron víctimas de un ataque, de varios perros juntos, y quedaron con heridas tan profundas que fue necesario matarlos. El pobre Cyrano había quedado con una pierna

completamente desgarrada y sin poder caminar. Ni siquiera la carne de estos animales fue aprovechada, porque se suponía que tenían parásitos y se temía el contagio. Poco antes de partir de Esperanza, todavía estaban por los alrededores los cuerpos inertes de la pobre pareja de puercos.

Me parece justo recordar, en estas mismas páginas, la triste historia de Pedrito, un lorito que también llevó Guzmán a la Antártida. Se pasaba todo el día caminando por las estanterías, hasta que Fobos consiguió atraparlo y darle muerte. La carne de este pobre lorito no corrió la misma suerte que la de Cyrano y Roxana, pues fue aprovechada íntegramente por Fobos que, si pudiera hablar, posiblemente le hubiese hecho múltiples elogios.

Parece que todos los animalitos llevados a la Antártida estaban destinados a matarse entre sí. Los chanchos se comieron a varias gallinas, los perros dieron muerte a los chanchos y, por último, un nuevo personaje se nos come al lorito. Pero veamos quien es éste y cuál es su historia.

Un gato gris, grande y digno representante de su especie, y una gatita traviesa fueron llevados también a Esperanza. Él recibió los nombres de Fobos o de Camiseta, indistintamente, y ella los de Deimos o Chinela. A pesar de sus frecuentes peleas con los perros, se mantenían perfectamente bien cuando yo partí de Esperanza. Recordemos que Fobos y Deimos son satélites del planeta Marte.

Para terminar este espacio relativo a la vida de algunos animales llevados a la Antártida, diré algo que había olvidado. Cyrano y Roxana tuvieron descendientes en la Antártica pero, los recién venidos al mundo, murieron sobre la nieve. Cuando

Bonabello, que era quien cuidaba los cerdos, se dio cuenta del reciente alumbramiento ya era tarde, los chanchitos estaban muertos.

EN LAS AGUAS DEL MAR

Transcurría el mes de Enero cuando, un domingo, se acercó al muelle el “Bahía Aguirre” y recibimos la orden de descargar varias toneladas de carbón. El trabajo era continuo y agotador. El polvillo negro se introducía por la nariz, la boca y las orejas. Estábamos sucios ¡Muy sucios! A las dieciocho horas, dimos por finalizadas las tareas. Yo me dirigí al baño, con el propósito de lavarme y cambiarme de ropa, pero comprobé que no había agua en el tanque. No pudiendo soportar las molestias que me ocasionaba el carbón sobre el cuerpo, y sin pensarlo, tomé un pan de jabón y me dirigí a la costa. Rato después, zambullía en el agua cristalina de la bahía y nadaba hacia un pequeño islote próximo. Al minuto, me senté sobre una roca y, a pesar de sentir un frío casi inaguantable, comencé a enjabonarme el cuerpo. Sabía que mis compañeros me estaban observando y no quería salir del agua sin lavarme, para no caer en el ridículo. Pero el agua salada no dejó actuar el jabón y me vi obligado a regresar al destacamento tan sucio como antes, muerto de frío y sintiendo la sensación de que millares de hormigas me picaban el cuerpo. Nunca más se me ocurrió practicar natación en los mares del Sur.

Cuando los días son muy fríos, el agua del mar esta relativamente tibia y nacen deseos de tirarse a ella. Es tan cristalina que el fondo del mar se ve nítidamente a varios metros de profundidad. Con frecuencia, se puede observar las maniobras rápidas de los pingüinos bajo el agua, tomando impulso para saltar a la costa, a un témpano o a una roca.



"Focas cazadas para los perros."

La vida animal marina está representada por cetáceos como la ballena y la orca. La ballena azul puede superar los cuarenta metros de longitud y pesar más de cincuenta mil kilos. Su cachorro tiene al nacer seis o siete metros de largo, toma trescientos litros de leche por día y aumenta noventa kilos cada veinticuatro horas. (Datos obtenidos en una clase de Geografía Antártica). La orca tiene unos diez metros de longitud, está provista de fuertes dientes rectos que la hacen muy peligrosa, es carnívora y persigue a las focas y ballenas; se dice que ataca a las pequeñas embarcaciones en busca de carne humana. Entre los peces del mar antártico citaré el pez piedra, el pez lámpara y los doradillos. En cierta oportunidad encontré muchos pescados en el estómago de una foca recién muerta. Existen, también, en los mares antárticos, animales invertebrados, moluscos, pulpos, esponjas, medusas, camarones y bancos de micro organismos que se alimentan de diatomeas, algas pequeñas, que a su vez asimilan por un proceso de fotosíntesis.

La flora se manifiesta en el mar antártico con gran cantidad de algas que, a veces, son arrastradas hacia la costa. Los microorganismos marinos y restos vegetales alimentan a los pingüinos que pueblan el suelo helado de la Antártida. Las focas, que nacen y comienzan su vida sobre el hielo, deben volverse marinas para encontrar su alimento entre los peces y animales invertebrados. El mar es, pues, extraordinaria fuente de riqueza y medio de subsistencia de casi todas las manifestaciones animales de vida en la Antártida.

LA MUERTE DE DON SANTIAGO

Don Santiago era uno de los obreros de construcciones terrestres, de aproximadamente cuarenta y ocho años de edad. En su rostro quedaron las huellas de muchos momentos de dolor. Había sido operado del estómago y, por prescripción médica, no debía tomar bebidas alcohólicas.

Aquel 15 de febrero era su cumpleaños. Don Santiago se habría sentido más triste que nunca, lejos de sus familiares, en aquella soledad que hacía llegar su frialdad hasta el mismo corazón. Reunido con tres o cuatro amigos, quizá para festejar su cumpleaños o para borrar amargas penas, decidieron abrir un tamborcito de alcohol metílico y bebieron su contenido como si fuera el mejor champagne. Esa noche fuertes dolores atacaron a Don Santiago que se iba debilitando rápidamente. Los médicos, Doctores Marana y Lucero, pasaron junto a él toda la noche, impotentes para detener los efectos terribles del alcohol metílico sobre aquel estómago enfermo y débil.

A la mañana siguiente, todos los hombres del destacamento trabajaban callados. Un presagio de muerte flotaba en el ambiente. Don Santiago seguía grave y los médicos habían comprendido que se aproximaba su fin. Aproximadamente a las once horas de aquella mañana gris, el alma de Don Santiago abandonó su cuerpo; la muerte llegó hasta la Antártida para que el frío de los vientos penetrara a los corazones acompañado de dolor.

Todos nos miramos tristes, como temerosos de romper aquel silencio de muerte, la nieve caía mansamente y el día seguía gris como contagiado de tristeza.

Los carpinteros prepararon el cajón-fúnebre y el cuerpo de Don Santiago fue colocado en él. Algunas lágrimas resbalaron silenciosamente por los rostros contraídos de dolor.

Por la tarde, el cajón mortuario fue colocado sobre el carrito de dos ruedas, que él tantas veces utilizara para trasportar ripio y cemento, y fue llevado hasta el Destacamento Militar que se estaba terminando. Tras el carrito, íbamos todos en silencio, resbalando entre los hielos y las piedras. Nunca me pareció más triste la Antártida ¡Ni más fría ni más cruel! Sobre una mesa improvisada, en un salón grande, fue colocado el cajón. Entre todos rezamos un rosario y rogamos por el alma de Don Santiago.

Parecía una burla del destino que aquel carrito, con el cuál trabajaba siempre Don Santiago, tuviera que trasladar también su cadáver y que el edificio del Destacamento Militar, en cuya construcción tantas veces había trabajado, se inaugurara prácticamente con el velatorio de sus restos.

La noche clara lo fue envolviendo todo, los perros aullaban, las aguas del mar castigaban las costas y la luz del faro parecía un fantasma que se reía del dolor.

Al día siguiente, un remolcador se llevó el cadáver de Don Santiago con destino a Ushuaia. En Esperanza, se reanudaron las tareas como antes pero, por mucho tiempo, la tristeza siguió muy cerca de nosotros. Pensábamos en los familiares de aquel hombre que esperarían su regreso feliz y no su cuerpo yerto; en sus días de trabajo y sacrificio, quizá con el sueño de una casita o de un terreno para cultivar; en aquel cumpleaños trágico que lo llevó a la muerte

y allí, en medio de aquella soledad, parecía que el alma de Don Santiago se quedaba para siempre.

NUESTRO DESTACAMENTO

El mes de febrero finalizó con fuertes tormentas de nieve. El viento huracanado, en loca carrera, se llevaba toneladas de nieve al mar. Los cajones de víveres, el carbón y los tambores de combustible quedaron enterrados bajo una capa de nieve de varios metros de espesor. Desgraciadamente, los días claros del verano fueron desapareciendo, la noche recobraba su imperio, el invierno cruel e inhóspito se aprestaba para ejercer sus dominios. Mientras nuestro destacamento se iba terminando, el Capitán Benavides, el Capitán Narvaja, el Teniente Alba Posse y yo, nos trasladamos definitivamente a él y comenzamos a pintar sus paredes y el cielorraso. Con frecuencia, trabajábamos hasta muy tarde, llenos de entusiasmo. Para almorzar y cenar preparábamos algunos bifés, mientras el mate amargo corría de boca en boca. De postre comíamos unos ricos helados preparados con una mezcla de nieve y leche condensada.

En cierta oportunidad, el Teniente Alba Posse nos refería una de sus anécdotas en la selva misionera mientras los bifés, que se preparaban sobre la plancha de la cocina, despedían un olorcito que despertaba aún más el apetito que teníamos. Después, comenzamos nuestra cena y noté, con sorpresa, que los bifés se terminaban demasiado pronto. Imaginé que mis compañeros eran más ligeros que yo y decidí apurarme para no dejar insatisfecho a mi estómago. El Teniente Alba Posse seguía con su anécdota y, en momentos que

se enfrentaba al tigre en la selva, el Capitán Narvaja dio un grito que nos estremeció ¿Qué pasaba? ¿Había llegado la terrible fiera hasta la Antártida? Un gancho enorme con tres bifés iba desapareciendo por la chimenea, estirado por dos obreros de construcciones terrestres que dormían en el entre techo del destacamento. He ahí la explicación de la disminución rápida de los bifés que todos habíamos notado y callado, mirándonos con ojos acusadores. Festejamos aquella bröma de nuestros camaradas y riendo tuvimos que preparar nuevos bifés.

En los primeros días del mes de marzo, ya estábamos todos ocupando el nuevo edificio que se levanta a orillas del mar. Tiene aproximadamente veinte metros de largo por ocho metros de ancho y con luz eléctrica y calefacción, constituye un lugar donde los hombres pueden sentirse verdaderamente cómodos. Sus ocho dormitorios, cada uno con su ropero, su repisa, su calefacción y sus dos camas encimadas, están preparados para que en él se alojen dos personas. Hay dos comedores grandes, uno para los oficiales y otro para los suboficiales, aunque durante el transcurso del año compartimos la misma mesa. La cocina, amplia y cómoda, permite hacer toda clase de comidas, inclusive el pan que se consume diariamente. Además, tiene una sala de radio, otra de conservación de baterías y dos baños perfectamente instalados con agua fría y caliente. Cerca de la cocina está el tanque donde se hace agua. Abajo, en el sótano inmenso, la caldera consume el carbón, alimenta la calefacción y derrite el hielo para hacer el agua. Arriba está el entretecho grande con su ventana hacia el mar.



“El Sargento Agustín Hugo Alonso junto al piano del destacamento”

Una vez instalados en el destacamento, sentimos la sensación agradable de estar en nuestra casa. En los breves momentos de descanso, la cocina constituía el lugar central de casi todas las reuniones. En el comedor destinado a los oficiales, un hermoso piano ocupaba una esquina y, en él, el soldado Manzione, hijo del desaparecido compositor Homero Manzi, ejecutaba los tangos y canciones que formaban su repertorio. Éste era también uno de los lugares de meditación preferidos del Sargento Agustín Hugo Alonso.

Sobre alguna silla del comedor, perezosamente dormidos, era frecuente encontrar a “Fobos” y “Deimos”, un hermoso gato gris y una hermosa gatita del mismo color. Con frecuencia, nos

sentábamos distraídos sobre aquellos animalitos que llevaban los nombres de los satélites del Planeta Marte. Algunas veces, corriendo y saltando felices por los pasillos y corredores, jugaban y se hacían el amor. En el verano habían tenido descendientes que se criaron raquíticos y débiles, terminando por morir. Parecía que después de aquel primer fracaso estaban nuevamente empeñados a ser padres, pero no lo consiguieron durante ese año.

Las tareas diarias no disminuían. El carbón había quedado sepultado bajo varios metros de nieve que se había convertido en hielo. Fue preciso cavar con picos y palas, para encontrar las primeras bolsas. Las piezas de carbón estaban soldadas entre sí y con el hielo. Se fueron sacando, pedazo por pedazo, miles de kilos para alimentar la caldera. Las tormentas de nieve interrumpían a menudo nuestra labor y volvían a sepultar las bolsas que iban quedando al descubierto. Era la lucha diaria contra el viento, la nieve y el cansancio.

Además, cientos de cajones de víveres habían quedado nuevamente sepultados. Tuvimos que despegarlos con mazas, picos y palancas y conducirlos al sótano del destacamento, para ordenar y clasificar su contenido. Solamente quién ha luchado con el hielo puede comprender y valorar el trabajo realizado, en su verdadera dimensión. También fue preciso cuidar, alimentar y amaestrar a los perros, llevar combustible hasta el destacamento, reajustar y modificar los trineos, hacer las carpas que se emplearían para campaña y los arneses de tiro, preparar raciones de comida diarias para los hombres y los perros con destino a las futuras expediciones hacia el Sur, hacer el inventario de todos los elementos, modificar los equipos de vestuario de acuerdo al criterio personal que la experiencia nos daba, hacer el agua para el consumo

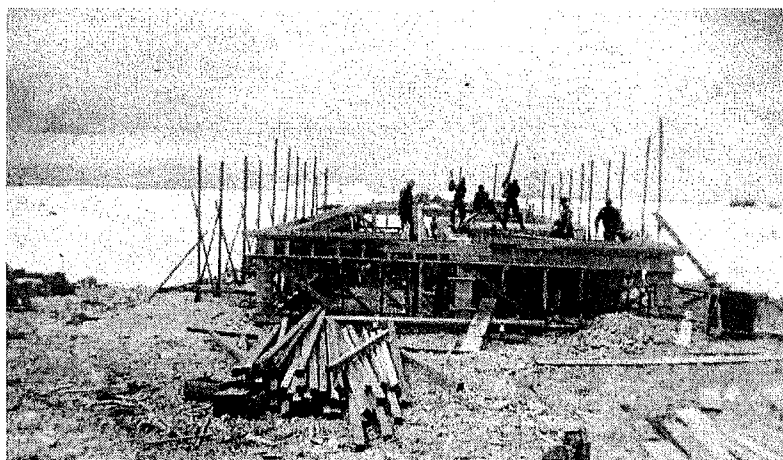
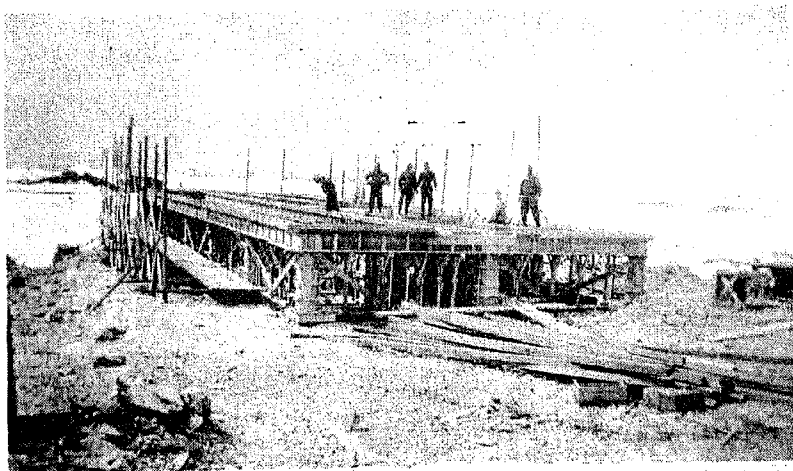
diario, cocinar, realizar los trabajos de mantenimiento del destacamento, el arreglo de los motores que se deterioraban, la conservación de la calefacción, la limpieza de las cañerías del baño donde el agua se congelaba y otras tareas similares.

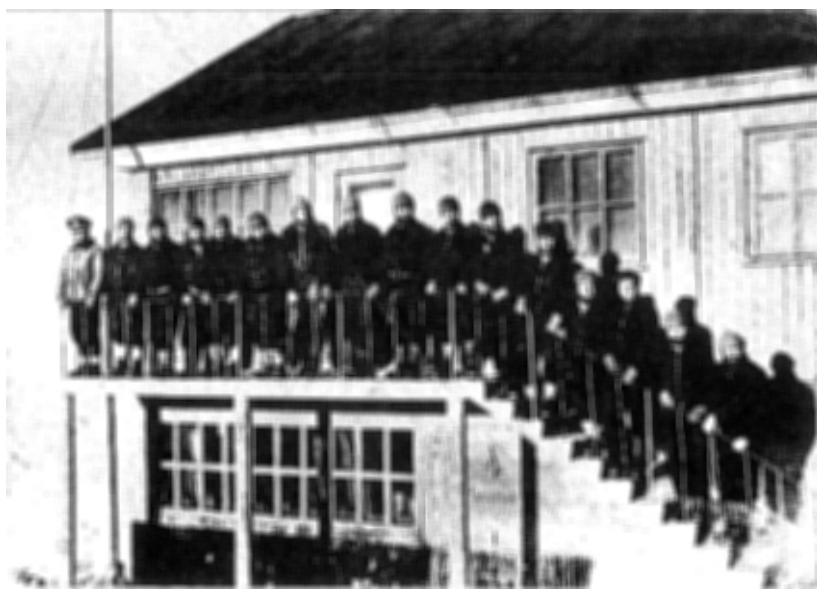
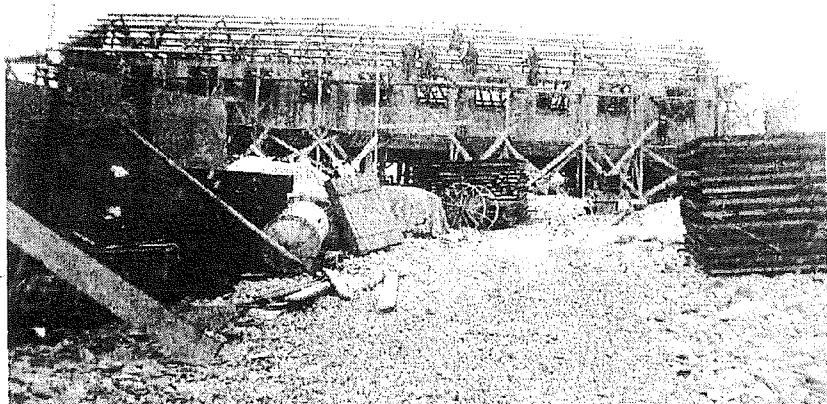
Hoy, recuerdo con satisfacción todo aquel trabajo realizado por los oficiales, suboficiales y personal civil del destacamento y pienso que, en estos momentos, otros hombres seguirán sacrificándose allí, en medio del hielo y la nieve, del viento y del frío, en fiel custodia de aquel pedazo lejano y bello de la patria.

Por las noches, después de las largas jornadas del día, cenábamos lo que nos había preparado Guzmán. El Soldado Manzione era el mozo encargado de servir la mesa. Generalmente era el Cabo Sambuceti quien alegraba la corta sobremesa, ya sea contando un pasaje real o imaginario de su vida o bien imitando a un vendedor de diarios, a un charlatán de plaza o a alguno de nosotros. Después se jugaba, algunas veces, un partido de truco y nos íbamos a dormir.

Llegaba el momento propicio para la recordación y la añoranza. Los ojos se cerraban mientras las imágenes queridas y lejanas quedaban todavía en el pensamiento.

CONSTRUCCIÓN DEL DEÑTACAMENTO MILITAR ESPERANZA. AÑO 1954





“Destacamento terminado con su dotación completa”

EL DESFILE DE LOS PINGÜINOS

Transcurría el mes de febrero, cuando, una mañana nublada y sin viento, presenciamos un desfile extraordinario. Miles y miles de pingüinos, en perfecta formación, divididos en secciones, se pusieron en marcha y fueron subiendo la cuesta, que se extendía hacia el Suroeste, hasta que los primeros se perdieron de vista, a unos mil quinientos metros de distancia. Entonces, el desfile adquirió su máximo esplendor. No era posible ver ni su principio ni su fin. Cada sección estaba comandada por su jefe que avanzaba, al frente de la misma, conservando aproximadamente un metro de distancia con el resto de los integrantes, que marchaban uno detrás de otro, en perfecta alineación. Sin duda, la pingüinera estaba de fiesta. Únicamente, algunos pocos pingüinos viejos o enfermos contemplaban, con tristeza, aquel desfile, incapaces de incluirse en la formación.

A media mañana, las primeras secciones comenzaron el regreso y, entonces, se formó una doble fila de pingüinos. Una de ellas formada por las secciones que regresaban a la pingüinera y, la otra, por los que todavía subían aquella cuesta blanca.

¿Cómo es posible que aquellos animales tontos pudieran organizarse en forma tan perfecta? ¿Qué motivo tan especial impulsaba aquel desfile extraordinario?

A mediodía, todo había concluido, los pingüinos seguían como todos los días, pero, los que habíamos contemplado aquel espectáculo inolvidable, los mirábamos con un poco más de respeto, quizá de admiración.

Pocos días después, los pingüinos nos abandonaron. En busca de un invierno menos cruel se lanzaron hacia el Norte, para llegar hasta la Patagonia ¿No constituiría aquel desfile parte de alguna ceremonia con la que los pingüinos se despedían de aquel lugar donde habían engendrado a sus hijos?

Esta vez, los pingüinos se fueron más temprano que el año anterior. ¿Habría algún motivo que apresurara aquella sorpresiva huída del invierno antártico? Yo creo que sí, pues, a los pocos días, se desataron tormentas de nieve terribles con marcada disminución de temperatura; parecía que los vientos fríos estuviesen dispuestos a arrastrarlo todo. ¿No habrían intuido los pingüinos aquel cambio brusco e inesperado de las condiciones climáticas?

Y allí, solos y tristes, soportando el viento blanco en todo su rigor, quedaron los pingüinos viejos y heridos que no se atrevieron a cruzar el mar. Terrible vejez aquella, que mientras sus semejantes se iban en busca de otras temperaturas más tibias, los destinaba a esperar una muerte terrible y lenta, a merced de los vientos y de los fríos.

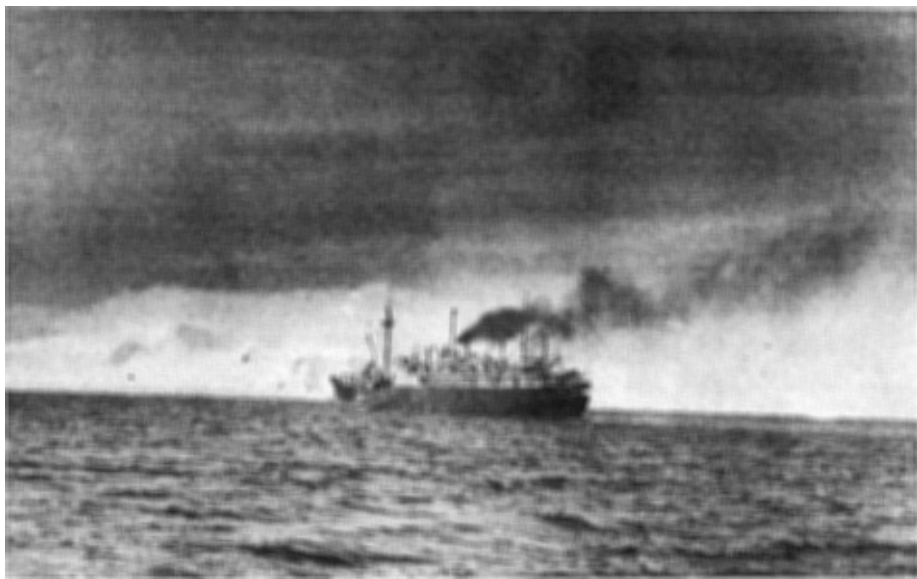
Se fueron los pingüinos y con ellos aquel olor penetrante de la pingüinera. Ya no ensuciarían, con sus excrementos, la nieve que necesitábamos para hacer el agua, ni enfurecerían a los perros que estaban atados en las maromas. Los vimos lanzarse al mar e irse y Bahía Esperanza quedaba más quieta y silenciosa, abandonada por sus auténticos e indiscutibles pobladores.

DE LA ANTÁRTIDA A BUENOS AIRES

A mediados del mes de marzo, el personal de construcciones terrestres finalizó sus tareas en Bahía Esperanza y se aprontó para regresar a Buenos Aires. En aquellos humildes hombres de trabajo se exteriorizaba la alegría de poder volver a sus hogares y abrazar y besar a sus familiares queridos. Habían estado trabajando varios meses en Esperanza y construido el edificio de la Base Militar. Ahora podían regresar orgullosos con la satisfacción de haber cumplido con su deber.

Una noche tormentosa, cuando el mar estaba más intranquilo que nunca, un remolcador se aproximó al pequeño muelle de Esperanza y aquellos hombres recibieron la orden de embarcar inmediatamente. El viento Norte traía los témpanos enormes que se aproximaban a la costa. El mar se iba cerrando rápidamente y el remolcador corría peligro de quedar prisionero de los hielos. Era preciso embarcar sin demora, en aquella media noche horrible, para que el remolcador pudiera huir del peligro antes que le sea imposible. En una lancha, dirigida por un Oficial de La Marina de Guerra, los hombres fueron transportados desde el muelle hasta el remolcador. La pequeña embarcación debió hacer varios y peligrosos viajes, abriéndose camino entre los témpanos que se movían al vaivén de las olas enfurecidas. Era guiada con la ayuda de un reflector que, desde el remolcador, enviaba su potente haz de luz que habría las tinieblas de la noche.

Desde la costa, yo observaba, con gran preocupación, los peligrosos viajes de aquella lancha, tan bien dirigida, que luchaba contra un mar agitado, contra los témpanos que obstruían el camino y con la noche oscura.



Aproximadamente a las tres de la madrugada, todos los hombres de construcciones terrestres estaban a bordo. El remolcador estaba en condiciones de escapar de los hielos que trataban de aprisionarlo. En Bahía Esperanza quedamos únicamente los que permaneceríamos hasta la finalización del año.

Se habían ido aquellos bravos muchachos que había dirigido el señor Romano, pero la Antártida había cobrado su tributo. Don Santiago no pudo vivir la aventura de esa noche de partida, ni los acompañaría jamás, pero su alma habría estado allí, junto a los que fueron sus amigos y regresaban para reencontrarse con sus seres queridos.

LA PRÁCTICA DEL ESQUÍ

La Antártida nos daba la oportunidad de practicar uno de los deportes más lindos y soñados: el esquí. Afortunadamente, el Sargento Liquitay era profesor de ese deporte y se convirtió de inmediato en nuestro maestro. Las tardes de los domingos, sin temporales, nos sorprendían a menudo transpirando sobre la nieve, alegres, olvidados del frío y la soledad. Cuando llegábamos a lo alto de la cuesta nos deslizábamos hacia abajo, veloces, hasta perder el equilibrio y caer sobre la nieve. Liquitay nos indicaba la posición correcta del cuerpo, de las manos, la forma de cargar el peso sobre un solo esquí, para doblar a la derecha o a la izquierda, y corregía todos nuestros defectos. A medida que aprendíamos, nos enseñaba nuevos y más difíciles ejercicios con el objeto de que estemos en condiciones de esquiar, lo suficiente bien, para recorrer largas distancias sobre la nieve. Me parece conveniente hacer notar que, durante las expediciones, los trineos llevan únicamente los equipos y víveres debiendo, los hombres, ir caminando con ayuda de los esquís. Es por eso que, la práctica de este deporte, tiene muchísima importancia para quienes van a la Antártida con fines de exploración, reconocimiento y otros estudios científicos a realizar en el terreno.

Después de las grandes nevadas, se forma un espeso colchón de nieve que dificulta la marcha a pie, pues las botas se hunden totalmente con cada pisada. En esas circunstancias, es cuando el esquí puede prestar su máxima utilidad pues, caminando con ellos, la nieve ofrece mayor resistencia al peso del hombre y la marcha se hace más rápida y menos cansadora.

Hoy, recuerdo algunas tardes bañadas de sol que pasábamos esquiando felices, sin problemas, riendo cada vez que un compañero

perdía el equilibrio y caía. Siento con tristeza que son tardes que para mí no volverán. Allí, sobre esas mismas cuevas blancas, otras tardes hermosas enviarán sus rayos de sol y otros hombres seguirán esquiando y cayéndose en la nieve como caíamos nosotros. Ellos se creerán también los dueños de esos cerros, de esos hielos, de ese mar y, sin embargo, tendrán un día que dejar su propio dormitorio y partir, sintiendo la sensación dolorosa de perder algo suyo, donde han pasado un año largo de vida.



"Suboficial Principal Julio Ponce, practicando esquí".



"Practicando esquí .De izquierda a derecha: Sargento Liquitay, Doctor Marana, Teniente Coronel Castro (Jefe del Destacamento), Teniente Alba Posse, Capitán Narvaja, Doctor Lucero y Topógrafo Emilio Carlos Olsson."

INICIACIÓN DE LOS TRABAJOS TOPOGRÁFICOS

El día 22 de abril, el Teniente Coronel Castro, el Capitán Benavides, el Sargento Ayudante Bonabello, el Cabo San Bucetti y yo, salimos del destacamento con destino al Refugio Militar General Güemes, que fue construido durante el año 1953, por la Dotación

Militar Esperanza y que se halla a quince kilómetros de la Base, sobre la costa de Bahía Duse.

Los trineos automotores, conducidos por el Teniente Coronel Castro y el Cabo San Bucetti, iniciaron la marcha seguidos por los dos trineos tirados por perros, que conducían el Capitán Benavides y el Sargento Ayudante Bonabello. Yo iba ubicado en la parte de atrás de uno de los trineos automotores que empezaron la marcha a regular velocidad. Estos trineos funcionan por un sistema de orugas y, cuando la superficie helada es más o menos lisa y dura, pueden superar los treinta y cinco kilómetros por hora de velocidad. Sin embargo, presentan deficiencias, que detallaré más adelante, que no les permiten reemplazar con éxito a los trineos tirados por los perros.

Los trineos automotores se separaron rápidamente de los otros, que quedaron atrás. Llegamos hasta las inmediaciones del Cerro Pirámide y seguimos hacia el Sur, sobre una superficie de hielo puro, hasta llegar a Paso del Medio que se halla, entre una colina baja y un cerro de cerca de seiscientos metros de altura, a tres kilómetros al Sur del Pirámide y a ocho de Esperanza. Hacia el Sur podía verse, a unos diez kilómetros de distancia, el mar helado con sus témpanos aprisionados y gran cantidad de islas entre las que se destacaba, por su tamaño, la Isla Vega. A unos tres mil metros se distinguía un cerro, de aproximadamente quinientos metros de altura, al que se había denominado Morro Colorado, por el color que presentaban sus rocas desprovistas de nieve. A su derecha, y muy próximo a él, se veía un cerro pequeño terminado en dos puntas, de unos cuatrocientos metros de altura, que se conocía con el nombre de Los Dos Juancitos. A la derecha de este último cerro, se extiende una cuchilla de hielo de unos quinientos metros de largo, que termina

en una punta rocosa, de casi trescientos setenta metros de altura, denominada: La Última Colina.

Después de recorrer unos dos mil metros más, llegamos a la parte superior de la cuchilla, entre los Dos Juancitos y La Última Colina, desde donde tomamos dirección Suroeste, bajando en pronunciada pendiente y bordeando, por la izquierda, a un cerro de cuatrocientos ochenta metros de altura, que se conoce con el nombre de "Don Bosco". No tardamos en llegar al Refugio General Güemes, a la orilla del mar, en Bahía Duse.



"La superficie del mar helado estaba llena de témpanos aprisionados."

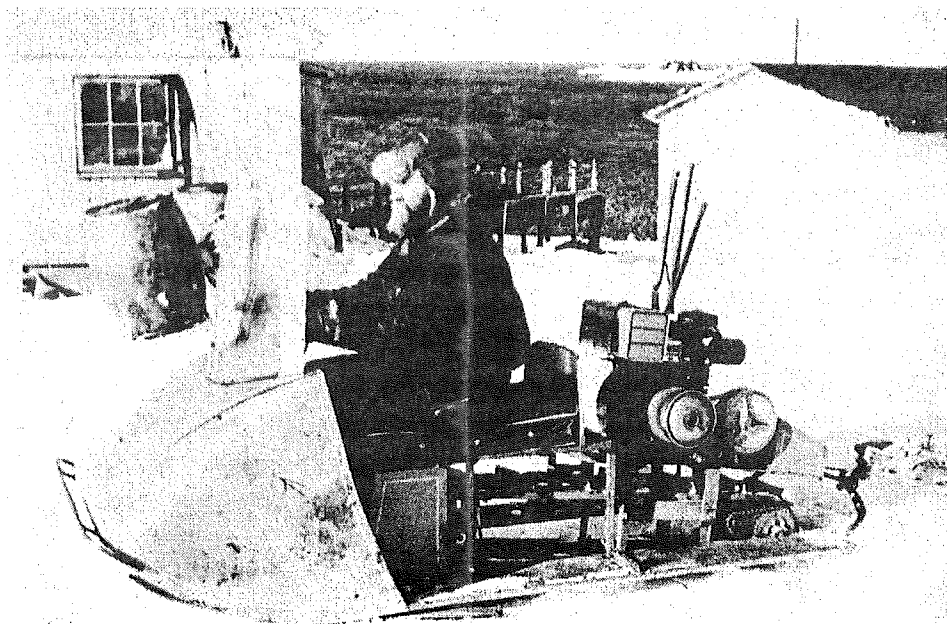
Ante nuestra vista se presentaba un panorama completamente nuevo, un paisaje que parecía surgido de un sueño o de un mundo extraño y remoto. El mar, completamente helado, había dejado prisioneros a todos sus témpanos que se presentaban hermosamente blancos o bien coloreados por los rayos débiles de un sol lejano. No soplaban viento, ni se sentía el frío y había una quietud tan grande, un silencio tal, que parecía que la naturaleza y los ruidos todos se hubieran congelado y petrificado muchos siglos antes. Yo sentí que esa quietud y ese silencio llegaban al alma con una sensación de misterio e infinito y quedé largo rato en actitud contemplativa, como temiendo que un solo ruido pudiera romper el encanto de aquel mundo maravilloso.

Sobre el mar helado, se veían puntos oscuros y quietos. Eran focas que, con sus hocicos poderosos, habían logrado abrir un boquete en la superficie de hielo y luego saltado, desde las aguas del mar, para poder tirarse y quedar casi inmóviles en el suelo, adormecidas y recibiendo los rayos del sol.

Después de contemplar aquel paisaje blanco, imposible de imaginar, entramos al pequeño refugio que tenía tres camas encimadas, dos calentadores, una estufa, víveres en abundancia y un equipo de radio. Preparamos un rico chocolate y, al poco rato, llegaron el Capitán Benavides y el Sargento Ayudante Bonabello con los trineos de perros.

A media tarde, el Teniente Coronel Castro y el Cabo San Bucetti, regresaron a Esperanza conduciendo los trineos automotores y allí, en Bahía Duse, quedamos el Capitán Benavides, Bonabello y yo. La misión de los dos primeros era la de perfeccionar el adiestramiento de los perros, para asegurar el éxito de las futuras

expediciones de exploración y reconocimiento hacia el Sur; yo aprovecharía aquellos viajes para iniciar los primeros trabajos topográficos en aquella zona.



"El autor en un trineo automotor"

En las últimas horas de la tarde salimos con el trineo, a cargo del Capitán Benavides, con el objeto de cazar una foca y tener alimento para los perros. Para llegar a la superficie del mar, debíamos bajar una pendiente pronunciada y llena de grietas traicioneras. Afortunadamente, el Capitán Benavides estaba acostumbrado al manejo de los perros y a la conducción del trineo y venció los obstáculos con extraordinaria habilidad. Después, nos

encaminamos hacia un grupo de focas, que habían aprovechado una grieta del mar para saltar y descansar sobre el hielo, que dormían tranquilas, ignorantes del peligro. El ruido del trineo y el ladrido de los perros las despertaron y, entonces, nos miraron con sus ojos grandes. Ellas sabían que allí, sobre la superficie helada de los mares, no tenían, habitualmente, enemigos y, por eso, nos observaron indecisas y sorprendidas. El Capitán Benavides tomó el hacha y se encaminó resueltamente hacia una de ellas que abrió grande la boca, enseñando su lengua y sus largos dientes. Un certero golpe en la frente y el animal quedó inconsciente. Con tres hachazos mas, separó la cabeza del cuerpo y la sangre saltó a chorros y caliente, abriendo una zanja sobre el hielo. Aquella escena me causó una enorme impresión; sentí lástima por aquellos animales grandes que no pueden defenderse; no imaginé, entonces, que me vería obligado, en mis largas expediciones futuras, a dirigir los golpes del hacha sobre aquellas focas cuya mirada no puedo olvidar.

Una vez muerto el animal, el Capitán dirigió la maniobra de abrirlo y sacarle las entrañas. Luego, entre los tres, y con gran esfuerzo, conseguimos cargarlo en el trineo y emprendimos el regreso con más de doscientos kilos de carne para los perros.

Por la tarde, preparé, por primera vez en mi vida, unos buñuelos que no salieron del todo mal. El Capitán Benavides hizo unos ricos panqueques. Además, había en el refugio picadillo y otras conservas, de manera que la cena resultó buena y abundante. Bonabello se destacó contando interminables anécdotas y cuentos, hasta que el sueño nos venció.



“Con un trineo automotor. De izquierda a derecha: Topógrafo Emilio Carlos Olsson, Sargento Agustín Hugo Alonso y Sargento Liquitay”

Al día siguiente, nos levantamos temprano y tomamos un buen chocolate. El clima era extraordinario, ninguna nube ni ráfaga de viento, todo en delicada armonía. Cuando salimos del refugio, los perros, que estaban atados a las maromas, nos recibieron con grandes exteriorizaciones de alegría que retribuimos con ligeras caricias y frases cariñosas. Después, preparamos los trineos, les pusimos los arneses a los perros, los ubicamos a cada uno en su lugar de tiro y salimos hacia el mar helado, llevando el material e instrumental necesario para la realización de trabajos topográficos.

La superficie del mar estaba llena de témpanos aprisionados que dificultaban la marcha. Por otra parte, como recién comenzaban los fríos intensos, la capa de hielo no tenía mucha consistencia y, a menudo, encontrábamos largas grietas disimuladas bajo un delgado manto de nieve. Era necesario tener mucha precaución, si no queríamos caer a las aguas del mar que estaba a nuestros pies. Los trineos avanzaban, subiendo por los témpanos y cruzando las grietas, como si fueran tanques, volcando a cada paso con su delicada carga de instrumentos de precisión que, afortunadamente, no sufrieron roturas de importancia.

Había llegado el momento de iniciar los trabajos topográficos expeditivos volcando, en la plancheta, la forma aproximada de las islas y la ubicación y la altura de los cerros. El día era ideal para trabajos de esa naturaleza porque no hacía frío, ni viento. El cielo seguía completamente despejado y la visibilidad era extraordinaria. El único factor adverso era la reverberación, que culminó en las primeras horas de la tarde, que dificultaba el manejo del telémetro. Ese día llevamos una especie de poligonal abierta hasta unos seis kilómetros del refugio y regresamos al atardecer, contentos por el éxito de la jornada. Los perros se habían desempeñado muy bien, pero algunos detalles habían alterado, por momentos; la paciencia de Bonabello, quien consideraba que no había derecho para que el Quilmes se comiera los arneses y el Oso se empeñara siempre a desviar el trineo hacia las focas.

Los dos días siguientes, 24 y 25 de abril, fueron excepcionalmente lindos. El trabajo que seguimos realizando constituía para nosotros un placer: explorar los alrededores, efectuar levantamientos topográficos y adiestrar los perros. Las focas nos

miraban pasar y se arrastraban pesadamente por el hielo. En cierta oportunidad, Bonabello vio una foca distinta, con una piel manchada como la de un tigre y, tomando una máquina fotográfica, se puso cómodamente a un metro de distancia del animal, dispuesto a sacar la mejor de sus fotografías. Él sabía que estos animales son generalmente inofensivos y estaba tranquilo pero, inesperadamente, la foca abrió la boca y avanzó hacia él. Indudablemente, iniciar una veloz carrera fue la mejor solución del problema.

Al regresar al refugio, al atardecer, atamos los perros y les dimos su ración de carne de foca que fue recibida jubilosamente. Preparamos luego la cena, comimos y nos dispusimos a dormir.

El día 26, amaneció nevando y con un fuerte viento Sur. No se pudo trabajar y pasamos el día en el refugio, en agradable conversación. Para distraernos un poco, introducíamos a dos perros por turno al abrigo del techo, los secábamos bien, les dábamos de comer y los dejábamos dormir un rato al calor de la estufa. Mientras, Bonabello contaba sus anécdotas.

Los tres días siguientes fueron hermosos y continuamos el trabajo topográfico hasta llegar a Punta Villegas, a trece kilómetros al Suroeste del refugio. Los perros habían asimilado perfectamente la lección de sus adiestradores y bastaba que el capitán dijera: “¡Dere-dere!” o “¡Izquier-izquier!” para que ellos desviarán el trineo a la derecha o a la izquierda, respectivamente. Sin embargo, el Quilmes seguía comiéndose los arneses y el Oso continuaba corriendo a las focas.

Habíamos cumplido nuestra misión y, al día siguiente, emprenderíamos el regreso a Esperanza. Sin embargo, el 30 de abril

amaneció con un fuerte temporal que nos obligó a permanecer en el refugio en espera de mejor tiempo. Al día siguiente, día de los trabajadores, después de haber escuchado por la radio el vibrante discurso del General Juan Domingo Perón, pronunciado en la histórica Plaza de Mayo, iniciamos el regreso a la Base Militar. La marcha se inició en las primeras horas de la tarde. Habíamos avanzado aproximadamente cuatro kilómetros cuando una espesa niebla comenzó a envolverlo todo. Nos fue imposible ver a más de diez metros, allí donde una desviación cualquiera nos podría llevar a las grietas terribles del continente. La marcha se hizo lenta y dificultosa, el Capitán y Bonabello dirigían sus respectivos trineos y yo caminaba delante, con la brújula, tratando de orientarme y llegar a Paso del Medio. De pronto, comenzó a levantarse un viento fuerte que arrastraba pequeñas partículas de nieve que castigaban los rostros y se introducían en los ojos. Las sombras de la noche comenzaban a caer lentamente cuando, con gran satisfacción, comprobamos que habíamos llegado a Paso del Medio. Faltaban solamente ocho kilómetros de recorrido pero la situación empeoraba, Una fuerte ráfaga arrastró y volcó el trineo que conducía el Sargento Ayudante Bonabello. Sin embargo, conseguimos seguir avanzando en medio de las sombras, de la nieve y del viento. Con la luz de una linterna, yo seguía orientándome con la brújula de bolsillo, tratando de servir de guía a los dos trineos que venían detrás. Cuando me detuve y esperé al Capitán, comprobamos que Bonabello se había detenido o extraviado. Lo llamamos, pero nuestras voces se perdieron en la noche sin obtener respuesta. Fue entonces cuando ocurrió algo increíble. El Capitán Benavides, juntando sus manos alrededor de su boca, comenzó a gritar, lo más fuerte posible, tratando de imitar el aullido de algún animal. Inmediatamente, los perros de nuestro trineo comenzaron a llorar a coro y sus aullidos lastimeros fueron respondidos por los otros perros del trineo perdido,

cuyos ladridos llegaron apagados por la distancia. Enseguida estuvimos los tres expedicionarios reunidos; el viento aumentaba sus ráfagas frías, en aquella noche cerrada, y los perros se echaban al suelo en busca de protección. Era imposible continuar la marcha. Volcamos los trineos, de tal manera que nos ofrecieran algún reparo del viento, tratamos de ponernos dentro de las bolsas-cama y nos acostamos sobre el hielo. La nieve, que arrastraba el viento con violencia, se introducía por todas partes y se derretía al tener contacto con la piel caliente. Cuando procurábamos introducirnos mejor dentro de las bolsas-cama, nos veíamos obligados a sacarnos los guantes y, enseguida, los dedos se nos empezaban a congelar. Mientras, el viento nos iba sepultando con la nieve que arrastraba. Yo no sé cuánto rato permanecemos allí, ni si podríamos seguir mucho tiempo más, pero fueron horas de martirio que nunca podré olvidar. Aproximadamente, a las once de la noche, el cielo se despejó un poco y se vio el Pirámide. El Capitán dio la orden de alistar los trineos, dejar toda la carga, inclusive los instrumentos de precisión, y continuar el regreso al Destacamento Militar. Aproximadamente una hora después, cubiertos totalmente de nieve y muertos de frío, hicimos nuestra entrada a la cocina y recibimos el abrazo de nuestros compañeros.

Los días siguientes fueron tormentosos. Recién el día seis pudimos volver en busca de los elementos dejados en las cercanías del Paso del Medio. Afortunadamente, el viento se había encargado de formar un montículo de nieve sobre ellos, facilitando su localización. Después de cavar, aproximadamente dos metros, fueron apareciendo la carpa, la dioptra, el telémetro, las cintas de agrimensur, las brújulas, el hacha, las maromas de los perros, las bolsas-cama, el equipo de repuesto, etc. Lo único que faltó fue una

bolsa que contenía elementos de vestir y, se supone, que el viento la arrastró hacia el mar.

Una vez rescatados los valiosos instrumentos topográficos que estaban a mi cargo, recién recuperé la tranquilidad que había perdido. Ellos fueron siempre componentes de mi equipo de campaña y estaban destinados a quedar muchas veces sepultados por la nieve.

EL FESTEJO DE LOS CUMPLEAÑOS

Un acontecimiento grato, que rompía la monotonía diaria, era el festejo de los cumpleaños. Guzmán era el encargado de hacer las tortas y San Bucetti el que calentaba las botellas de sidra para producir el descongelamiento de la bebida.

En el momento en que el homenajeadito cortaba la torta, Sani le sacaba una fotografía. Después brindábamos por su felicidad y le exigíamos que pronunciara unas palabras, que siempre eran seguidas de grandes aplausos.

Allí cumplí mis veinticuatro años. Estaba satisfecho de mi vida. Había luchado mucho, pero no había recibido ninguno de esos golpes terribles que nos depara el destino. Desde chico, aprendí a manejar solo y la experiencia era quizá mi mejor escuela. Ese 7 de Mayo me encontraba en la Antártida y, por primera vez después de once años, me estrechaban la mano en el día de mi cumpleaños. Me pareció, entonces, que estaba rodeado de hermanos. Esa noche,

cundo todos brindaron por mi felicidad, yo evocé mis días alegres de niño, pasados junto a mis padres y hermanos, y aquellos cumpleaños en que mi madre me despertaba con una caricia y el juguete anhelado. Después, los años de estudio y de trabajo pasados lejos de casa, casi olvidando el día de mi cumpleaños. Pero, en ese instante, todo era distinto. Tomé mi vaso y bebí con todos mis compañeros, feliz, ¡Muy feliz!

Allí cumplí mis 24 años



"De izquierda a derecha: Capitán Héctor Benavides, Teniente Juan Alba Posse (de espaldas), Teniente Coronel Fortunato Castro, Topógrafo Emilio Carlos Olsson y Soldado Homero Manzione"

UN BUSTO A LA MEMORIA DE EVA PERÓN



En la Base Militar hablábamos poco o nada de temas relacionados con la política. La figura de EVA PERÓN trasciende las fronteras de la patria y comienza a ser admirada y querida en muchas naciones de la tierra. En nuestro país, despierta todavía amores y odios. Pienso que el transcurrir del tiempo hará de ella una figura señera, ejemplo de lucha, de amor y sacrificio.

A la memoria de Eva Perón, levantado sobre un pedestal entre las rocas y los hielos, inauguramos un busto que delineaba su rostro hermoso, que parecía desafiar las tempestades. Y frente a él, todos los integrantes de la dotación en posición de firmes, cantamos las estrofas del Himno Nacional. Otro tiempo, otro mundo, otro

espacio, un continente remoto y bello, un silencio casi sepulcral roto por las estrofas de nuestro Himno Nacional y roto, también, por el ruido de las olas, golpeando las costas acantiladas del mar. Y allí estaba ella, con blancura nívica, simbolizando inmortalidad y pureza. Seguí su mirada hacia el mar, un mar inconmensurable, que hablaba de lejanías, de tempestades e infinito.



*"Junto al Busto de Eva Perón, Base Militar Esperanza: 1954."
De izquierda a derecha: Sargento Agustín Hugo Alonso y Suboficial
Principal Julio Ponce.*

EL CUIDADO DE LOS PERROS

A partir de los primeros días de mayo yo fui el encargado de cuidar los perros, tarea de gran responsabilidad si se considera que del estado físico de aquellos animales dependería, en gran parte, el éxito de las futuras expediciones hacia el Sur.

Los dieciocho perros que constituían los dos equipos de tiro ya son, más o menos, conocidos por los lectores. Además, mencionaré, ahora, a la Diana y a la Dorotea, dos hermanitas blancas que estaban adiestradas pero eran débiles, y a la Pataia, madre de las anteriores, que estaba en las mismas condiciones. La Cueca era una perra grande que tenía unos cuantos cachorritos blancos. Había también otros perros ordinarios y débiles y unos cuantos perritos, bien desarrollados, de seis meses de edad.

En total, eran aproximadamente cuarenta y cinco perros, de los cuales se podía contar, únicamente, con dieciocho, para el tiro eficiente de los trineos.

Yo tomé mi nueva tarea con gran entusiasmo y cariño, porque sentía una gran inclinación hacia aquellos animales, que debían soportar heroicamente las tormentas y el frío, atados en las maromas, y me propuse tratar de aliviarles el sufrimiento.

En primer término, y de acuerdo al criterio del Señor Jefe del destacamento, los iba soltando de a dos o tres para liberarlos un rato de sus cadenas. Entonces, veía con alegría que aquellos perros libres, después de saltar a mí alrededor con exageradas muestras de agradecimiento, salían corriendo por los alrededores, entre las piedras y la nieve. ¡Que feliz sensación de libertad, lejos de aquéllas

cadenas cortas que los mantenían permanentemente atados, impotentes para correr y saltar! Mientras, los perros que permanecían en las maromas se desesperaban, trataban de vencer la resistencia de las cadenas y por último, vencidos, se tiraban al suelo y mirando al cielo comenzaban un aullido desesperado. Yo vivía la angustia de aquellos animales sin poder remediarla. Algunas veces, traté de liberar a más de tres perros juntos pero, entonces, se trababan en la más cruel de las luchas poniendo, en cada una de las heridas que se abrían, todo el odio y la desesperación nacidos en el mismo sufrimiento. Yo trataba de interponerme entre ellos pero, casi siempre, sin resultado. Después de las peleas, ensangrentados, venían a mí, yo los acariciaba con lástima y se los llevaba al Doctor Marana, quien les ponía el medicamento y los vendajes necesarios. Como inolvidables recuerdos de las peleas, el Oso había perdido un ojo, un cachorro estaba prácticamente ciego y casi todos presentaban cicatrices profundas en el cuerpo. Parece mentira que aquellos perros, tan sanguinarios entre ellos, respeten tanto al hombre y sean hasta incapaces de mostrarle los dientes, en ademán amenazador. El Capitán Benavides los había amaestrado a todos, desde chicos, sin descuidar detalle. Citaré, como ejemplo, una de las maneras que empleaba para conseguir su completa subordinación: cuando estaban con hambre, les daba un pedazo de carne de foca y, luego, se les sacaba de la boca. Si el animal reaccionaba amenazador, le pegaba ligeramente y se la volvía a dar, repitiendo la operación hasta que el perro se resignaba a quedar sin el alimento. Había llegado el momento de acariciarlo, darle la carne y dejarlo comer tranquilo.

Todas las mañanas yo disolvía, en un tacho grande con agua tibia, dos paquetes de leche en polvo con un poco de azúcar. Luego recorría las maromas e iba, de perro en perro, dándoles la leche en una fuente. Terminada esta tarea, limpiaba el sector destinado a los

cachorritos recién nacidos, les daba leche con pedacitos de carne, dejaba un rato en libertad a la madre y encendía la estufa a kerosén para secar y entibiar el ambiente. Todos los días, sin excepción, ocurría una cosa curiosa digna de contar: la Cueca, una de las madres de los cachorritos, esperaba ansiosa el momento de quedar en libertad y, cuando lo conseguía, salía corriendo hacia las maromas de los perros y se quedaba muy junto al Alí. Pareciera que iba en busca del padre de sus hijos, para hablarles de ellos, para contarle sus inquietudes y problemas. En la vida de los animales hay muchas escenas tiernas como esta, que dan la impresión que tienen sentimientos como nosotros.

Por la tarde, les daba su ración de pemmicam o de carne de foca. El Pemmicam es una mezcla de grasa, cebo y restos de carne, preparada especialmente para alimento de los perros, y estaba envasado en latitas del tamaño de las que se utilizan para envasar duraznos al natural. Una vez abiertos los envases, era necesario ponerlos al calor del fuego para ablandar y sacar el alimento congelado y endurecido como piedra. Después, daba a cada perro su ración y ellos la recibían con grandes demostraciones de júbilo. Al atardecer, les daba leche tibia y los acariciaba, uno a uno, pues parecía que aquellos animales necesitaban más el calor de mis manos que el alimento que recibían.

En los días de temporales fuertes, los perros quedaban semienterrados, hechos un ovillo en el suelo, y rechazaban la leche y todo alimento. Algunas veces nevaba tanto que las cadenas de las maromas eran sepultadas y los perros quedaban amarrados al suelo. Entonces, era necesario cavar con picos y palas y desenterrar las maromas para impedir que quedaran enterrados. Otras veces, se levantaba un viento tan fuerte que arrastraba miles y miles de

toneladas de nieve hacia el mar. Cuando pasaban esas tormentas, era frecuente observar que la superficie de la nieve había disminuido su altura pero que, en el lugar donde había dormido un perro, la acción erosiva del viento no había podido carcomer la nieve y, entonces, cada uno de ellos se encontraba en lo alto de una especie de hongo, de más de cincuenta centímetros de altura. Cuando hacía mucho frío y las tormentas eran fuertes, yo llevaba al sótano a los perros que consideraba más afectados y no tardaban en reaccionar.

De esta manera, observando de cerca todos los factores adversos a la vida de los perros, tratando de aliviarlos del frío, de la esclavitud de las cadenas y alimentándolos de la mejor forma posible, fui realizando mi tarea de cuidador de perros en la Antártida Argentina.



"Un perro antártico"

UN DESCUIDO CASI TRÁGICO

Estaba yo cuidando a los cachorritos, en el sótano del destacamento, y San Bucetti arreglaba los trineos automotores a mi lado. De pronto, me sentí descompuesto, con fuertes dolores de cabeza y mareado. Me di vuelta para solicitar ayuda a mi camarada pero ya no estaba. Sin embargo, el motor de uno de los trineos seguía funcionando. Con gran esfuerzo, conseguí salir del sótano y llegar hasta el médico. El Doctor Marana me hizo acostar y enseguida me sentí mejor. Poco después, al seguir nuevamente la tarea interrumpida, me volví a sentir mal. Muy mareado, pude llegar hasta el trineo automotor y me senté en él. La cabeza me dolía mucho, sentí ganas de vomitar. Sin fuerzas para caminar, alcancé a llamar a uno de mis compañeros que me ayudó a llegar a mi cuarto. Cuando el Doctor Marana me vio en ese estado, corrió al sótano y comprobó que estaba saturado de gas carbónico, que provenía del caño de escape de uno de los trineos automotores que seguía funcionando. Al mismo tiempo, otros camaradas que habían entrado al sótano sintieron los mismos síntomas. Enseguida se apagó el motor, se abrieron las puertas y se sacaron los perritos que, también mareados, parecían dormidos. Dos gallinas, que estaban encerradas en el depósito de carbón del sótano, apenas podían caminar. Afortunadamente, aquel descuido no tuvo consecuencias trágicas y sirvió para advertirnos de un grave peligro y para que, en lo sucesivo, tomáramos las precauciones necesarias para evitar la repetición de fenómenos de esta naturaleza.

EL INVIERNO

Se terminaron los días aquellos enemigos de la sombra. Las noches se desquitaban enviando su oscuridad sobre el paisaje blanco. Muy cerca de medio día, el sol asomaba débilmente, pegado al horizonte, para desaparecer tres o cuatro horas después, mientras el frío parecía reírse de su debilidad y de su impotencia. Los días, cortos y en general grises y tormentosos, eran tristes y crueles. Las noches largas, con ruido de ráfagas de viento, traían recuerdos y nostalgias. La nieve seguía acumulándose lentamente o bien se dejaba arrastrar por las tormentas para disolverse bajo las aguas del mar.

Cuando el cielo estaba despejado, los últimos rayos de sol de la tarde acariciaban los cerros de la Isla Joinville y les daban un tono rosado. El paisaje adquiriría, entonces, una belleza extraordinaria y un misterio más profundo parecía envolverlo todo, en medio de un silencio casi absoluto, sepulcral, roto a veces por un aullido de perro que recorría las soledades como manifestación de tristeza, de llanto... de dolor.

En las noches serenas, la Cruz del Sur, culminando en el Cenit, se empeñaba en mantener el símbolo cristiano en la parte más alta del cielo. Hacia el Sur, Canopo y Achernar, brillantes, parecían querer indicarnos el camino hacia el Polo. Recostadas hacia el Norte, como en busca del Ecuador, Sirios, Antares, Rigel y la rojiza Spika recorrían el cielo y se reflejaban en el agua del mar. Muy próxima al horizonte, Arturo, parecía asomarse curiosa para contemplar la Antártida, como un espía del Hemisferio Boreal. A veces la Luna enviaba sus rayos de plata que se reflejaban en el hielo y en el mar y,

en medio del silencio y la calma, el frío se empeñaba en congelar la vida misma.

Cuando se desataban las tormentas de nieve, el destacamento parecía estar en medio del infierno. El viento blanco soplaba sin descanso días y días y sus ráfagas sacudían el edificio y lo hacían temblar, como queriendo arrancarlo de sus cimientos y llevarlo al infinito. La columna mercurial descendía rápidamente: veinte, treinta, treinta y siete grados bajo cero y el mercurio se congelaba, impotente de seguir registrando aquellas temperaturas extremas. Mientras, lejos del destacamento, las patrullas de exploración y reconocimiento luchaban contra el viento, la nieve y el frío, llevando como únicas armas una carpita débil, un calentador a kerosén y un equipo de vestuario deficiente. Quién ha integrado expediciones de esta naturaleza y resistido temperaturas inferiores a los cuarenta grados bajo cero, sintiendo, impotente de impedirlo, como los dedos de los pies y de las manos comienzan a congelarse, puede decir que conoce verdaderamente el invierno antártico con todo su rigor y crueldad. No lo conocen quienes viven permanentemente en los destacamentos, con calefacción y escuchando radio, mirando por el cristal de las ventanas el viento blanco que remolinea y corre más frío que la muerte, ni lo conocen los pingüinos que huyen a tiempo, ni las focas que se refugian bajo el agua. Pero yo no lo podré olvidar nunca, porque llevo en mi cuerpo algunos rastros de su crueldad.



“Una expedición de la Base Militar Esperanza en pleno invierno”

LA SALA DE RADIO

La sala de radio era un lugar muy querido para nosotros, hasta allí llegaban las palabras de nuestros padres, esposas, novias, hermanos, y amigos.

Había quienes escuchaban a diario las voces entrecortadas y emocionadas de sus hijitos. ¡Cuántas lágrimas habrán brotado allí! Lágrimas de amor y añoranza.

Cuando los ruidos molestos impedían escuchar con claridad, los radiotelegrafistas Ponce y Alonso, extraordinariamente hábiles en

sus funciones, nos iban repitiendo, una a una, las palabras queridas que llegaban.



Por intermedio de la radio enviábamos y recibíamos los radiogramas. Es decir que, a pesar de estar en la Antártida, no estábamos completamente aislados. El milagroso aparato nos permitía la comunicación permanente con todos nuestros familiares y amigos. Además, nos traía las últimas noticias, los comentarios nuevos, los tangos de moda, la actualidad del teatro y del cine, la popularidad de Gina y de Marilyn Monroe, los triunfos de Fangio y de los boxeadores argentinos y todo lo que nos permitía vivir la emoción de los últimos acontecimientos.

Cuando Pascualito Pérez peleó en el Japón, por el título mundial, en el destacamento se suspendieron momentáneamente las actividades. Alrededor del receptor de radio, se reunieron todos esperando el resultado de aquel trascendental combate. Cuando el nuestro, fue declarado campeón mundial, la sala vibró con los gritos de júbilo. Gracias a la radio, se había roto la monotonía habitual de la vida de la Antártica.

Hoy, desde la gran capital porteña, hago llegar con frecuencia un saludo cariñoso y frases de aliento a mis camaradas del Destacamento Militar Esperanza. Siento sus voces emocionadas a través del teléfono y revivo mis días pasados allí.

PREPARACIÓN DE LA EXPEDICIÓN INVERNAL

En el mes de mayo iniciamos los preparativos para la primera campaña invernal. De acuerdo a la opinión médica y, en base a las calorías, fueron preparadas las raciones de alimentos que se

colocaron en latas grandes, cada una de las cuales debía alimentar, durante quince días, a cada hombre y pesaba, aproximadamente, veinticinco kilos. Cada lata llevaba en su interior varias latitas de guiso de mondongo, poroto con tocino, puchero, picadillo, leche en polvo, manteca, dulces, galletitas y bolsitas conteniendo caramelos, nueces, frutas abrillantadas, azúcar, café, té, tabletas de chocolate, cajas de fósforos, etc.

Dos pequeños cajoncitos, fueron destinados para llevar los elementos de cocina. En cada uno de ellos, se colocó un calentador a kerosén, un embudo, dos cacerolitas, tres platos, tres cucharas, tres cuchillos y tres jarros de aluminio.

Cada componente de la expedición preparó su bolsa-equipo, en la que colocó un colchón neumático, una bolsa-cama, una frazada, un par de botas, dos pares de medias de lana, un calzoncillo corto, un calzoncillo largo, una camisa, una tricota, un sacón de plumas, un pasamontañas, un gorro de piel, un par de guantes mitones y un par de guantes de lana.

El equipo de vestir, que cada hombre llevaría puesto al salir a campaña, sería el siguiente: dos pares de medias de lana, un par de botas, un calzoncillo corto, un calzoncillo largo, un pantalón impermeabilizado blanco, una camiseta, una camisa, una chaquetilla azul, un sacón especial blanco, una bufanda, un pasamontañas, un antiparras y guantes. Una bolsa, adherida a un trineo de perros, fue destinada para llevar sogas, alambres de repuesto y las maromas para atar a los perros.

Fue necesario preparar dos carpas, una de las cuales se hizo íntegramente en el destacamento con tela de nylon, según las

directivas del Capitán Benavides, siempre precisas, que se basaban en su gran experiencia. Esta carpa, que dio más tarde excelentes resultados, tenía forma de pirámide cuadrangular y se sostenía con un parante central y ocho vientos, que se ataban a estacas que se clavaban en la nieve o el hielo. En uno de sus costados, había una pequeña abertura que permitía la entrada o salida de los ocupantes. La superficie de su base era aproximadamente de cuatro metros cuadrados, siendo ideal para dos personas. La otra carpa, un poco más grande, ya había sido utilizada el año anterior y presentaba cuatro caras, dos en forma triangular y dos rectangulares, se sostenía con cinco parantes y ocho vientos, era más difícil de armar y menos abrigada.

Al mismo tiempo, el Cabo San Bucetti preparaba los trineos automotores, el Sargento Ayudante Balegno reforzaba los trineos de perros, Sani se ocupaba del equipo fotográfico, el Suboficial Principal Ponce y el Sargento Alonso ponían en condiciones el equipo de radio y yo preparaba el instrumental para la continuación de los trabajos topográficos.

También fue necesario continuar adiestrando a los perros. Yo me encargué del team del Bobby. Cuando teníamos un poco de tiempo disponible, el Capitán Benavides y yo atábamos los perros a los trineos y salíamos hasta Paso del Medio. Adelante, iba el Capitán con su trineo, yo iba detrás de su huella y trataba de imitarlo en el manejo de los perros, siguiendo cuidadosamente sus directivas. Existen ciertos detalles en el adiestramiento que es preciso no olvidar nunca: El castigo no debe ser excesivo, de manera que ellos se encariñen con el adiestrador; es preciso obrar siempre con paciencia, corrigiéndoles los defectos, y las caricias deben ser el premio al buen comportamiento. Uno de los castigos más curiosos y eficaces es el de

atar a un perro solo y detrás de todos los demás, lo que constituye, para el animal, una gran humillación y lo obliga a poner todo su esfuerzo para merecer la suspensión del castigo.

Para asegurar la alimentación de los perros, durante las futuras expediciones, preparábamos raciones diarias de seiscientos gramos cada una, a base de pemmicam y con el agregado de leche en polvo, sal y harina. En cada lata grande se colocaron cincuenta y cuatro raciones, que pesaban treinta y dos kilos, y alcanzaba para alimentar durante seis días a cada team de perros. De esta manera se fue preparando la primera gran expedición invernal antártica, contando con la valiosa experiencia del Capitán Benavides, siempre entusiasta y trabajador.

LA JURA DE LA BANDERA

Llegó el 20 de junio, día de la Bandera Argentina, de aquella que flameaba en el mástil del Destacamento Militar Esperanza, como símbolo de nuestra indiscutible soberanía sobre aquel helado sector de la Antártida. Y junto a esa Bandera, que fue la de Belgrano, la de Gúemes y la de San Martín, pero también la de miles y miles de héroes ignorados que hoy viven en el sueño del olvido, le rendimos nuestro homenaje emocionado y sincero. El Soldado Homero Manzione, un heredero más de las glorias de los soldados argentinos, estaba frente a nosotros, firme y erguido, esperando el momento solemne de jurar estar dispuesto a morir por defenderla.



Cuando el ¡Si juro! brotó de sus labios, Manzione, sintió el orgullo mas grande de su vida de soldado. Pienso que, en esos momentos imborrables, habrá recordado a su padre, ya fallecido, Homero Manzi, conocido poeta y compositor de tangos, que fuera

amigo de Carlos Gardel. La Bandera seguía flameando en el mástil, el viento frío la acariciaba, el sol le enviaba sus rayos y nosotros la contemplábamos con orgullo de argentinos. Era la misma que había cruzado valles y montañas liberando pueblos, la que triunfó en cientos de combates y la que había flameado en la Fragata Uruguay cuando, en el año 1903, en proeza inolvidable, rescató a la expedición de Nordenskiöld de las tierras inhóspitas de la Antártida Argentina.

EL ENGAÑO A MIS PADRES

Todas las semanas, sin excepción, enviaba un telegrama a mis padres. Nunca me perdonaría el hecho de mantenerlos intranquilos por descuido o negligencia. Sin embargo, se me presentaba un problema nuevo: debía integrar una patrulla de exploración hacia el Sur, que permanecería más de un mes en el terreno, y me vería imposibilitado de enviarles mis acostumbradas noticias semanales. Ante tal situación, pensé notificarles mi participación en un próximo viaje de exploración pero, conciente que ello los inquietaría mucho, decidí callar. No obstante, debía encontrar la manera de seguir manteniéndolos tranquilos. Después de mucho pensar, encontré la solución: la de mentir, la de engañarlos. Pedí al Suboficial Telegrafista Ponce siete formularios de telegramas, los llené con textos como el siguiente:

”Queridos padres:

Estoy bien, cariños y besos

Emilio.”

Y se los volví a entregar, rogándole que, cada semana, les enviara uno de ellos, aunque no tuviera noticias mías.

Así fue como estuve casi cuarenta días consecutivos, lejos del destacamento, soportando temporales, congelándome los dedos y desafiando los peligros de las grietas, mientras, en forma estudiadamente regular, mis noticias y besos llegaban a mis padres. Los engañaba, pero era un engaño necesario, piadoso, un engaño que era manifestación de cariño y de amor.

DIARIO DE LA PRIMERA GRAN EXPEDICIÓN

2 de julio: Día nublado, frío y con fuerte viento, fue mejorando lentamente. A las dos de la tarde, el Capitán Benavides y yo, salimos hacia Bahía Duse conduciendo los dos trineos de perros cargados con todos los elementos necesarios para la realización de una larga expedición. Al sobrepasar Paso del Medio, cargamos en los trineos unas latas de víveres, que habíamos adelantado días atrás, y cada trineo superó los cuatrocientos cincuenta kilos de carga. Aproximadamente dos mil metros más adelante, los trineos volcaron y comenzaron a sufrir las consecuencias del peso exagerado, razón por la cual dejamos parte de los víveres y seguimos hacia Bahía Duse, llegando al refugio a las dieciocho horas, siendo completamente de noche.

3 de julio: Con fuerte viento, regresamos hasta la última Colina y llevamos al refugio la carga que nos habíamos visto obligados a dejar el día anterior. Por la tarde reparamos los trineos.

4 de julio: Se desató un fuerte temporal que nos obligó a permanecer inactivos en el refugio.

5 de julio: Preparamos los trineos y con un total de once latas de pemmicam, es decir, con trescientos cincuenta y dos kilos, nos dirigimos hacia Punta Villegas, que se encuentra a trece kilómetros al Sur del refugio, con el objeto de adelantar parte de la carga. Al llegar a destino, encontramos una foca y le dimos muerte, para aumentar y reforzar el alimento destinado a los perros. Cuando comenzamos el regreso, una espesa niebla fue ocultando los cerros y poco a poco llegó hasta nosotros, sin dejarnos ver a más de veinte metros. Fue necesario avanzar con la ayuda de la brújula hasta llegar a las proximidades del refugio. Entonces, aclaró ligeramente y lo pudimos ver. Rato después tomamos un reconfortante chocolate al calor de la estufa.

6 de julio: A las catorce horas llegaron al refugio el Teniente Coronel Castro, el Sargento Radiotelegrafista Alonso, el Químico Sani y el Cabo Mecánico San Bucetti, cada uno conduciendo un trineo automotor que arrastraba un acoplado con el equipo correspondiente. A las catorce y treinta, salimos todos del refugio con dirección al Suroeste.

Los cuatro trineos automotores marchaban delante, atrás los dos trineos de perros. Un ruido de motores y gritos de perros rompían el silencio habitual de aquella soledad. La tarde, tranquila y despejada, no anunciaba el temporal terrible que se estaba preparando.

Aproximadamente, a las diecisiete horas, llegamos a Punta Villegas e hicimos alto. Atamos a los perros y les dimos su ración de

pemmícam, entramos el equipo de dormir y de cocina a las carpas, encendimos el calentador y nos pusimos a descansar, mientras poníamos en baño maría a las latas de puchero para la cena.

El Teniente Coronel, el Capitán Benavides y yo ocupamos la carpa de nylon. Sani, Alonso y San Bucetti ocuparon la otra, algo más grande, en la que instalaron el equipo de radio. El cielo estaba totalmente despejado en aquella noche serena. Marte, grande y brillante, parecía el rey del espacio recorriendo sus dominios celestiales. Las estrellas se veían nítidamente y el viento estaba como congelado, igual que el mar que permanecía sin rumor de olas, inmóvil, paralizado.

Aquella noche nos llenó de optimismo. No pensamos, en ningún momento, que la calma es traicionera, que suele anticiparse a las tormentas. Sin embargo, el viento no tardó en desatarse y sus ráfagas parecían querer arrancar y destrozar aquellas dos carpas perdidas en la inmensidad de los hielos. Había quedado como un sueño aquella tranquilidad perdida bruscamente. El silencio había sido roto por el ruido del viento huracanado, la nieve era arrastrada violentamente, el frío aumentaba en aquel infierno blanco y allí, callado, inmóvil, como esperando que la carpa cediera, yo vivía los instantes que se iban como si fueran siglos.

7 de julio: El temporal continuó con toda su furia. A medio día, el Capitán y yo, salimos de la carpa y dimos la ración de pemmicam a los perros que habían permanecido echados en el suelo y casi inmóviles, resistiendo los embates del viento. No se veía nada a más de diez metros de distancia. El viento frío parecía empeñado en no terminar nunca y penetraba cruelmente hasta los mismos huesos. Las carpas, endurecidas por el hielo, seguían agitándose y

resistiendo las ráfagas continuas y violentas. Por la tarde, luchando contra el temporal, colocamos las antenas y Alonso trató de comunicarse por radio con el destacamento, pero no tuvo resultado. El sistema de generación de energía a pedal no es eficaz dentro de las carpas de tan reducido espacio. Además, los relojes habían detenido su marcha como consecuencia del frío y no se podía cumplir con los horarios de comunicación previamente establecidos. La noche siguió tormentosa y fría. A ratos parecía que las ráfagas disminuían un poco su violencia pero luego aumentaban su furia ¿Cuándo terminaría aquel temporal terrible y tendríamos otras noches serenas?

8 de julio: Transcurrió con las mismas características del día anterior. Los perros estaban casi totalmente cubiertos de nieve y apenas quisieron comer. Por la tarde, los seis expedicionarios nos reunimos en una carpa y Alonso volvió a tratar de comunicarse con el destacamento, pero no lo consiguió. Luego, San Bucetti, puso a baño maría tres latitas de poroto con tocino y, al rato, comenzamos nuestra cena, sin hacer mayormente caso de los pedazos de hielo que habían resistido al calor y seguían formando parte de la comida. Un buen jarro de chocolate caliente constituyó la parte principal de aquella comida. Afuera, el viento seguía su carrera y la noche estaba oscura y terriblemente fría.

9 de julio: Igual que el día anterior, amaneció aquel día de la patria. Nosotros permanecíamos inactivos dentro de las carpas, dolorido el cuerpo, cansados de nuestra impotencia ante aquella manifestación de clima inhóspito. Por la tarde, desafiando al viento y a la nieve, salimos de las carpas, rendimos nuestro saludo a la Bandera Argentina y el Teniente Coronel pronunció unas breves palabras de recordación hacia los próceres de julio. Era un sentido homenaje a la Patria tributado en medio de la desolación y las

tempestades. Por la noche, el viento disminuyó su violencia, dejó de nevar y algunas estrellas comenzaron a brillar en el cielo. Los perros reaccionaron, comenzaron a jugar, hasta que consiguieron arrancar las maromas e iniciaron una feroz pelea. Entre el Capitán y yo, luchando contra la oscuridad, el frío, las ráfagas del viento y aquellos perros enfurecidos, logramos clavar nuevamente las maromas y poner a cada animal en su lugar. Sin duda, aquella actitud de los perros, era una especie de compensación por los días de inactividad forzada que vivieron. En el cielo, Marte, brillaba nítidamente y solo algunas nubes bajas corrían ligeras hacia el Norte.

10 de julio: El día se presentó despejado y frío, el viento soplaba con regular intensidad. Los trineos estaban completamente enterrados en la nieve. Hubo que cavar con las palas para sacar las latas de víveres, las bolsas de equipos, los instrumentos de precisión, etc. Los trineos automotores, casi íntegramente bajo la nieve, con los motores fríos y los caños de nafta llenos de hielo, no arrancaban. La lógica nos señalaba que ellos no podrían avanzar entre los témpanos aprisionados, ni sobre los colchones de nieve, ni atravesar las grietas. Así lo comprendió el Jefe de la expedición, Teniente Coronel Fortunato Castro, quien ordenó el regreso de los mismos hasta el refugio, conducidos por Alonso, San Bucetti y Sani.

A las once de la mañana, nos despedimos de los tres expedicionarios que debían regresar y el Teniente Coronel, el Capitán y yo, reiniciamos la marcha hacia el Sur con los dos trineos de perros.

Cada trineo llevaba más o menos trescientos cincuenta kilos. El Capitán Benavides marchaba adelante con su trineo, atrás íbamos el Teniente Coronel y yo con el nuestro. Avanzábamos con dificultad

entre los témpanos que el mar había aprisionado al congelarse. Los perros tiraban disciplinados, los trineos subían y bajaban entre las irregularidades de la superficie helada y nosotros los seguíamos con la ayuda de los esquíes. A cada rato, los trineos volcaban y caíamos al suelo sobre el hielo duro e hiriente. Después, teníamos que levantar, ordenar y atar la carga que había caído y proseguir aquella marcha lenta, cada vez más dificultosa y agotadora.

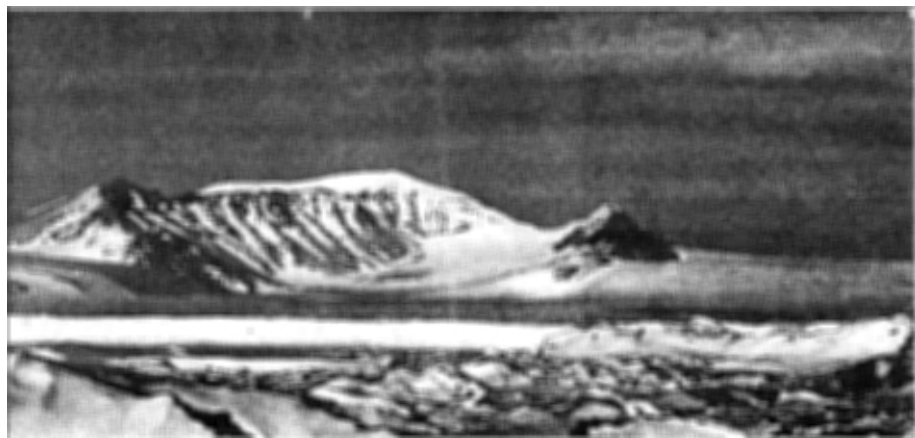
Ese día avanzamos únicamente ocho kilómetros, que nos parecieron muchas leguas. Cansados de caminar, con el cuerpo dolorido por los golpes, levantamos la carpa al lado de un témpano grande. Antes de preparar nuestras cosas, clavamos las maromas en el suelo y atamos los perros, dándoles a cada uno su correspondiente ración de pemmicam, endurecida por congelamiento. Luego cenamos y nos dormimos profundamente.

11 de julio: Amaneció despejado, frío y sin viento. Tomamos un buen chocolate con galletitas y dulce y desarmamos la carpa, cargamos todos los elementos a los trineos, atamos a cada perro en su correspondiente lugar de tiro y salimos rumbo al Suroeste.

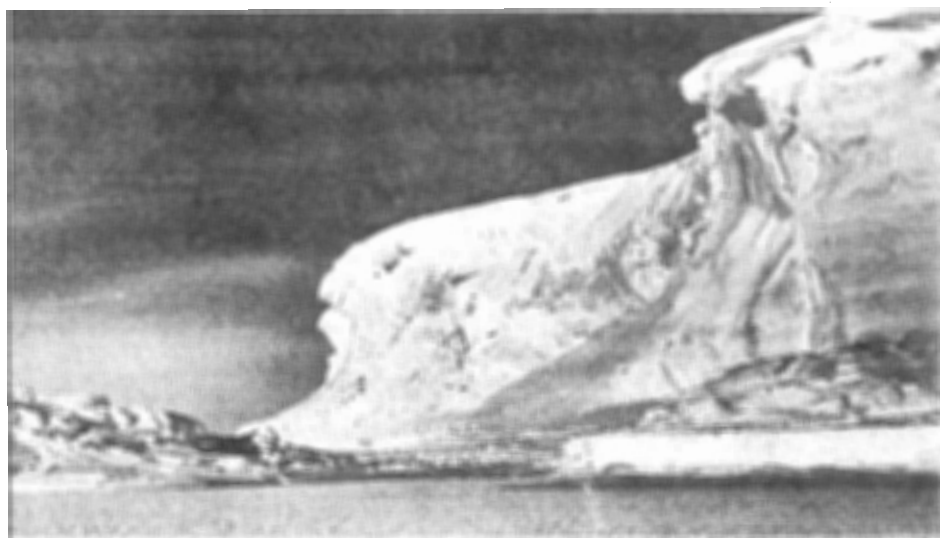
A nuestra izquierda, las costas de las islas próximas caían acantiladas al mar. A la derecha, se veía la masa continental de la Península de Trinidad, completamente blanca, dejando emerger cerros de más de seiscientos metros de altura. Atrás, se distinguían nítidamente los cerros de la Península de Tabarín y de las proximidades del destacamento y, al frente, aproximadamente a diez kilómetros de distancia, emergía una isla redonda (Que en las cartas que utilizábamos nosotros figuraba como Cabo Corry) que el Teniente Coronel denominó Isla Santa Isabel. Un sol débil nos enviaba sus rayos, los trineos continuaban volcando a cada paso, los

esquíes se clavaban con frecuencia en el hielo y nosotros nos estrellábamos en el suelo duro.

PAISAJES DE LA ZONA DE INFLUENCIA DE LA BASE MILITAR ESPERANZA



PAISAJES DE LA ZONA DE INFLUENCIA DE LA BASE MILITAR ESPERANZA



Los perros cumplían admirablemente su misión, tirando los trescientos cincuenta kilos de carga de cada trineo, subiendo sobre témpanos y bajando zanjás. Sin embargo, se notaba en ellos el cansancio cada vez mayor.

A las diez y siete horas, llegamos hasta la isla Santa Isabel y detuvimos la marcha. Antes de armar la carpa, el Capitán y yo, matamos una foca y dimos de comer a los perros.

12 de julio: Con el objeto de disminuir la carga de los trineos, el Teniente Coronel ordenó dejar parte de los instrumentos que llevábamos para la realización de trabajos topográficos, dos latas de pemmicam y una de víveres. Seguimos hacia el Sur e identificamos al Cabo Lachman, sobre la Isla Ross, frente a la Isla Vega, en la desembocadura del estrecho de Sydney Herbert. Hacia el Suroeste, aproximadamente a diez kilómetros de distancia, la Isla Red se levantaba imponente, con sus costas altas y acantiladas y un característico pico, en forma de chimenea. Estábamos sobre el Canal Príncipe Gustavo, que se extiende desde la Isla Ross hasta la Península de Trinidad. La superficie del mar seguía totalmente congelada, los innumerables témpanos parecían empeñados en no dejarnos proseguir la marcha, cada vez más difícil. Recorridos unos ocho kilómetros, los trineos, que habían volcado muchas veces, comenzaron a debilitarse en su estructura. Los perros estaban casi completamente rendidos y nosotros sentíamos el cansancio lógico de muchos días de marcha y el dolor de los golpes que nos producíamos al caer al suelo. Estábamos a la altura de la Isla Red y decidimos hacer alto.

Esa noche cenamos casi sin hablar; cada uno de nosotros parecía querer callar el desaliento evidente. Sin embargo, teníamos la

secreta esperanza que, más adelante, la superficie helada se presentaría más lisa y facilitaría la marcha. El frío no había hecho, todavía, sentir toda su crueldad. Durante la marcha, no notábamos los 20 grados bajo cero y, cuando acampábamos, el calentador a kerosén se encargaba de darnos el calor tan necesario para nuestros cuerpos y para secar las medias húmedas y las botas mojadas.

13 de julio: Día de niebla, avanzamos, casi a ciegas, sobre el Canal Príncipe Gustavo cuya superficie helada fue presentándose cada vez mas lisa, permitiendo aumentar la velocidad de marcha. Después de cuatro horas de recorrido, llegamos hasta la costa de la Isla Ross, que caía acantilada hacia el mar, y nos detuvimos. Habíamos avanzado casi quince kilómetros, en medio de la niebla, pero estábamos menos cansados que el día anterior. Esa noche, cenamos más optimistas y decidimos que el día siguiente sería de descanso. Cuando nos acostamos, comenzó a sentirse el ruido de la nieve que caía y el viento empezó a sacudir aquella carpa chica, casi insignificante, pero expresión auténtica de la presencia argentina en aquellos lugares hermosos de la Patria.

14 de julio: Continuó el temporal iniciado la noche anterior y nosotros permanecemos inactivos en la carpa. Los perros durmieron casi todo el día, aprovechando aquel descanso tan merecido.

15 de julio: Día gris y muy frío. Dejamos una lata de víveres y dos de pemmicam, para el regreso, y continuamos la marcha. Los guantes, demasiado incómodos para el trabajo, debían ser sacados de las manos para colocar los arneses a los perros, clavar las maromas y cargar el trineo. Pero el frío había desatado su crueldad y las cadenas de los perros se pegaban a los dedos y producían quemaduras dolorosas, enrojecidas y dando la sensación de que cientos de

hormigas nos picaran al mismo tiempo. Las botas quedaban congeladas y se hacía necesario calentarlas para ablandarlas y poder colocar los pies.

Durante la marcha, el viento frío congelaba sobre el bigote y la barba la humedad de la respiración y formaba hielo. En la nariz y en las mejillas se producían quemaduras y la humedad de las medias y de las botas se congelaba enfriando los pies. El viento venía de frente, del mismo polo, y la temperatura disminuía cada vez más.

La niebla fue despejándose lentamente y vimos, al frente, la Isla Carlson, rocosa, alta, con sus costas acantiladas. A nuestra derecha, muchos cerros emergían de la meseta helada del continente. A la izquierda, la costa de la Isla Ross se presentaba desprovista de nieve, mostrándonos las rocas de las paredes altas y acantiladas que caían al mar. Quizá, si no hiciera tanto frío y el sol pudiera vencer las nubes y la niebla, aquel paisaje nos resultaría encantador. Pero ese día, gris y terriblemente frío, no podíamos detenernos a contemplar la belleza sino salir de frente al viento, cumpliendo nuestra misión de exploración y reconocimiento.

Al atardecer, vimos una foca muy grande, aproximadamente de seiscientos kilos de peso, y le dimos muerte. Yo aproveché la sangre caliente, que brotaba a chorros, para bañar mis manos frías y comenzamos a abrir y seccionar aquel enorme animal. Los perros ladraban entusiasmados ante la posibilidad de comer carne.

Ese día, armamos la carpa, al lado de un témpano enorme, mientras los perros se daban el más grande de los festines con la carne de aquella foca. Habíamos recorrido quince kilómetros y -

estábamos a más de ochenta del destacamento, en plena campaña de invierno, soportando las más bajas temperaturas antárticas.

16 de julio: Sobreparamos la Isla Carlson y el Cabo Lagreliuss, que terminaba en un gran paredón de rocas, y apareció a nuestra vista Cabo Longing, a más de cincuenta kilómetros de distancia. La temperatura, inferior a los treinta grados bajo cero, se manifestaba con todo su rigor. De rato en rato, yo detenía los perros y, poniéndome de espaldas al Sur, me masajeaba la cara y las manos y daba unos saltos para mantener la sangre en circulación. Las botas estaban duras, congeladas, y los pies parecían querer estallar de frío. En la punta de los dedos de la mano se me inició un principio de congelamiento y la piel quedó negra, endurecida. El sol salía a ratos, pero sus rayos eran débiles. Afortunadamente, la superficie helada se presentaba lisa y dura y se podía avanzar sin dificultad. Después de recorrer unos veinte kilómetros armamos campamento.

Con no poca inquietud, nos dimos cuenta que ya habíamos gastado más de la mitad de los veinte litros de kerosén que llevábamos y nos vimos obligados a reducir el consumo de combustible, en los momentos que más lo necesitábamos. Las bolsas-cama y frazadas estaban endurecidas, llenas de nieve y de hielo. En el interior de la carpa la humedad de la respiración se congelaba y formaba una capa de hielo. Apenas se apagaba el calentador, el frío era casi inaguantable y pasábamos la mayor parte de esas noches en vela, con el temor de que se nos congelase una pierna o un brazo. Antes de acostarnos, tomábamos una o dos pastillas de ácido nicotínico con el objeto de activar la circulación de la sangre y nos aplicábamos pomadas y vendábamos las lesiones producidas por el frío. Afuera, los perros dormían a la intemperie.

17 de julio: Seguimos avanzando, con una temperatura inferior a los treinta y cinco grados bajo cero, siempre por la orilla izquierda del canal Príncipe Gustavo, recostados sobre la isla Ross. Llegamos a las proximidades del Cabo Obelisk, denominado así porque la naturaleza ha diseñado en sus rocas la forma de un obelisco, y comenzamos a cruzar el canal. Al anochecer, llegamos hasta el comienzo del Shelf-Ice, avance del continente sobre el mar helado, y detuvimos la marcha, después de recorrer diez y siete kilómetros.

Cuando me quise sacar las botas me di cuenta que estas, con las medias y los pies estaban como soldadas por el hielo. Esa noche, la temperatura descendió, posiblemente, a menos de cuarenta y cinco grados bajo cero, congelando y paralizando el mercurio de los termómetros. No nos fue posible dormir. Yo sentí un dolor profundo, en los dedos del pie izquierdo, que se fue haciendo cada vez más intenso. Me daba cuenta que comenzaba un congelamiento y no podía evitarlo. La bolsa-cama y la frazada estaban endurecidas por el hielo ¿Cómo pretender que ellas abrigaran el cuerpo?

18 de julio: Al levantarnos miré el pie que me dolió durante la noche y vi, con asombro e inquietud, que un solo dedo había adquirido, casi, el tamaño de los cuatros restante juntos, abriéndose en forma de hongo a la altura de la uña. Ya no dolía, estaba insensible, como dormido. El Capitán Benavides me lo vendó cuidadosamente y me curó las quemaduras que se me habían producidas en las manos.

Ese día, con un frío que no disminuía, seguimos la marcha sobre el Shelf-Ice. Las grietas estaban cuidadosamente disimuladas por la nieve y constituían un grave peligro. A veces, marchábamos

sobre una delgada capa de hielo que ocultaba un precipicio profundo y era necesario caminar, con los esquíes y aferrados al trineo, para que nuestro peso no lograra vencer la poca resistencia de la superficie y evitar una caída fatal. El cielo estaba algo nublado, algunos rayos de sol llegaban hasta nosotros y el viento, no muy fuerte, castigaba constantemente.

Llegó el atardecer y nosotros continuábamos en marcha sobre aquella superficie peligrosa. Cuando nos detuvimos, comprobamos que se había roto uno de los parantes de la carpa. Las sombras de la noche caían ya sobre nosotros y las linternas no funcionaban con aquel frío, ni las velas se encendían al contacto de los fósforos.

Fue necesario volcar un poco de alcohol sobre unos papeles. Después de muchas tentativas, se consiguió un fueguito, con el que se encendió una vela y se calentaron las linternas. Cuando tuvimos luz, el Capitán Benavides hizo una modificación improvisada y forzosa en la carpa, sin la cual no podríamos resistir una sola noche.

La escasez de kerosén siguió siendo nuestra preocupación mayor, pues su uso era indispensable para descongelar la comida, secar los guantes y las medias y para calentar el cuerpo.

Afortunadamente, el dedo del pie que se me había congelado, permanecía igual, sin dolor. Las quemaduras y lesiones de las manos me seguían molestando. El Capitán Benavides, que también debía cuidar a sus perros y cargar y descargar su trineo, comenzó a sentir los efectos del frío en la punta de los dedos de las manos, donde se le produjeron algunas quemaduras.

19 de julio: Sin más kerosén para continuar aquella sacrificada expedición, decidimos dejar la carpa y toda la carga y lanzarnos con los trineos vacíos hasta alcanzar Cabo Longing, cuya parte Sur estaba a cinco mil metros del campamento. Los trineos se deslizaban a gran velocidad sobre el hielo y entre las grietas enormes. Delante, iban el Capitán Benavides y el Teniente Coronel Castro en un trineo, yo los seguía con el otro, a corta distancia. Concientes del peligro que corríamos de ser atrapados por una de esas grietas que pasaban inadvertidas, no bajábamos del trineo ni para desenredar a los perros. De pronto, sorpresivamente, así como suelen ocurrir siempre los accidentes, delante de mi trineo, a diez metros de distancia, la superficie de hielo cede y cae. Una enorme nube blanca se elevó envolviendo de misterio aquel derrumbe inesperado. Los perros que conducía quedaron como clavados en el suelo, al borde del precipicio. ¿Pero que fue de los ocupantes del trineo que marchaban diez metros adelante del mío? ¿Habrían caído en el seno de aquella grieta que se había abierto entre ambos trineos? Fueron momentos de pensamientos rápidos y confusos. Nada se podía ver detrás de aquella cortina originada por el derrumbe. En esos momentos de incertidumbre, en que uno supone lo peor, oí los gritos del Capitán que me llamaba preocupado por mi suerte. Poco a poco se fue disipando la nube blanca y pude ver el otro trineo, que estaba en el borde opuesto de aquella grieta, de aproximadamente veinticinco metros de profundidad y cinco metros de ancho, que se extendía hacia mi izquierda, con una longitud de más de quinientos metros. Todavía impresionados por el peligro corrido, nos asomamos al borde del precipicio y lo observamos, pensando que únicamente un milagro pudo salvarnos de la muerte. Después, dando un gran rodeo, me uní con mis camaradas de aventuras y seguimos avanzando, con cautela.

El sol brillaba entre algunas nubes altas, había gran visibilidad y el frío parecía menos cruel. Habíamos llegado a la parte Sur del Cabo Longing. Hacia el Este, impecablemente blanca, se veía la Isla Snow Hil, a unos treinta kilómetros de distancia. Sacamos fotografías documentales del lugar y emprendimos rápido regreso, entre los témpanos y las grietas.

Aproximadamente, a las catorce horas llegamos al campamento, cargamos en los trineos la carpa, los víveres, el pemmicam y todos nuestros equipos y emprendimos la marcha hacia el Norte. Los perros se dieron cuenta que regresábamos y tiraron con más fuerza y entusiasmo. La superficie del mar helado se presentaba dura y facilitaba el deslizamiento de los trineos. Relativamente, podíamos decir que no hacía frío. Todo parecía favorecernos. Sin embargo, el cielo estaba cubierto de cirrus y soplaba una suave brisa del Norte, indicios infalibles de próximo temporal.

Las primeras sombras de la noche nos sorprendieron en marcha. Era necesario aprovechar los minutos de aquel día excepcional. Después de recorrer un total de cuarenta y cinco kilómetros en el día, hicimos alto en el mismo lugar donde habíamos acampado el día diez y seis.

20 de julio: De acuerdo con los indicios el día anterior, se desató un temporal terrible. Para el viento Sur, el Canal Príncipe Gustavo es un gran corredor, sin obstáculos, donde puede correr libremente. La temperatura volvió a descender bruscamente. Afuera, los perros permanecían casi totalmente cubiertos de nieve soportando, en todo su rigor y a la intemperie, aquel invierno antártico. Dentro de la carpa, el viento se introducía por los pequeños

agujeros que se habían producido y una capa gruesa de hielo envolvía los paños del techo.

21 de julio: Permanecimos inactivos, soportando aquel temporal que parecía seguir en aumento. El kerosén disminuía rápidamente y fue necesario reducir al máximo el uso del pequeño calentador. No sabíamos cuantos días estaríamos a merced de los temporales y era preciso tomar todas las precauciones. Tendidos sobre los colchones neumáticos y metidos dentro de una bolsa-cama, que parecía hecha de hielo, nosotros escuchábamos con angustia las ráfagas del viento, el ruido de la nieve y sentíamos el frío penetrante que se clavaban en las carnes del cuerpo.

22 de julio: No disminuyó el viento, ni el frío, todo continuó igual que los dos días anteriores. Una justificada inquietud se adueñaba de nosotros. ¿No habían muerto Scott y sus hombres, enterrados por lo temporales, mientras consumían los últimos alimentos en su carpa? Por la noche, el Teniente Coronel sintió un dolor profundo en un dedo del pie, en el que se produjo un congelamiento. Los tres expedicionarios ya llevábamos los rastros del frío en el cuerpo. Las pastillas de ácido nicotínico reactivaban la circulación de la sangre y evitaban la continuación de los congelamientos, pero me producían un ardor estomacal terrible. Parecía que bolas de fuego subían del estómago hasta la boca, donde esparcían un ácido amargo. El Capitán Benavides era quien curaba nuestras heridas con pomadas y remedios de su pequeño botiquín. El dedo del pie, donde había sufrido el congelamiento, se reventó a la altura de la uña, produciendo lesiones profundas, pero seguía insensible. Los demás dedos de los pies y de las manos, que también habían sido afectados, quedaron con la piel negra y dolían mucho.

¿Hasta cuando seguiría aquel temporal y cuantos días podríamos resistirlo?

23 de julio: Dejó de nevar, el cielo fue despejándose lentamente pero el viento Sur continuaba soplando muy frío. El Capitán Benavides y yo, pusimos los arneses a los perros, los colocamos en sus respectivos trineos, sacamos las maromas, cargamos las latas de víveres y pemmicam y luego, casi vencidos por el frío, con las manos endurecidas e insensibles, entramos a la carpa y nos arrimamos al calentadorcito que, generoso, esparcía el calor de sus llamas. Luego, levantamos campamentos e iniciamos la marcha.

El fuerte temporal había dejado, sobre la superficie helada, un colchón de nieve de casi cincuenta centímetros de espesor, que dificultaba la marcha de los perros y el deslizamiento de los trineos. El viento frío, soplabá con violencia del Sur, lo recibíamos de atrás, razón por la cual no sentíamos su rigor y, en cambio, colaboraba con nosotros, empujándonos hacia el Norte. Dejamos atrás Cabo Obelisk, bordeamos Cabo Lagrelius y acampamos, después de sobrepasar la isla Carlson, habiendo recorrido más de veinte kilómetros. Levantamos la carpa al borde de un témpano grande, que estaba rodeado de focas. Los perros, y sobre todo el Oso, se pasaron toda la noche ladrando, mientras aquellos mamíferos, de conformación extraña, se arrastraban por el hielo.

24 de julio: El día amaneció nublado y con neblina. Nosotros continuamos el regreso, casi a ciegas, con la ayuda de la brújula. A ratos, nevaba suavemente y la visibilidad se reducía. Después, el resplandor del sol se veía, entre las nubes claras, y asomaban las formas de las costas y de los cerros. Por la tarde, el tiempo fue

mejorando lentamente y pudimos ver la Isla Red, con su pico en forma de chimenea, a unos diez kilómetros de distancia.

En cierta oportunidad, tuvimos que pasar al lado de una foca y los perros se le tiraron encima. El animal, sorprendido, abrió grandemente la boca y mostró sus colmillos grandes pero sin llegar a morder. Los perros fueron más efectivos y el Oso clavó sus dientes atravesando el cuero duro de la foca y tiñéndola de sangre. Yo me interpose, en medio de la pelea, y repartí latigazos a diestra y siniestra hasta que la foca se alejó, dejando a los nueve perros enredados con sus arneses y sogas y a mi caído en el suelo, entre todos ellos.

Esa tarde, llegamos hasta la Isla Red. Sus paredes caían verticales y repetían, en curioso eco, nuestros gritos y los ladridos de los perros. Ese día habíamos recorrido veintiséis kilómetros y decidimos hacer alto.

Durante la noche, los perros no se cansaron de ladrar al eco de sus ladridos contestados, cuatro o cinco veces, por aquellas paredes irregulares de la isla. Dentro de la carpa, optimistas, nosotros calculamos que, en dos días más de marcha, llegaríamos al Refugio General Güemes.

25 de julio: Amaneció nevando y con viento Sur. Continuamos el regreso, pero la marcha se hizo lenta y dificultosa. El viento fue aumentando su intensidad y no se veía a más de veinte metros. Los trineos volcaban a cada paso y nosotros caíamos al suelo y, luego, seguíamos caminando pesadamente, con las ropas llenas de nieve y muertos de frío. Después de varias horas de marcha, en la

que solo logramos avanzar cuatro kilómetros, hicimos alto, extenuados, vencidos por el temporal.

26 de julio: Continuamos el regreso en ese día nublado. La nevada del día anterior había formado un colchón de nieve de más de sesenta centímetros de espesor. Los primeros perros del trineo abrían las huellas para que los demás pudieran tirar. La marcha era terriblemente agotadora, nosotros nos hundíamos hasta más arriba de las rodillas, en aquella nieve blanda. Las horas pasaban lentamente y los trineos parecían estar siempre en el mismo lugar. Al atardecer, llegamos hasta la Isla Santa Isabel, después de recorrer únicamente seis kilómetros, y armamos campamentos.

27 de julio: Cargamos los instrumentos para la realización de los trabajos topográficos, que habíamos dejado cuando íbamos, y seguimos la marcha con las mismas dificultades que el día anterior.

Por la tarde, en circunstancias en que el Capitán Benavides había confiado su trineo al Teniente Coronel y marchaba delante, tratando de elegir el mejor camino entre los témpanos, se desató un fuerte temporal. El viento tapó las huellas del Capitán y la nieve, que el viento arrastraba, impedía ver a más de veinte metros ¿Cómo nos reuniríamos con el Capitán Benavides, en medio del temporal? ¿Cuál sería su destino si aquella noche de tormenta lo sorprendía a la intemperie y sin más abrigo que la ropa que llevaba puesta? Con evidente y lógica preocupación, el Teniente Coronel y yo, seguimos avanzando con los trineos que subían y bajaban entre los témpanos, hasta que cayeron en una enorme zanja y se produjeron roturas de cierta importancia. Entonces, subí sobre un témpano enorme y comencé a llamar, desesperadamente, al Capitán, temiendo por su

suerte. Después de un rato, el viento hizo una ligera tregua y pude oír la respuesta esperada. ¡El Capitán me había oído!

Una vez reunidos los tres expedicionarios, armamos campamento. Habíamos recorrido quince kilómetros, el refugio estaba cerca.

28 de julio: El día amaneció nublado pero sereno. Arreglamos los trineos e iniciamos la marcha. Una hora después, pasamos a la altura de Punta Villegas, el refugio se veía apenas, a trece kilómetros de distancia. Sin embargo, ese trayecto, que otras veces habíamos recorrido en una hora y media, nos llevó varias horas de marcha agotadora, sobre un colchón de nieve de más de sesenta centímetros de espesor. La noche nos sorprendió cuando estábamos a menos de dos mil metros del refugio y seguimos la marcha entre las sombras, deseosos de sentir el calor de una estufa y de conversar con algunos de nuestros camaradas.

Al subir al continente, uno de mis perros cayó a una grieta y fue necesario sacarlo con ayuda de una soga. Cruzamos sin otro inconveniente el lugar y llegamos, cansados pero contentos, al refugio, donde estaban el fotógrafo Italo Sani, el Sargento Radiotelegrafista Agustín Hugo Alonso y el Cabo Motorista San Bucetti.

Yo creo que nunca palacio alguno pareció más cómodo que aquel refugio rústico. Después de haber soportado tantos temporales en aquella carpa chica, que parecía romperse con cada ráfaga, casi sin kerosén para entibiar el ambiente, durmiendo sobre colchones neumáticos mojados y tapándonos con frazadas congeladas, aquel

refugio nos brindaba comodidad, calor, y las palabras de otros compañeros, siempre tan necesarias y reconfortantes para el espíritu.

FINALIZACIÓN DE LA EXPEDICIÓN

En el refugio pasamos varios días componiendo los trineos y preparándonos para una breve expedición de reconocimiento por las costas de la Península de Tabarán. Se nos había terminado el pelmican para alimentar a los perros y fue necesario sacar carne de foca de un depósito, hecho el año anterior, que estaba enterrado bajo varios metros de hielo. Esta tarea nos llevó varios días pues tuvimos que preparar las raciones para llevar en la pequeña expedición a realizar. Mientras tanto, el estado general de las lesiones sufridas parecía no experimentar mejoría. En uno de los dedos del pie del Teniente Coronel el congelamiento había afectado el hueso y yo tenía el dedo, que se me había congelado, completamente insensible, ya sin uña, y los dedos de las manos seguían con la piel negra y dolorida; en uno de ellos comenzaba su proceso un absceso, originado por una de las quemaduras producidas por el frío.

Los últimos días de julio fueron lindos. No soplaba viento y el sol brillaba cerca del horizonte de un cielo despejado y muy azul. La temperatura se mantenía alrededor de los quince grados bajo cero y nos parecía casi agradable, después de haber soportado los terribles temporales con cuarenta y cinco grados bajo cero.

El día primero de agosto, el Capitán soltó un rato a tres de sus perros, como lo hacía habitualmente, para que corrieran y jugaran

libremente. Como ya lo he explicado en un capítulo anterior, no se puede soltar todos a la vez porque entonces se pelean. En esta oportunidad, los tres perros, el Flecha, el Reuco y el Nahuel, se sintieron exploradores y decidieron recorrer por su cuenta aquellas soledades de hielo; llegó la noche y transcurrió el día siguiente y los nuevos expedicionarios no regresaron. Ello motivó la lógica preocupación del Capitán Benavides que no se resignaba a perder a tres de sus mejores perros.

El día tres, por la noche, cansados y hambrientos, vencidos y avergonzados, llegaron al refugio los aventureros extraviados. Tenían la cara y el cuerpo manchados de sangre, como si hubieran luchado con las focas tratando de conseguir el alimento por sus propios medios. Seguramente, no habían logrado más que herirlas y, convencidos de su incapacidad, se vieron obligados a volver a la esclavitud de siempre pero con su segura ración de alimento.

Ese mismo día, por lo tarde, Sani, Alonso y San Bucetti, salieron hacia Esperanza, con tres trineos automotores. Al poco tiempo de su partida, comenzó a soplar el viento Sur y se inició un fuerte temporal. En el refugio el Teniente Coronel, el Capitán y yo, mirábamos como el viento arrastraba la nieve y pensábamos en los tres viajeros que, demasiado confiados, habían salido sin llevar ninguna carpa.

Al día siguiente, muy temprano, nos sorprendió el regreso de Sani, Alonso y San Bucetti, llenos de nieve y casi muertos de frío. El temporal les había impedido seguir la marcha y, en medio de la nieve, del viento y del frío, trataron de regresar a pie hasta el refugio, pues los trineos se habían hundido en la nieve blanda y quedado paralizados. Desgraciadamente, el viento había borrado sus huellas y

la falta de visibilidad se hizo casi total. La noche los sorprendió perdidos sobre una superficie blanca siempre igual, a merced del temporal. Entonces, hicieron un pozo grande, con ayuda de una pala, y se metieron los tres allí, apretados uno contra otros, como tratando de no dejar escapar el calor de sus cuerpos. El viento los iba sepultando poco a poco de nieve y sin dormir, como esperando un congelamiento total, los sorprendió las primeras claridades del alba. Afortunadamente, el temporal había disminuido su furia y aquellos tres hombres, sobrevivientes de una noche cruel, pudieron orientarse y regresar al refugio. Pareciera que la mano de Dios había detenido a tiempo aquel temporal para impedir que tres cuerpos humanos quedaran inertes y sepultados en la nieve.

Muchas veces he sentido decir que la muerte por congelamiento no hace sufrir ¿Es qué se pretende que algún muerto nos cuente sus padecimientos? Todos aquellos que han muerto sobre los hielos, víctimas del frío, han debido sentir previamente el dolor agudo de los primeros congelamientos. Posiblemente, en el último proceso de la paralización de la circulación de la sangre, el individuo se duerma para no despertar jamás ni darse cuenta del paso de la vida hacia la muerte. Pero ¿Cuánto debió luchar antes contra el dolor agudo alentando una esperanza de sobrevivir?

Por fortuna, ya estaban en el refugio Sani, Alonso y San Bucetti, al calor de la estufa, secando sus cuerpos y sus ropas. El viento había detenidos sus ráfagas y a ratos el sol aparecía tímido entre las nubes bajas.

Ese mismo día, 2 de agosto, por la tarde, el Teniente Coronel, el Capitán Benavides y yo, salimos con los trineos de perros dispuestos a explorar la costa de la Península de Tabarín. Bajamos al

mar helado y tomamos dirección general Sur, bordeando las costas, que caen bruscamente. Con una separación aproximada de mil metros, ocho acantilados, descubiertos de nieve y mostrando sus rocas desnudas, cortan perpendicularmente la superficie de las aguas congeladas. Entre ellos, enormes masas de hielo avanzan hacia el mar, con sus lentos movimientos de glaciares.

Después de recorrer ocho kilómetros, llegamos a la altura del segundo acantilado y armamos campamento. Una foca, que tuvo la desgracia de pasar en frente de nosotros, constituyó la cena apetecida de los perros.

3 de agosto: Amaneció nevando pero sin viento, levantamos campamentos y continuamos bordeando la costa. La nieve fue acumulándose en el suelo y formando un colchón que dificultaba la marcha. De trecho en trecho, encontrábamos las huellas profundas en la nieve que dejaban las focas al arrastrarse por el suelo. Al llegar a la altura del Octavo Acantilado, cansados, casi de noche, hicimos alto, después de haber recorrido únicamente siete kilómetros. En el lugar, donde armamos campamento, había numerosas focas; una de ellas fue sacrificada para cena de los perros. Hacía frío, las lesiones de los dedos me dolían mucho y aproveché aquella sangre caliente, que brotaba a chorros de las recientes heridas del animal moribundo, para bañar con ella mis manos frías. Después, la sangre comenzó a congelarse sobre los dedos y, desesperado, los clave en la carne, todavía caliente, de la foca ya muerta, y los dejé largo rato sintiendo una agradable sensación de alivio.

7 de agosto: Se desató un fuerte temporal que no nos permitió la continuación de la marcha ni la realización de trabajos topográficos, como era nuestro objetivo. El absceso que se me había

producido, en un dedo de la mano, continuaba su dolorosa evolución. Afortunadamente, teníamos combustible en abundancia y el calentador funcionaba casi constantemente, haciéndonos olvidar que, afuera, el viento corría terriblemente frío.

8 de agosto: Amaneció nevando y casi sin viento. Ante la imposibilidad de la realización de trabajos topográficos emprendimos el regreso. Los trineos, los perros y nosotros nos hundíamos en el espeso colchón de nieve. La marcha era lenta, agotadora. Del absceso del dedo el pus me brotaba continuamente y la mano toda se puso colorada e hinchada; algunas rayas rojas subían hasta el antebrazo. Afortunadamente, ya estábamos a solo cuatro kilómetros del refugio y no tardaríamos en llegar. Sin embargo, así como se originan casi todos los temporales en la Antártida, un fuerte viento comenzó a soplar, la visibilidad se hizo casi nula y nos vimos obligados a armar la carpa.

Esa noche, me sentí más cansado que nunca, me dolían terriblemente las heridas, la frente me ardía y la fiebre me hacía temblar con un frío que no era ni del viento helado ni del hielo que me rodeaba. Y estaba allí, en una débil carpa azotada por el viento; sobre un mar sin olas, quieto, sin ruidos, como esperando la llegada del calor para desatar su furia dormida.

9 de agosto: Con fuerte viento Sur y poca visibilidad emprendimos la marcha, la temperatura había disminuido mucho y nosotros avanzábamos con grandes dificultades, volcando a cada paso, resistiendo el viento cada vez más fuerte y frío. Después de varias horas de marcha, y casi al anochecer, llegamos al refugio, rendidos, como si hubiéramos recorrido muchísimos kilómetros.

Esa noche, el Capitán Benavides me curó la parte más afectada del pie. Posteriormente, comprobó que el dedo medio de la mano izquierda seguía complicándose y resolvió intervenir la herida con un bisturí. Desinfectó cuidadosamente el dedo y el instrumento médico y procedió a cortar la parte mas afectada. Yo sentí un dolor profundo y el pus se esparció por toda la mano. Después, me vendó la herida y me sentí mejor.

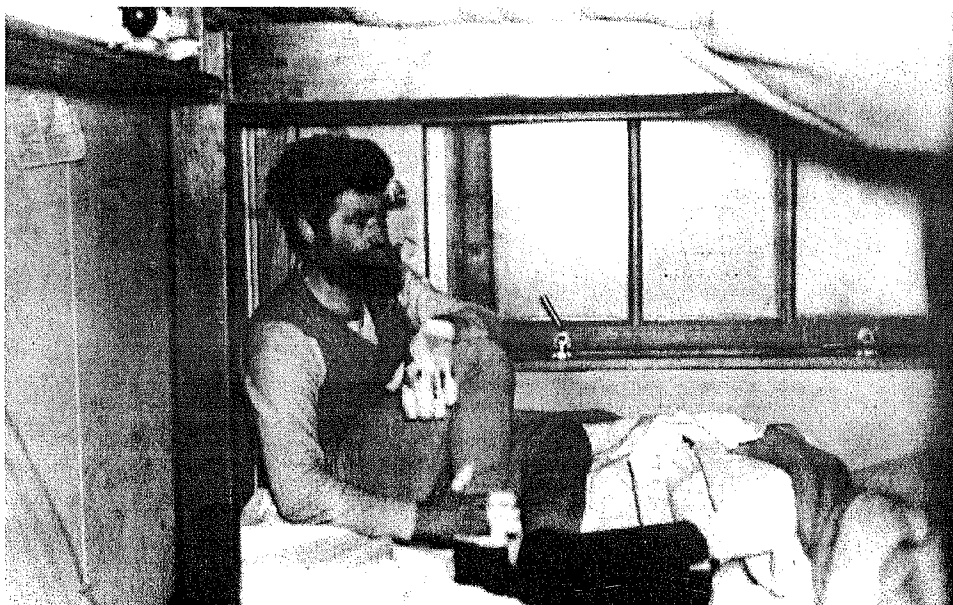
Evidentemente, el Capitán Benavides era el alma de la expedición. Acostumbrado a la vida de campaña en la Antártida, resolvía cualquier problema con buen criterio y rapidez. Hombres como él, la Antártida Argentina reclama y necesita.

10 de agosto: Con fuerte viento Sur y mucho frío, hicimos la última jornada de aquella campaña llegando a nuestro destacamento, después de cuarenta días de ausencia. Allí estaban todos nuestros compañeros esperándonos contentos; yo me estreché con ellos con un abrazo de hermano. Enseguida, el Doctor Marana, revisó las lesiones, que nos había producido el frío, y nos efectuó las primeras curaciones.

Para que el Teniente Coronel y yo pudiéramos mantener los dedos lesionados a una temperatura constante de cuarenta grados, el Capitán Benavides improvisó un aparatito eléctrico en el que colocábamos el pie durante varias horas del día. Afortunadamente, con el adecuado tratamiento médico, se logró la perfecta curación de todas las heridas y el restablecimiento total de la circulación de la sangre.



"El Topógrafo Emilio Carlos Olsson, convaleciente."



"...un aparatito eléctrico en el cual colocábamos el pie..."

Habíamos finalizado aquella primera campaña de gran internación hacia el Sur, realizada en los días en que el invierno es más cruel. En el recuerdo quedarán, para siempre, los momentos de sacrificio vividos, pero también las imágenes de los paisajes maravillosos, el encanto del silencio total de alguna de esas noches serenas y la satisfacción inmensa de haber desafiado a los temporales y a las grietas, en el celoso cumplimiento del deber.

REPERCUSIÓN DE LA EXPEDICIÓN REALIZADA

Terminada la primera gran expedición invernal, los principales medios escritos, radiales y televisivos del país se refirieron al acontecimiento, resaltando el esfuerzo realizado y los logros alcanzados.

Con fecha 14 de agosto de 1954, el Diario "El Clarín", con el título: "Hazaña Argentina en la Antártida" y el sub. título: "En 36 días recorrió una patrulla 600 kilómetros", publicó el siguiente artículo:

HAZAÑA ARGENTINA EN LA ANTÁRTIDA. En 36 Días Recorrió una Patrulla 600 Kilómetros

En un magnífico esfuerzo “tres hombres” del Destacamento que el ejército mantiene en Bahía Esperanza en la Antártida han cumplido su primera campaña de invierno.

Los expedicionarios, el teniente coronel Fortunato Castro, jefe de esa base; el capitán Héctor Manuel Benavides y el auxiliar 5° topógrafo Emilio Olsson, abandonaron el 6 de julio pasado, las instalaciones construidas por el ministerio de Marina inauguradas en febrero último, decididos a realizar las tareas que se habían impuesto.

Unas veces a pie; otras, esquiando y en muchas ocasiones valiéndose de trineos tirados por perros que permitieron ganar distancias rápidamente a favor de extensas planicies nevadas, cubrieron seiscientos kilómetros al cabo de treinta y seis días de marcha.

Largo Itinerario

En el recorrido de ida tocaron C.Corry, en las proximidades del estrecho Sydney Herbert, cabo Lachmann, Costa Este del canal del Príncipe Gustavo, Cabo Obelisco, Bahía de Ross, C. Longing y Bahía Larsen, hasta la costa de Nordenskjold, al sur del cabo Sobral, sobre el Shelf-Ice, punto éste más austral alcanzado hasta ahora por una expedición similar desde esa base argentina.

El regreso lo hicieron por Cabo Sobral, Bahía Larsen, Costa oeste del canal Príncipe Gustavo, Bahía Duse, las proximidades de

la desembocadura del estrecho Fridtjold, Golfo Erebus, Terrero, Zona al norte de la isla Vega, y Bahía Esperanza, adonde los expedicionarios llegaron el 10 de este mes.

Grandes Penurias

La prolongada y riesgosa expedición se llevó a cabo, según surge de la información suministrada por el Ministerio de Ejército, en condiciones climáticas adversas. En efecto, a lo largo de la marcha, sortearon accidentes y profundas grietas, se sucedieron las tormentas de nieve, los vientos propios de la zona, y las temperaturas inferiores a los cuarenta grados bajo cero, con topes que no pudieron ser registrados por exceder la escala termométrica.

Resultados Óptimos

La información oficial consigna que la expedición recogió durante la marcha una valiosa documentación fotográfica, y se realizó reconocimiento de la zona y de la formación de depósitos, además del levantamiento de cinco mil kilómetros cuadrados de superficie, determinándose la declinación magnética sobre el mar de Weddell, totalmente helado.

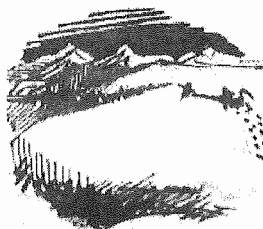
La revista Patoruzú con el título de “UNA HAZAÑA DE GRAN MERITO” se refirió a la expedición realizada de la siguiente manera:

UNA HAZAÑA DE GRAN MERITO

Desoladas e inhóspitas, hasta hace algunos pocos años, las lejanas regiones de la Antártida, dilatada región del territorio argentino, por más que no hubiera figurado anteriormente en los mapas, se han convertido ahora en zonas de intensa

actividad de la ruster científica, merced a la empeñosa y continuada labor de pequeños grupos de argentinos, representantes de nuestras fuerzas armadas. La acción del gobierno se extiende hacia todos los ámbitos de las distintas zonas donde florece la enseña patria. En Antártida, en el extremo austral del continente, se podía escapar, por supuesto, a las proyecciones de la acción oficial en lo que concierne a la afirmación de nuestra soberanía, al conocimiento de todo su territorio y a la explotación de todas sus riquezas.

No solamente hielo y frío es lo que puede brindar la Antártida argentina a la observación técnica o al futuro del país. Sus posibilidades están siendo pacientemente descifradas y controladas por los destacamentos de las fuerzas armadas en sucesivas campañas de las que participan elementos de aire, mar y tierra para ir incorporando paulatinamente a la escuela región argentina a la vida nacional. Lo que se ha hecho hasta el presente y en tan pocos años en la Antártida merece ser considerado especialmente y exige un lugar preferente entre las grandes realizaciones de la Nueva Argentina. Y por lo mismo debe destacarse el esfuerzo continuado de las distintas misiones que actúan periódicamente en la Antártida, en tareas de patrullaje, relevamiento y observación científica. Lo que se ha logrado acumular, en materia de datos, documentación e informaciones sobre esa parte hasta hace poco desconocida y olvidada de nuestro territorio es sencillamente formidable. Y el esfuerzo, el empeño y el espíritu patriótico que ha exigido el material humano destacado para reunirlos y compilarlos es igualmente extraordinario. No siempre favoreció el tiempo los trabajos realiza-



dos y ya se sabe que cuando se habla de mal tiempo en aquellas regiones australes, es mal tiempo de verdad, vendavales, nieve, frío y persistencia de las condiciones climáticas adversas. Esto hace más meritorio, todo cuanto se ha efectuado y se realiza para lograr un asentamiento definitivo de nuestra Antártida.

Podríamos, desgraciadamente, al respecto, la importancia de

la tarea que acaba de realizar allí una patrulla militar, integrada por el teniente coronel Fortunado Castro, el capitán Hector M. Benavides y el auxiliar voluntario Emilio Olsson. En poco más de 20 días cubrieron estos tres militares, a pie, con equipo y con trineos tirados por perros, más de 800 kilómetros sobre el continente del hielo argentino y al hielo continental. Durante la expedición se recogió abundante documentación y se efectuaron reconocimientos de la zona y formación de depósitos como además el levantamiento de más de 5.000 kilómetros cuadrados de superficie, determinándose importantes comprobaciones de declinación magnética sobre el mar de Weddell. Los tres militares debieron soportar durante el desarrollo de su misión frecuentes tormentas y temperaturas inferiores a los 40 grados bajo cero, que no pudieron ser registradas con exactitud por exceder el máximo de la escala de los instrumentos que llevaban.

Con respecto al recorrido, hecho por la patrulla, puede agregarse que llegó al punto más austral alcanzado hasta la fecha por una expedición de esta naturaleza, desde la Bahía Esperanza, sede del destacamento de nuestro ejército, cuyos valientes y esforzados representantes continuaron anotarse un verdadero portento, que obliga al caloroso elogio y al abrazo cordial de todos los argentinos.

UNA HAZAÑA DE GRAN MÉRITO

“Desoladas e inhóspitas, hasta hace algunos pocos años, las lejanas regiones de la Antártida, dilatada región del territorio argentino, por más que no hubiera figurado anteriormente en los mapas, se han convertido ahora en zonas de intensa actividad de carácter científico, merced a la empeñosa y continuada labor de

pequeños grupos de argentinos, representantes de nuestras fuerzas armadas. La acción del gobierno se extiende hacia todos los ámbitos de las distintas zonas donde flamea la enseña patria. La Antártida, en el extremo austral del continente no puede escapar, por supuesto, a las proyecciones de la acción oficial en lo que concierne a la reafirmación de nuestra soberanía, el conocimiento de todo su territorio y a la explotación de todas sus riquezas.

No solamente hielo y frío es lo que puede brindar la Antártida Argentina a la observación técnica o al futuro del país. Sus posibilidades están siendo pacientemente desentrañadas y controladas por los destacamentos de las fuerzas armadas en sucesivas campañas de las que participan elementos de aire, mar, y tierra para ir incorporando paulatinamente esa vasta región argentina a la vida nacional. Lo que se ha hecho hasta el presente y en tan pocos años en la Antártida merece ser considerado especialmente y exige un lugar preferente entre las grandes realizaciones de la Nueva Argentina. Y por lo mismo debe destacarse el esfuerzo continuado de las distintas misiones que actúan periódicamente en la Antártida, en tareas de patrullaje, relevamiento y observación científica. Lo que se ha logrado acumular, en materia de datos, documentación e información sobre esa parte hasta hace poco desconocida y olvidada de nuestro territorio es sencillamente formidable. Y el esfuerzo, el coraje y el espíritu patriótico que ha exigido del material humano destacado para reunirlos y compilarlos son igualmente extraordinarios. No siempre favoreció el tiempo los trabajos realizados y ya se sabe que cuando se habla de mal tiempo en aquellas regiones australes, es mal tiempo de verdad, vendavales, nieve, frío y persistencia de tales condiciones climáticas adversas. Esto hace más meritorio todo cuanto se ha efectuado y se realiza para lograr un conocimiento intensivo de nuestra Antártida.

Podríamos destacar, al respecto, la importancia de la tarea que acaba de realizar una patrulla militar, integrada por el Teniente Coronel Fortunato Castro, el Capitán Héctor M. Benavides y el auxiliar Topógrafo Emilio Olsson. En poco más de 36 días cubrieron

estos tres militares, a pie con esquís y con trineo tirados por perros mas de 600 kilómetros sobre el continente del hielo marítimo y del hielo continental. Durante la expedición se recogió abundante documentación y se efectuaron reconocimientos de la zona y formación de depósitos como así mismo levantamiento de más de 5000 kilómetros cuadrados de superficie, determinándose importantes comprobaciones de declinación magnética sobre el mar de Weddel. Los tres militares debieron soportar durante el desarrollo de su misión frecuentes tormentas y temperaturas inferiores a los 40 grados bajo cero que no pudieron ser registradas con exactitud por exceder el máximo de la escala de los instrumentos que llevaban.

Con respecto al recorrido hecho por la patrulla, puede agregarse que llegó al punto más austral alcanzado hasta la fecha por una expedición de esa naturaleza, desde la Bahía Esperanza, cede del destacamento de nuestro ejército, cuyos valientes y esforzados representantes consiguieron anotarse un verdadero poroto, que obliga al caluroso elogio y al abraso cordial de todos los argentinos.

La Razón, con fecha 13 de agosto de 1954, publicó lo siguiente: UNA PEQUEÑA PATRULLA...



Una pequeña patrulla recorrió 600 kilómetros en la Antártida.

Tres hombres del destacamento que el Ejército Argentino mantiene en Bahía Esperanza, en la Antártida Argentina, realizaron la primera campaña de invierno, que alcanzó una duración de 36 días, desde el 6 de julio hasta el 10 de agosto, inclusive, con un recorrido total de 600 kilómetros, la que efectuaron a pie, en esquís y en trineos de perros sobre el continente de hielo marítimo y hielo continental. En el recorrido de ida tocaron C. Corry, proximidades del estrecho Sydney Herbert, Cabo Lachman, costa este del canal Príncipe Gustavo, Cabo Obelisk, Bahía Ross, C. Longing y Bahía Larsen, hasta la costa de Nordenskjold, al sur del Cabo Sobral, sobre el Shel-Ice que marca, precisamente, el punto más austral alcanzado hasta la fecha por una expedición de esta

naturaleza desde esa base. El regreso se efectuó por cabo Sobral, Bahía Larsen, costa oeste del Príncipe Gustavo, bahía Duse, proximidades de la desembocadura del estrecho Fridtjof, Golfo Erebus y Terrero, Zona del norte de la Isla Vega y bahía Esperanza. La patrulla estaba integrada por el teniente coronel Fortunato Castro, el capitán Héctor Manuel Benavides y el auxiliar 5° topógrafo Emilio Olsson.

DIRECTIVAS DEL INSTITUTO GEOGRÁFICO MILITAR

Tuve el honor que, el INSTITUTO GEOGRÁFICO MILITAR, me seleccionara para realizar trabajos topográficos en la Antártida Argentina. Las órdenes y directivas las recibía directamente del Señor Director General de esa Gran Repartición, General de División Carlos Alberto Levene, quien se comunicaba conmigo en forma directa por la radio o a través de radiogramas. Más allá de señalar la manera precisa y enérgica de darme sus instrucciones, siempre tuve un profundo y respetuoso agradecimiento al jefe que sabía dar el aliento y el estímulo en el momento adecuado. Con fecha 28 de julio de 1954, mientras yo participaba en la gran expedición invernal, en la base Militar Esperanza, recibía el siguiente radiograma:



ERECTO ARGENTINO
Red Radiotelegráfica ARBOL

Antártida Argentina, 22
Enero de 1967

Radioestación

Radioestación No. 2953

de

Peñones

Categoría

Personal

Estación

Carácter

Alugado

	Día	Mes	Año	Hora	Por
Aceptado para su transmisión	28	VI	67	11:20	AR
Transmitido					
Recibido	28	VI	67	12:45	AR

Destinatario

Dr. Emilio Olvera

Lugar

Comodoro

OBSERVACIONES

Se transmitió el mensaje por sus cualidades de topógrafo sino también por su espíritu valeroso de lucha, en cumplimiento de la importante misión de la que lo designamos el mayor de los doctores. Informe detallado de la banda, el estado de los trabajos y las dificultades se presentarán oportunamente con un saludo muy fuerte a todos.


Carlos Alberto Perone
General de División

A menudo lo recordamos no solamente por sus cualidades de topógrafo, sino también por su espíritu patriótico de lucha, en

cumplimiento de su importante misión en la que le deseamos el mayor de los éxitos. Informe dentro de lo posible el estado de los trabajos y que dificultades se presentan. Reciba con mi saludo un fuerte abrazo.

*Carlos Alberto Levene
General de División*

Con fecha 20 de agosto de 1954, el General Levene me envió el siguiente radiograma:


BUENOS AIRES
 Red Radiotelegráfica Militar

Radioestación

Radiotelegrama Nro. 1000 de 1954

Clasificación Caracter	Línea Origen																				
Asignado para su utilización Tentativa Resultado	<table border="1" style="width: 100%; border-collapse: collapse;"> <thead> <tr> <th style="width: 15%;">Pa</th> <th style="width: 15%;">Me</th> <th style="width: 15%;">Al</th> <th style="width: 15%;">Ho</th> <th style="width: 15%;">Pa</th> </tr> </thead> <tbody> <tr> <td></td> <td></td> <td></td> <td></td> <td></td> </tr> <tr> <td></td> <td></td> <td></td> <td></td> <td></td> </tr> <tr> <td></td> <td></td> <td></td> <td></td> <td></td> </tr> </tbody> </table>	Pa	Me	Al	Ho	Pa															
Pa	Me	Al	Ho	Pa																	
Destinatario Lugar	OBSERVACIONES																				

Con las sinceras felicitaciones de esta Dirección General reciba un cordial abrazo y nuestro deseo de un rápido restablecimiento.-

Con fecha 14 de Noviembre de 1954 recibí el siguiente radiograma:

Personal

Nº 1112

1.

14-11-54-12.57 griffa

14-11-54-12.55 ff

Compañera (Perd. op. nar.)

Querida Compañera: Después de haber trabajado casi 8 años en el personal actual y el que por diferentes causas se ha separado del I. G. M. rumbo a otro destino, en oportunidad de un alejamiento de la Dirección de la Base he creído oportuno expresar no solamente una satisfacción por todas las tareas que hevenos cumplido en encomendada colaboración, sino también mis desahucios hacia el personal, su distinción de categoría, ya que no ha habido deficiencia de ninguna clase por cuanto todos han demostrado su profundo amor hacia la institución y hacia el Ejército.

del cual es parte integrante, muy especialmente a usted que en las lejanas regiones de nuestro país con grandes sacrificios ha sabido mantener y acrecentar el prestigio alcanzado dentro y fuera de nuestro país por el I. G. M., en más de 7 años de infima y fea labor.

Juro estas mis palabras de despedida para reiterarle mi confianza, y desearle sinceramente el mayor de los éxitos en su empresa.

General Revue

Retransmita al Señor Emilio Olsson Base Esperanza:

Después de haber trabajado casi 5 años con el personal actual y el que por diferentes causas se ha marchado del I.G.M.

rumbo a otro destino en oportunidad de mi alejamiento de la Dirección de la misma he creído oportuno explicar no solamente mi satisfacción por todas las tareas que hemos cumplido en ininterrumpida colaboración, sino también mis agradecimientos hacia el personal, sin distinción de categoría, ya que no ha habido diferencia de ninguna clase por cuanto todos han demostrado su profundo empeño hacia la Institución y hacia el Ejército, del cual es parte integrante, muy especialmente a usted que en tan lejanas regiones de nuestra patria con grandes sacrificios ha sabido mantener y acrecentar el prestigio alcanzado dentro y fuera de nuestro país por el I.G.M. , en mas de 7 años de ínfima y fecunda labor.

Sirva estas mis palabras de despedida para reiterarle mi confianza, y desearle sinceramente que el mayor de los éxitos corone su empresa.

General Levene

OTRO DOCUMENTO
COPIA DACTILOGRÁFICA DE LA DISPOSICIÓN
TRANSITORIA NÚMERO 4381 DEL INSTITUTO
GEOGRÁFICO MILITAR

Instituto Geográfico Militar

Buenos Aires, 18 de Febrero de 1955

DISPOSICIÓN TRANSITORIA N° 4381

FELICITACION

- 1.- Para conocimiento general a continuación se transcribe la parte dispositiva de la resolución de fecha 9 de Febrero de 1955, inserta en B.P.M.E N° 2658, que dice:

"El Ministro Secretario de Estado de Ejército

RESUELVE:

- "1.- Felicitar en nombre del Excmo. Señor Presidente de la Nación y en el suyo propio, al personal integrante de la Base Militar Esperanza que se cita a continuación, que con espíritu de abnegación y valor han cubierto en la Antártida Argentina 1.022 Kilómetros en trineos, para efectuar levantamientos topográficos en una extensa zona del Territorio Nacional Antártico:

".....
"Topógrafo CARLOS EMILIO OLSSON"

- "2.- Comuníquese, publíquese en Boletín Público del Ministerio de Ejército, agreguese copia al legajo perso al del causante, archívese en el Comando en Jefe del Ejército- Pdo. ECCERO.-

- 2.- El suscrito se adhiera a su vez a las felicitaciones expresadas por la Superioridad al Auxiliar 3 CARLOS EMILIO OLSSON y hace llegar al mismo su satisfacción personal por la patriótica labor cumplida en tan apartadas regiones de la patria.
- 3.- Queda en la Disposición transitoria respectiva, agreguese copia al legajo personal del causante y archívese en la Plana Mayor (División Central).

Accidental/
RODOLFO LIENDO SCULLA
Coronel Director General del
INSTITUTO GEOGRÁFICO MILITAR

Instituto Geográfico Militar*Buenos Aires, 18 de Febrero de 1955*DISPOSICION TRANSITORIA N° 4381FELICITACION

1. *Para conocimiento general a continuación se transcribe la parte dispositiva de la resolución de fecha 9 de Febrero de 1955, inserta en B.P.M.E. N° 2658, que dice:*

*"El Ministro Secretario de Estado de Ejército**RESUELVE:*

1. *Felicitar en nombre del Exmo. Señor Presidente de la Nación y en el suyo propio, al personal integrante de la Base Militar Esperanza que se cita a continuación, que con espíritu de abnegación y valor han cubierto en la Antártida Argentina 1.022 kilómetros en trineos, para efectuar levantamientos topográficos en una extensa zona del Territorio Nacional Antártico:*

*".....**".....**"Topógrafo CARLOS EMILIO OLSSON*

2. *Comuníquese, publíquese en Boletín Público del Ministerio de Ejército, agréguese copia al legajo personal del causante, archívese en el Comando en Jefe del Ejército- Fdo. LUCERO.-*
2. *El suscripto se adhiere a su vez a las felicitaciones expresadas por la superioridad al Auxiliar 3 CARLOS EMILIO OLSSON y hace llegar al mismo su satisfacción personal por la patriótica labor cumplida en tan apartadas regiones de la patria.-*

3. *Dése en la Disposición transitoria respectiva, agréguese copia al legajo personal del causante y archívese en la Plana Mayor (División Central).*

RODOLFO LIENDO SOULA
Coronel Director General Accidental del
INSTITUTO GEOGRÁFICO MILITAR

EL ASADO PARA LOS PERROS

Terminada la expedición, era lógico demostrar nuestra gratitud hacia aquellos perros esforzados que habían sabido soportar, a la intemperie, los fríos más terribles y tirar cientos de kilos a lo largo de tantos kilómetros.

Así fue como la mañana del 11 de agosto, sorprendió a varios de mis compañeros preparando un sabroso asado de cordero para los perros. A medio día, comenzó aquel almuerzo que para aquellos animales habrá resultado inolvidable ¡Después de casi cuarenta días continuos de sacrificio, estaban en el sótano del destacamento, a cubierto del viento y del frío, recibiendo caricias y comiendo un asado! No se acordaron de pelearse. Los primeros pedazos de carne llegaron a sus estómagos sin ser masticados ni saboreados. El Lapón pareciera estar en un concurso de glotones, dispuesto a ser el vencedor; el Oso daba grandes saltos y le brillaban los ojos; el Alí, sereno, comía un costillar; el Bobby, desconfiado, estaba en un rincón con un pedazo grande de carne; la Nube, siempre delicada, parecía querer reclamar un cuchillo y un tenedor para comer como una señorita; en fin, allí estaban los diez y ocho perros de la expedición, contentos, olvidados ya de las penurias, comiendo un asado como verdaderos criollos. Desgraciadamente, tuvieron que volver a sus maromas y allí quedaron sobre el hielo, tristes, mirando el cielo e hiriendo la tarde con sus aullidos tristes.

TRANSCURRE AGOSTO

A mediados de Agosto, los días transcurrieron serenos y despejados. Ninguna nube en el cielo, ni viento, todo delicadamente tranquilo. El sol enviaba sus rayos que parecían ser más tibios, como si el invierno ya comenzara a declinar. Yo miraba, por los cristales de las ventanas, los cerros bañados de luz, el mar de la bahía que estaba congelado y, más allá, el azul oscuro de las aguas del Mar de la Flota hablando de lejanías y tempestades.

Aquellos cachorritos recién nacidos, que yo cuidaba en mayo, ya estaban grandecitos, jugaban sobre la superficie del mar helado y saltaban entre los témpanos aprisionados, sin sospechar que estaban destinados a perder su libertad y recorrer miles de kilómetros tirando de los trineos.

Los días comenzaron a ser más largos y las noches, completamente serenas, tenían claridad de estrellas, reflejos de hielo, calma y silencio. Entre sus penumbras, los cerros blancos y el mar inmóvil constituían paisajes extraños y de una belleza extraordinaria. Y siempre, como vigilante eterno de la soledad y de las sombras, el faro, desde su roca bañada de mar, se convertía en guía de los marinos e inspiración de los poetas.



“El minuto de silencio que guardamos el 17 de agosto fue total. La naturaleza toda estaba inmóvil, mientras que la bandera azul y blanca, muy quieta en su mástil, parecía recordar sus hazañas libertadoras.”

Y llegó el 17 de agosto y, allí donde la nieve cubría los cerros, que se levantaban como una continuación de los Andes, que cruzara un día el Gran Capitán, rendimos el homenaje sincero al Libertador, en el aniversario de su tránsito a la inmortalidad.

Yo miré esa bandera sagrada de mi patria, bañada mil veces con la sangre heroica de sus hijos, y miré también al destacamento inglés cercano, donde flameaba otra bandera; la misma que trató de conquistar Buenos Aires, la que flamea en la Malvinas, sin más derechos que los que da la prepotencia y la fuerza, y sentí un dolor profundo en mi corazón de argentino. Pero, ya llegará el día que se imponga la fuerza de la razón y veremos arriar para siempre, de nuestras tierras, la bandera foránea in saciada de conquistas.

En el destacamento continuamos las actividades de todos los días. Era necesario preparar la segunda gran expedición hacia el Sur: arreglar los trineos, ordenar las latas de víveres, hacer las carpas, confeccionar nuevos arneses para los perros, etc.

A esta altura del año era común sorprender conversaciones que giraban en torno del relevo. Algunos, suponían que para los primeros días de noviembre ya estaríamos en Buenos Aires, otros sostenían que recién para Navidad y los demás, pesimistas, hablaban de pasar una nueva Navidad en medio de los hielos. Casi todas las noches mirábamos el almanaque y hacíamos cálculos imaginarios; lo cierto es que, en general, todos estábamos ansiosos de regresar.

A fines de agosto, el médico me sacó definitivamente las vendas que me envolvían los diez dedos de las manos y comencé a preparar los arneses para los perros. A partir de entonces, aprovechaba los días mejores para realizar el reconocimiento topográfico de los alrededores, con un trineo automotor que conducía el Cabo San Bucetti.

Los últimos días del mes fueron de mucho viento y nieve. La temperatura, volvió a descender notablemente. El invierno volvía a manifestarse con todo su rigor.

LA TRAVESURA DEL ALÍ

En cierta oportunidad, en que el viento castigaba con intensidad brutal al Destacamento Militar Esperanza, salí a recorrer las maromas de los perros. Alrededor de cada uno de ellos el viento huracanado había erosionado la superficie de la nieve hasta una profundidad de cincuenta centímetros. Cada perro impedía la acción erosiva debajo de su cuerpo y se encontraba acostado sobre una especie de hongo que, horas mas tarde, se derrumbaría. Otras veces, cuando nevaba mucho y no soplabá tanto viento, debíamos cuidar que no quedaran sepultados bajo la nieve.

Me detuve junto al Alí, el mejor perro líder que teníamos en la Base Esperanza. Estaba hecho un ovillo, metida la cabeza entre las patas. Miré su pelo largo, enredado, hecho pelotas con el hielo, y decidí llevarlo dentro del destacamento, cortarle el pelo, en las partes que fuera necesario, y darle de comer en abundancia. Pensé que el lugar más indicado, para llevar el perro, era el entretecho. Para ello, pedí permiso al Sargento de Intendencia Liquitay, que estaba a cargo de ese sector, donde se guardaban las ropas, colchones, instrumentos de precisión, herramientas, etc. Los militares se caracterizan por su inclinación a la limpieza y al orden. El Sargento Liquitay se esmeraba al máximo en cumplir con estas cualidades que le eran innatas. Me costó un poco, pero al final lo convencí con la promesa que, una vez terminada la tarea, sacaría al perro del lugar y dejaría todo en las condiciones recibidas. Hacía aproximadamente media hora que había empezado a cortar, desenredar y cepillar el pelo cuando el perro se me escapa a una esquina, formada por dos tirantes del entretecho, que se unían en forma perpendicular, e hizo allí sus necesidades fisiológicas.

Cuando los perros comen diariamente pemmicam (comida especialmente preparada para la alimentación de perros), sus excrementos son muy parecidos a los que hacen los seres humanos. Se me ocurrió, entonces, colocar tres pedazos de papel higiénico sobre la materia fecal del perro, simulando que aquello era obra del hombre. Inmediatamente, limpié y ordené todo lo demás y salí con el perro del lugar, satisfecho, pensando en los resultados de aquella broma. Rato después, el Sargento Liquitay gritaba su indignación. Alguno de los integrantes de la dotación, decía, era el autor de aquel acto repugnante de incultura y mala educación. Aparecieron algunos sospechosos, pero resultaba imposible probar su culpabilidad. Lo que pretendió ser simplemente una broma se convirtió en motivo de ásperas discusiones. Fue entonces cuando intervino el Teniente Coronel Fortunato Castro, Jefe del Destacamento Militar Esperanza. Con firmeza, estableció un plazo de media hora para que apareciera el culpable o de lo contrario habría una sanción colectiva. Yo me puse muy preocupado ante el curso inesperado que había tomado aquel acontecimiento. Golpecé el despacho del Señor Jefe y recibí la orden de entrar. Le conté al Teniente Coronel como habían sucedido las cosas, permaneció muy serio, un rato, y luego esbozó una sonrisa. El temporal, que esta vez no era de viento ni de nieve, había sido superado.

LA ANSIEDAD DE VÍVERES FRESCOS

Cuando hacía varios meses que estábamos en la Antártida se nos despertó el deseo de comer víveres frescos, especialmente verduras, frutas, carne y huevos.

Siempre comíamos muchas verduras, pero todas enlatadas; había acelgas, espinacas, chauchas y otras más.

La carne que llevamos no fue suficiente porque una parte se echó a perder. Cansados de comer conservas, soñábamos con un bife sabroso, con un huevo frito y abundante lechuga fresca. Era frecuente sentir decir: “¡Cuándo esté en mi casa, flor de banquete me voy a dar!” Y luego venía la descripción del menú soñado. Sin embargo, debo hacer resaltar que, en nuestro destacamento, habían víveres de la más alta calidad, capaces de satisfacer los paladares más exigentes; citaré algunos de ellos: jamón crudo y cocido, quesos, lengüitas de cordero, anchoas, sardinas, mejillones, aceitunas rellenas, palmitos, espárragos, ananás, frutillas, peras y duraznos al natural, ciruelas desecadas, pasas de uva, nueces, avellanas, dulces, jugos de pomelo y de naranja, bebidas de distinta clase, etc. Además, había gran cantidad de harina, leche en polvo y condensada, arroz, fideo, porotos, arvejas y todo lo necesario para una buena alimentación exceptuando, claro está, los víveres frescos.

Tres días antes que llegara el primer barco de la temporada a Esperanza, Manzione se lastimó y, por precaución, el médico le aplicó una inyección antitetánica. Como consecuencia de ello, el paciente no debía comer carne durante varios días. Pero he aquí que llegó el barco y trajo carne y verduras frescas al destacamento. Todos nos comimos el bife soñado, inclusive Manzione que, no pudiendo

resistir la tentación, desoyó los consejos médicos. Al día siguiente, tuvimos un enfermo en el destacamento. Manzione amaneció con la cara hinchada y alta fiebre. Era la consecuencia de su alimentación indebida después de la inyección antitetánica. Yo me acerqué a su cama y, pensando en su arrepentimiento, le dije: “¡Cómo has hecho eso, Manzione!” y él contestó: “¡Si me dan otro bife con ensalada me lo como aunque me aumente la fiebre y me reviente la cara!”

La anécdota anterior refleja con claridad, la ansiedad que teníamos de comer víveres frescos.

PREPARACION DE UN DEPÓSITO DE AVANZADA

Con el objeto de facilitar la próxima campaña hacia el Sur, se decidió preparar un depósito de víveres, a la altura de Cabo Lachman, en la desembocadura del canal Sidney Herbedt. Tal misión fue encomendada al Capitán Narvaja, al Sargento Ayudante Balegno y al químico y fotógrafo Italo Sani.

El día 23 de agosto, con dos trineos, parte la nueva patrulla llevando gran cantidad de latas de víveres, y de pemmicam para los perros. Después de varios días de marcha, en la que debieron soportar vientos muy fuertes en Bahía Duse, regresaron al destacamento, habiendo cumplido satisfactoriamente su misión.



*“Los tres expedicionarios hacen un alto en la marcha.”
De izquierda a derecha: Químico Italo Sani, Capitán Narvaja y
Sargento Ayudante Balegno.*

Cuando la patrulla llegaba de regreso a las inmediaciones de Bahía Esperanza, los perros que conducían los trineos se entusiasmaron tanto que emprendieron veloz carrera e hicieron su entrada al destacamento, dejando a sus conductores y a la carga en el camino.



*“Un necesario intercambio de opiniones interrumpe la marcha”
(De izquierda a derecha: Fotógrafo Italo Sani y Capitán Narvaja)*

La formación de puestos de avanzada, con abundantes víveres y combustible, es de fundamental importancia para la futura realización de expediciones largas. Por eso, la misión cumplida señaló un nuevo éxito de las expediciones realizadas desde el Destacamento Militar Esperanza.

COLGADOS DEL TECHO

Transcurría el día 8 de septiembre, gris, frío, con vientos huracanados que parecían más fuertes que nunca. Dentro del destacamento, nosotros oímos, en el entretecho, los gritos de Manzione, desesperados, como previniéndonos de un peligro inminente. Sin pensar, corrimos todos, subimos la pequeña escalera y llegamos junto a él ¿Qué pasaba? El techo crujía y se levantaba a más de diez centímetros de su nivel normal; parecía no poder seguir resistiendo el embate de las ráfagas del viento. Comprendimos al instante que en cualquier momento podría ser levantado totalmente y que, entonces, el viento continuaría con facilidad su obra destructora sobre el resto del destacamento. Obedeciendo las órdenes del Capitán Benavides, cuando oíamos venir una de esas ráfagas violentas, nos colgábamos del techo. Eran entonces mil doscientos kilos más de peso que resistían al viento y que se elevaban al compás de sus ráfagas.

Sin pensar en el peligro que corríamos allí, colgados del techo, recibíamos con una carcajada a cada arremetida del viento. Pero fue necesario tomar precauciones y el Capitán Benavides, con tres o cuatro hombres, comenzó a trabajar con alambres, taladros, clavos y martillos. Después de un rato, la estructura que sostenía el techo quedó atada al entretecho con fuertes alambres. Apparentemente la situación estaba dominada.

Afuera, el viento seguía su carrera loca, desenfrenada, como queriendo derrumbarlo todo ¿Qué velocidad alcanzaban sus ráfagas? Sani trató de tomarla, pero el viento le rompió el anemómetro y lo tiró por el suelo. Sin embargo, es de suponer que alcanzarían los doscientos cuarenta kilómetros por hora.

Al día siguiente, el viento había disminuido mucho pero seguía soplando muy frío, del Sur. El Capitán Benavides nos reunió a seis o siete y fuimos a buscar, sobre la superficie del mar helado, todo lo que el viento había conseguido arrastrar de las proximidades del destacamento. A unos mil metros de distancia, encontramos un trineo, un tamborcito de kerosén de veinte litros de capacidad y varios cajones.

Próximos a nosotros, pudimos ver a los ingleses que realizaban el mismo trabajo y que buscaban, entre otras cosas, dos cruces que habían sido arrancadas de las tumbas de tres de sus conciudadanos que habían muerto, varios años atrás, como consecuencia de un incendio producida en el destacamento de esa nación.

Indudablemente, la tormenta del día ocho de septiembre fue la más violenta del año. Afortunadamente, no sorprendió a ninguna expedición en el terreno ni causó ningún daño en el destacamento, pero permanecerá en el recuerdo, de todos aquellos que estuvimos colgados del techo.

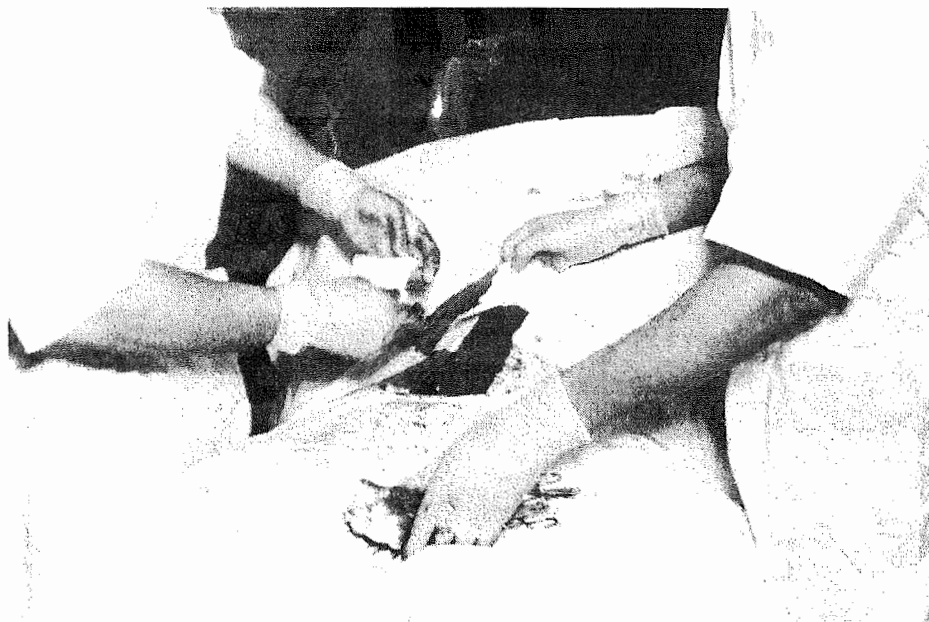
UNA OPERACIÓN DE APENDICITIS

El Sargento Liquitay amaneció un día con fuertes dolores de vientre y el médico, doctor Marana, diagnosticó apendicitis y la necesidad de una operación inmediata, para evitar la posibilidad de una peritonitis. Todos nos intranquilizamos un poco, pues a pesar de tener justificada confianza en el médico temíamos que la fatalidad

llegara, por segunda vez, a nuestro destacamento. Cuando vimos al doctor Marana y al doctor Lucero, este último médico del Destacamento Naval, con sus guardapolvos blancos y los instrumentos de cirugía y al Capitán Benavides, improvisado enfermero, cooperando en todo, se advirtió un estado general de intranquilidad. El mismo doctor Marana nos manifestó que era la primera vez que iba a someter a una operación a un hombre que conocía y estimaba tanto y que ello podría influir en su ánimo. Mientras tanto, Liquitay estaba tranquilo, rodeado de todos nosotros que, aparentando serenidad, le hacíamos chistes y tratábamos de animarlo.

Llegó la hora de la operación. El doctor Marana le aplicó al paciente anestesia local y el bisturí comenzó a cortar la carne. El médico se encontró con un caso raro de apéndice que presentó grandes dificultades. El tiempo pasaba lento para los que estábamos intranquilos esperando el resultado. De pronto, oímos los gemidos de Liquitay ¿Qué sucedía? El efecto de la anestesia local iba disminuyendo y el paciente sentía el dolor de la operación. En el momento en que la inquietud nuestra era extrema, se nos anunció que el médico había logrado extraer el apéndice. Pareció que el alma nos volvía al cuerpo. Rato después, salieron los médicos, ¡Habían sabido cumplir con su delicada misión!

Algunos días después, Liquitay, estaba trabajando con todo nosotros, olvidado ya de su apendicitis. Sin embargo, yo creó que el doctor Marana no olvidará nunca esa operación, realizada allí en la Antártida y complicada, a último momento, por un apéndice que se resistía a dejarse extraer, mientras tantos ojos lo miraban tratando de adivinar, en cada uno de sus gestos, la marcha de la operación.



“Operación de Apendicitis del Sargento Liquitay”

MI ENTRADA A LA CÁMARA FRIGORÍFICA

Un día frío, debí colaborar con el Teniente Alba Posse a ordenar la carne y los salames que se guardaban en la cámara frigorífica. Como el trabajo debía realizarse en un lugar habitualmente muy frío, me abrigué más que de costumbre y penetré dentro de la cámara. Entonces, con gran asombro, experimenté la sensación de estar en una confortable habitación con calefacción. Miré al termómetro y marcaba 3° bajo cero ¿Cómo se explicaba entonces esa rara sensación de calor? Muy fácil. Afuera, otro termómetro nos señalaba 30° bajo cero y, en consecuencia, la

diferencia de temperatura era de 27°. Relativamente, dentro de la cámara frigorífica, hacía calor durante el invierno.

Muchos lectores se preguntarán que misión cumple entonces una cámara frigorífica en la Antártida. Pues bien, la de mantener a la carne a una temperatura constante de 3° bajo cero. Se afirma que los cambios bruscos de temperatura, aunque se registren bajo los cero grados, son perjudiciales para la conservación de la carne. Además, no debemos olvidar que, durante el verano, la columna mercurial suele registrar fácilmente hasta 10° sobre cero.

Ese día, Alba Posse y yo, nos vimos obligados a sacarnos las chaquetillas y las tricotas antes de iniciar las tareas. Recién, después de haber terminado el trabajo, sentimos la sensación de frío, cuando salimos de la cámara y enfrentamos la temperatura exterior.

PREPARACIÓN DE UN NUEVO TEAM DE PERROS

De acuerdo a lo resuelto por el Señor Jefe del Destacamento, la segunda gran expedición hacia al Sur estaría compuesta por el Teniente Coronel Castro, el Capitán Héctor Benavides, el Químico Sani y el Soldado Manzione, quienes emplearían dos trineos tirados por los perros que ya habían participado en las anteriores campañas, salvo algunas excepciones. Además, con la finalidad de realizar trabajos topográficos sobre Bahía Duse y el Canal Príncipe Gustavo, saldríamos, Alonso y yo, con otro trineo que sería tirado por un nuevo equipo a formar con nueve perras.

Sin desanimarme ante la perspectiva de realizar la expedición con aquellos animales, muchos de los cuales no habían tirado nunca de un trineo y eran de constitución débil y raza ordinaria, me propuse adiestrarlos con paciencia. Como perra líder me pareció ser la Nube la más indicada, dada su experiencia en el tiro. Formando la primera pareja, ubiqué a la Diana y la Dorotea, dos perritas débiles que, sin embargo, eran muy valiosas para mí, porque ya estaban adiestradas. La Pataia, una de las perras más viejas, chiquita y flaca, formó la segunda pareja con la Liebre, una perra ordinaria que estaría a sus anchas en un rancho de la Provincia de Buenos Aires, lejos de aquellos fríos intensos. La tercer pareja, fue formado por la Negra, que ya había participado en otras expediciones, y la Pinta, flaca y juguetona, de la que poco se podía esperar. Por último, la Cueva, grande y fuerte, formó pareja con la Nutria, perra bien desarrollada.

Cuando quedó constituido el nuevo equipo, hice los arneses correspondientes a cada perra, de acuerdo al desarrollo de su físico y, una vez que el Sargento Ayudante Balegno terminó de reforzar mi trineo, conjuntamente con Alonso, Guzmán y Liquitay, salí por primera vez con aquel team de perras y llegué hasta Paso del Medio. Noté, con alegría, que tiraban mucho mejor de lo que esperaba y ello me entusiasmó. La pobre Liebre, se daba vuelta a cada rato, como si quisiera preguntarme que significaba todo aquello, pero se encontraba con mi látigo amenazante y seguía tirando sin comprender. La Pinta, no hacía más que caminar a la par de su compañera, sin obedecer, en lo más mínimo, al látigo. ¿Cómo hacer comprender a esa perra ordinaria que se le pegaba para que tire el trineo?

La Cueva y la Nutria, las perras más fuertes del equipo, tiraban con todas sus fuerzas, como si ellas solas quisieran arrastrar el trineo. La Nube cumplía a media su misión de líder, pues necesitaba que un hombre marchase permanentemente delante, indicándole el camino a seguir. Las restantes componentes del equipo se comportaron en forma disciplinada, respondiendo a su condición de perras adiestradas.

A partir de ese primer día de adiestramiento, seguí saliendo a menudo por los alrededores del destacamento, corrigiendo los principales defectos de las perras y comprobando su rápido perfeccionamiento en el tiro del trineo.

Nadie podría imaginar, entonces, que con aquellas perras, Alonso y yo, íbamos a recorrer cientos de kilómetros y efectuar el reconocimiento topográfico de muchos miles de kilómetros cuadrados de superficie.

Una vez más, quiero destacar la importancia que tienen los perros en la Antártida pues, sin ellos ¿Cómo pretender la realización de largas expediciones de exploración, reconocimiento y estudios científicos? Por eso, es necesario purificar la raza y reemplazar de la Antártida muchos animales débiles, enfermos por el clima, que apenas pueden tirar el peso del pemmicam que consumen, pero que comen igual o más que los otros y se reproducen dando hijos raquíticos y tan inservibles como ellos.

CARTAS A LA MUJER AMADA

Estábamos muy lejos de las ciudades, llenos de recuerdos, a veces de tristeza. Casi todos éramos jóvenes y llevábamos en el corazón el recuerdo de algún amor que inspiraba aquellas cartas que escribíamos a una mujer amada.

Muchas veces, encerrados en nuestros dormitorios, escribíamos largas cartas de amor. Desde el escritorio del cuarto o desde la cabecera de la cama, una fotografía, con una sonrisa de mujer, nos alentaba. Eran horas de intimidad, soledad, paz, recuerdos, amor... La lapicera escribía frases cariñosas, palabras ardientes... Nosotros estábamos con el pensamiento lejos. ¡Muy lejos!

Había quienes escribían una carta diaria a su novia. A fin de año, regresaron con trescientas sesenta cartas para ella. Cartas que reflejaban la constancia de un amor que, quizá, se profundizó allí, donde el hombre necesita asirse a una ilusión, como un náufrago a una roca, para no enloquecer de soledad y desesperación.

Otros, olvidados ya, o traicionados por la mujer que amaban, sentían la necesidad de encontrar una imaginaria o ideal, una nueva Dulcinea, a quien dedicar sus sueños y sus cartas.



"Un integrante de la dotación, escribiendo y añorando"

Había también quienes se mostraban indiferentes a estas exteriorizaciones o necesidades del alma y se reían y burlaban de los extremadamente sensibles y románticos. Pero ¿Sabíamos nosotros que había detrás de esas risas? ¡También ríen los payasos ocultando sus tragedias!

SEGUNDA GRAN EXPEDICIÓN

El 28 de septiembre, iniciamos la segunda gran campaña invernal. Nos despedimos, con un abrazo fuerte, de todos los compañeros que quedaban en el destacamento, y partimos con tres trineos. El primero de ellos conducido por el Capitán Benavides y el soldado Manzione, el segundo por el Teniente Coronel Castro y el Químico Sani y, el último, por el Sargento Alonso y yo.

Con gran dificultad, subimos la gran cuesta próxima al destacamento. Las pobres perras de mi trineo, impotentes de subir arrastrando tanta carga, se acostaban, cansadas, vencidas. Alonso y yo, nos vimos obligados a cooperar, con todas nuestras fuerzas, en el lento ascenso del trineo, hasta llegar a la cima. Entonces, nos sentamos sobre la carga y dejamos también descansar a aquellos animales admirables.

Los otros trineos, tirados por perros mejores, seguían la marcha delante nuestro, a más de dos mil metros de distancia. Después de tres horas de marcha, llegamos al refugio de Bahía Duse, donde nos reunimos los seis expedicionarios. A pesar del fuerte viento, decidimos continuar la marcha y llegamos hasta las proximidades de Punta Villegas, habiendo recorrido más de veintiocho kilómetros.

29 de septiembre. Amaneció nublado y con viento Oeste muy fuerte, no hacía frío, se podía trabajar sin guantes. Seguimos avanzando, hacia el Suroeste, hasta la una de la tarde, hora convenida con el destacamento para mantener comunicación, por intermedio de la radio. Armamos una carpa, instalamos los aparatos, colocamos las

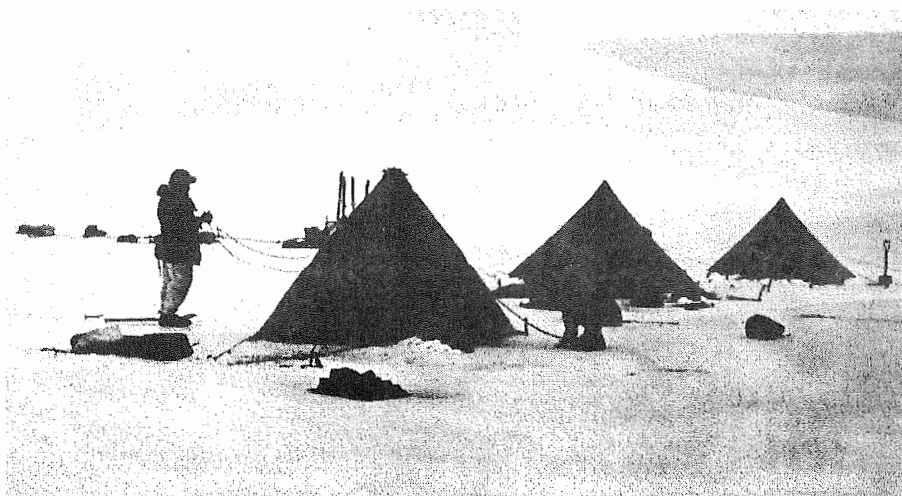
antenas y Alonso trató de establecer contacto con la base, mientras los restantes nos turnábamos en el movimiento del pedal que originaba la energía eléctrica necesaria para el funcionamiento del equipo. Sin embargo, como ya había ocurrido en la expedición anterior, el receptor no captó el llamado de Esperanza y fue inútil seguir insistiendo con el transmisor.



*"Un alto en la marcha. Teniente Coronel Fortunato Castro y
Topógrafo Emilio Carlos Olsson"*

Teniendo en cuenta el peso de un equipo de radio, el mismo no debe ser llevado a campaña si no se asegura previamente su correcto y eficaz funcionamiento. Además, yo creo en la conveniencia de reemplazar el sistema a pedal, por otro más adecuado a las exigencias de campaña.

Aproximadamente, a las dos de la tarde, el Teniente Coronel, el Capitán, Sani y Manzione, siguieron la marcha hacia el Sur y, Alonso y yo, tratamos de iniciar los trabajos topográficos de esa campaña.



*“Desarmando las carpas en la mañana del 29 de septiembre
Soplaba viento Oeste, no hacía frío y se podía trabajar sin guantes.”*

El viento Oeste soplaba con gran intensidad. Yo armé la plancheta, a una altura no mayor de un metro del suelo, y traté de ubicarme en el tablero por medio de un pothenot gráfico, pues contaba con la dirección del Norte Magnético y con diversos cerros y accidentes topográficos que habían sido ubicados, durante la campaña realizada en el mes de abril. Sin embargo, como el fuerte viento hacía temblar a la dioptra y llenaba de nieve el anteojo del aparato, decidimos continuar la marcha hacia el Sur y luego armar campamento.

30 de septiembre: Nos levantamos muy temprano, tomamos el chocolate de todas las mañanas, y yo salí con el trineo a efectuar trabajos topográficos. Coloqué todos los aparatos cuidadosamente atados en el trineo y comencé a caminar; las perras me siguieron contentas porque la carga era liviana. Al regresar, los animales ya conocían el camino y yo me pude dar el gusto de subir al trineo y dejarme llevar. Mientras tanto, Alonso había quedado en la carpa estudiando detenidamente el aparato de radio, tratando de localizar algún desperfecto que justificara su mal funcionamiento del día anterior.

Cuando regresé a la carpa, el equipo de radio estaba instalado afuera, eran las doce horas y Alonso debía comunicarse con Esperanza. Yo comencé a mover el pedal y mi compañero hizo el primer llamado pero no obtuvo respuesta. Después de largo rato de intentos inútiles, decidimos levantar campamento y continuar la marcha.



"Hay paisajes antárticos que parecen de otros planetas."



"Algunas Islas devolvían, en eco, los ladridos de los perros."

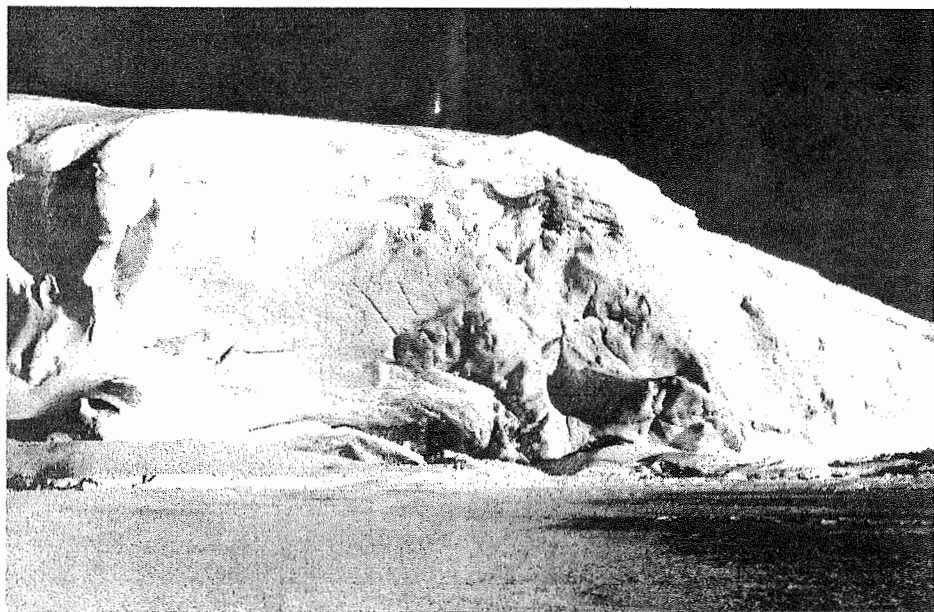
El día era realmente magnífico. No soplaban viento ni hacía frío. El sol brillaba en un cielo despejado. Aquella marcha por la superficie helada era encantadora. El invierno cruel había quedado atrás. Yo recordaba los temporales que había soportado en julio, con menos de cuarenta grados bajo cero, y no podía creer que era real aquel día de calor que nos obligaba a sacarnos la chaquetilla y los guantes. Las perras transpiraban y trataban de acercarse a la sombra de los témpanos, para no recibir los rayos del sol. Sobre la superficie helada, la nieve comenzaba a derretirse y formaba charcos de agua pura, cristalina. La visibilidad, extraordinaria, nos permitía ver nítidamente cerros lejanos y facilitaba los trabajos topográficos. Los días ya eran más largos; todo había cambiado mucho.

Aprovechando aquella tarde excepcional, Alonso y yo, avanzamos hasta muy tarde y completamos el reconocimiento topográfico de toda la Bahía. Contentos por el éxito de la jornada y alentados por aquellas condiciones climáticas tan favorables, llegamos hasta la isla Santa Isabel e hicimos alto. Habíamos recorrido más de veinticinco kilómetros, incluyendo las desviaciones que imponía el trabajo que realizábamos.

1 de octubre: Nevó casi todo el día. No nos fue posible continuar la marcha. Por la tarde se despejó un poco y escalamos los primeros peldaños de la Isla Santa Isabel, desde donde pudimos ver, con la ayuda de la dioptra, a los demás expedicionarios que estaban en la entrada del Canal Sidney Herber, aproximadamente a diez y siete kilómetros de distancia.

Hacia el Sureste, los últimos rayos del sol acariciaban la Isla Vega, con sus paredes de hielo cayendo a pique. Hacia el Sur, se destacaba claramente el Cabo Lachman, que constituye el extremo Noreste de la Isla Ross. Al Suroeste, a diez kilómetros, estaba la Isla Red, rocosa, casi sin nieve; detrás, a veintisiete kilómetros de distancia, se podía ver la Isla Carlson y, enseguida, el Cabo Lagrelius, extremo Noroeste de la isla Ross. Yo aproveché aquel lugar dominante, para trazar sobre la plancheta algunas radiaciones hacia adelante y, además, estudiar detenidamente la forma de las Islas cercanas y hacer algunas correcciones en el trabajo ya realizado.

Entre las rocas que constituyen la Isla Santa Isabel, encontramos piedras extrañas que parecían contener restos fósiles. Elegimos las más bonitas y, con los aparatos topográficos, descendimos dificultosamente las paredes, casi acantiladas, de la isla.



“A veces las costas se presentaban como bloques de hielo cayendo perpendicularmente al mar.”

2 de octubre: El día se presentó nublado, casi calmo. No hacía frío. A pesar de la poca visibilidad, seguimos los trabajos topográficos y continuamos la marcha hacia el Suroeste. Aproximadamente al medio día, se desató un fuerte temporal que nos obligó a detener la marcha y a armar campamento.

3 de octubre: A la mañana, soplaba viento del Oeste pero había visibilidad. Yo medí algunas bases con el telémetro e hice algunas estaciones con la plancheta; luego levantamos campamento y continuamos la marcha. A medida que transcurría el día, disminuía el viento y el frío. Al atardecer, llegamos a la costa de la Isla Ross, a unos diez kilómetros al Suroeste del Cabo Lachman. Allí se forma

una especie de pequeño cabo acantilado que había sido denominado Punta Written. Estábamos muy próximos al lugar donde habíamos acampado, el día 13 de julio, y dejado un pequeño depósito de víveres y pemmicam. Nosotros solamente llevábamos los alimentos necesarios para continuar, normalmente, seis días más en el terreno. Había llegado el momento de utilizar aquella reserva pero, cuando llegamos al lugar donde, indiscutiblemente, habíamos dejado las latas, tuvimos una desagradable sorpresa: no estaban. Inútil resultó cavar y buscar por todos los alrededores. ¡Habían desaparecido misteriosamente! Muchas veces, he tratado de encontrar una explicación satisfactoria, pero aparentemente no la hay. He pensado que pudieron quedar sepultadas bajo la nieve, pero nosotros cavamos hasta el hielo y no las encontramos. Me han dicho que el viento pudo arrastrarlas pero no lo creo. Las latas pesaban alrededor de los treinta kilos cada una y estaban en las proximidades de un témpano grande, que las protegía de los temporales. Alonso sospechó que yo había equivocado el lugar, entonces fui donde suponía que habían dormido los perros, durante los días 14 y 15 de julio, y encontré sus excrementos entre la nieve. Había salvado mi responsabilidad ante mi compañero.

La tarde estaba serena, el cielo totalmente despejado, el sol se ocultaba tras los cerros de la Península de Trinidad. No hacía frío. Por la noche, Alonso y yo, no dejábamos de pensar en el nuevo problema de la alimentación; no queríamos regresar al destacamento sin haber efectuado un reconocimiento topográfico hasta más allá de Cabo Lagrelius y, de común acuerdo, decidimos racionar los víveres, de manera de hacerlos alcanzar quince días más, y seguir adelante. Afortunadamente, contábamos con las focas, para alimentar a los perros, y no descartábamos la posibilidad de utilizar esa carne para nuestra propia alimentación.

La carne de foca es de un color oscuro, esta revestida de una gruesa capa de grasa y tiene un olor verdaderamente repugnante. Sin embargo, yo he comido en el refugio de Bahía Duse un guiso preparado con hígado y riñón de foca y, les puedo asegurar, que es riquísimo. Pero, en la pequeña carpa de campaña, no disponíamos de todos los elementos necesarios para cocinar y, además, no estábamos en condiciones de aumentar el consumo de kerosén. Sin embargo, yo creo que nadie moriría de hambre teniendo a su alcance un pedazo de carne de foca, aunque estuviese mal cocinada o cruda.

Esa noche, conversamos más que de costumbre, nos imaginamos sin víveres y con un fuerte temporal que nos impedía regresar, o bien buscando, desesperados, una foca para comerla, o viendo como el mar se descongelaba, poco a poco, para sepultarnos bajo sus aguas. Nos sentíamos héroes envueltos en peligrosas aventuras que, milagrosamente, se salvaban de la muerte. Estábamos satisfechos, el frío no nos había molestado mucho, habíamos tenido días hermosos y aquella campaña se estaba convirtiendo en un verdadero viaje de placer.

Durante las expediciones, generalmente, se conversa poco. Casi todas las palabras van dirigidas a los perros y son siempre las mismas: “¡Siga!”, “¡alto!”, “¡dere!”, “¡izquier!”, “¡muy bien!”, “¡te voy a dar!”, “¡te voy a enseñar!”, etc. O bien: “¡Qué frío!”, “¡se está nublando!”, “¡empieza el viento!”, “¡estoy cansado!”, “¡qué suerte, sale el sol!”, etc. Por las noches, generalmente se conversa un poco pero, habitualmente, las únicas frases que se oyen son las siguientes: “¡Al fin en la carpa!”, “¡hay que buscar nieve para hacer agua!”, “¡si no fuera por este calentador!”, “¡tengo los pies helados!”, “¡está lista la sopa!”, “¡qué humo!”, etc.

4 de octubre: Día nublado pero con visibilidad. La Nutria se había comido el arnés suyo y el de su compañera, de manera que Alonso se quedó en la carpa cociendo los arneses y yo salí con el trineo para continuar los trabajos topográficos.



"Excepcionalmente, las costas se presentaban como altas paredes desprovistas de nieve"

Es muy corriente que los perros adquirieran la costumbre de comerse los arneses, razón por la cual es necesario llevar unos cuantos de repuesto y aguja e hilo para remendarlos en el terreno. Esta costumbre, que trae inconvenientes a cada paso, pues hay perros que se los comen durante la marcha, se combate refregando violentamente los restos del arnés por la boca del animal. Se cuenta que, un gran explorador del Canadá, se enfureció tanto con los perros

que se comían los arneses, durante unas de sus largas expediciones, que, a martillazos, les sacó los dientes. Sin duda alguna, esos pobres animales no habrán vuelto a comer un arnés en todo el resto de su vida. Sin embargo, razón hay para repudiar toda crueldad contra esos perros, que bastante sufren tirando diariamente del trineo y que son dignos de nuestra admiración y gratitud.

Aproximadamente, a medio día, regresé a la carpa. Alonso había arreglado los arneses y preparado un té caliente que tomamos al instante. Luego, levantamos campamento y continuamos la marcha. Soplaban un viento fuerte y estaba nublado. Después de tres horas, llegamos a la altura de la Isla Carlson y vimos dos puntitos negros, al lado de un témpano, y advertimos que se trataba de dos focas. Contentos, ante aquel descubrimiento que significaba abundante comida para los perros, nos encaminamos hacia el lugar donde se encontraban. Cuando estuvimos cerca, Alonso comentó: "son dos foquitas, nos darán poco trabajo". Se trataba, efectivamente, de dos ejemplares pequeños, de una longitud no mayor de un metro y medio y una cabeza alargada de forma semejante a la de un perro.

Yo estaba acostumbrado a dar muerte a focas mucho más grandes que, casi indefensas, recibían el golpe mortal de mi hacha en la cabeza y les tenía lástima, porque me miraban con sus ojos grandes y buenos y parecían querer implorarme que les perdonara la vida. Solo por necesidad soy capaz de dar muerte a un animal y, aún así, ello me da la sensación de ser un cobarde y criminal.

La tarea que se nos presentaba era pues muy sencilla. Yo tomé el hacha de mango corto y Alonso una maza y avanzamos hacia los animales. Cuando estábamos aproximadamente a siete metros de distancia, una de las focas, sacando gran cantidad de espuma por la

boca y enseñando sus dientes grandes, salió resueltamente a nuestro encuentro. Aquel contraataque inesperado me desconcertó, traté de quedarme en el lugar con el hacha en alto, en espera del animal, pero sentí una terrible sensación de miedo, quise retroceder, pero un calambre repentino me afectó una pierna y resbalé en el hielo y caí. Nunca sentí miedo igual, la foca llegó a mi lado, me miró con sus ojos, que esta vez me parecieron asesinos, y abrió su boca grande, enseñando los dientes y la lengua. Yo permanecí en el suelo, inmóvil, creyendo que no tenía salvación. Después de mirarme ligeramente, la foca retrocedió y volvió a su lugar primitivo. Temblando, me levanté y vi que Alonso venía hacia mí dispuesto a socorrerme, pero el peligro ya había pasado. Él no tuvo ningún instante de indecisión en el momento crítico y había salido corriendo del peligro. Recuperados del susto, reímos largo rato.

Las focas continuaban juntas, una de ellas estaba quieta y gemía, la otra estaba en actitud belicosa y no nos permitía acercarnos. Cuando llegábamos, a cinco metros de distancia, salía nuevamente a nuestro encuentro y, Alonso y yo, emprendíamos la retirada. Así estuvimos como media hora hasta que resolvimos, de común acuerdo, “perdonarles” la vida por heroicas. Nuestra dignidad estaba a salvo, abandonamos la lucha “compadecidos” del enemigo. Sin embargo, los perros no parecieron muy contentos con nuestro comportamiento, pues debieron resignarse con una de las pocas raciones de pemmicam que nos quedaban.

Yo creo que aquella actitud de las focas tenía la siguiente explicación: Se trataría de una hembra que estaba muy próxima a la parición y, en esa circunstancia especial, el macho habría adquirido un valor y poder defensivo muy grande. Todos habremos observado que, hasta la perrita más fiel y sumisa, se vuelve recelosa y hasta

ofensiva, cuando tiene perritos. Pero en aquellos animales de vida tan distinta ¿No asumiría el macho la defensa de la hembra y de los hijos en el momento de la parición?

Armada la carpa al lado de un témpano enorme, que nos protegería del viento en caso de vendavales, nos dispusimos a preparar la cena. La larga caminata sobre el hielo, nos había despertado el apetito. Concientes de la necesidad de racionar cuidadosamente los víveres, hicimos una comida con una latita de conserva, extracto de carne y un poco de sopa Vergel; el plato quedó riquísimo. Un paquete de galletitas y dos frutas abrillantadas constituyeron el postre de aquella cena que, en realidad, resultó insuficiente, si se considera que en campaña no se almuerza y, en cambio, se produce un gran consumo de calorías. Desde entonces, continuamos todos los días alimentándonos con un jarro de chocolate, que tomábamos a la mañana, y una cena semejante a la de esa noche. Afortunadamente, disponíamos de cierta cantidad de kerosén y no sufríamos temperaturas mínimas extremas.

5 de octubre: El viento Sur soplaba frío, la visibilidad era buena, preparé el trineo y salí con mis nueve perras a trabajar. Medí, con el telémetro, una base de cinco kilómetros y, con la dioptra, corté sobre la plancheta algunos trazos de visuales y ubiqué los cerros y accidentes de todo alrededor. Eran ya las quince horas, cuando me senté en el trineo y emprendí el rápido regreso a la carpa. Mientras tanto, Alonso había dado muerte a una foca y cortado las raciones para los perros.

La tarde estaba tranquila, despejada, sin viento. Alonso y yo, decidimos soltar a todas las perras, al mismo tiempo, y salir juntos con ellas a dar un corto paseo entre los témpanos. Yo tenía casi la

certeza que no se pelearían estando a nuestro lado, y así fue. Con efusivas demostraciones de cariño comenzaron a saltar, a nuestro alrededor, y luego nos siguieron contentas y curiosas. Al lado de un témpano enorme, había más de cincuenta focas grandes con sus hijitos pequeños, que nos miraban temerosas; las perras trataron de atacarlas pero nosotros las detuvimos con fuertes latigazos. Algunas foquitas, de apenas una o dos semanas de vida, resbalaban ágiles sobre el hielo, seguidas de sus madres; otras dormían tendidas sobre el hielo, recibiendo los últimos rayos del sol.

Cuando volvimos a la carpa, atamos nuevamente a las perras y les dimos de comer abundantemente. La noche comenzaba a enviar sus primeras sombras y en el cielo, totalmente despejado, aparecían las estrellas.

6 de octubre: Continuamos hacia el Sur, estaba muy nublado, una niebla espesa dificultaba la marcha. Como siempre, uno de nosotros debía caminar adelante indicando a las perras el camino a seguir. Después de recorrer unos veinte kilómetros, hicimos alto en las cercanías del Cabo Obelisk.



"Proximidades del Cabo Obelisk"

7 de octubre: Empleé todo el día en la realización de trabajos topográficos. Medí, con el telémetro, una base de siete kilómetros, a lo ancho del Canal Príncipe Gustavo y, en ambos extremos de la misma, hice estación con la plancheta, efectuando un ligero reconocimiento topográfico del lugar, determinando la altura aproximada de los cerros y delimitando la costa. Mientras tanto, Alonso mató una foca para los perros y halló en su interior gran cantidad de peces enteros, sin vida, de aproximadamente quince centímetros de longitud. Ello nos confirmó la existencia de peces en aquellas aguas frías del mar antártico descongelado, que estaba bajo nuestros pies.

8 de octubre: La escasez de víveres nos obligó a decidir el regreso. El día se presentó frío y con viento, pero nos permitió la marcha. Afortunadamente, la superficie del canal estaba endurecida y bastante lisa y el trineo podía deslizarse con facilidad. Las perras se comportaban admirablemente con excepción de la Pinta, que no hacía más que caminar a la par de su compañera, sin tirar en lo más mínimo del trineo ¿Pero qué se podía esperar de aquel animalito ordinario y débil? A media tarde, sobrepasamos Cabo Lagrelius, llegamos al lugar donde habíamos acampado el día 4 de octubre e hicimos alto.

9 de octubre: Con el objeto de completar los trabajos topográficos, decidimos continuar el regreso bordeando las costas de la Península de Trinidad. Comenzamos, entonces, el cruce del Canal Príncipe Gustavo. El día estaba nublado, pero había una claridad que encandilaba los ojos. A mi se me habían roto las antiparras y tuve que marchar casi continuamente con los ojos cerrados.

Aproximadamente a medio día, tuve una de las más grandes satisfacciones de mi vida ¡Ante nosotros, aparecía una isla que no figuraba en ninguna de las recopilaciones de cartas publicadas en el país! ¡Habíamos descubierto una Isla! Teniendo en cuenta que es fácil confundirla con la costa del continente, la denominé Isla Escondida. Dejamos el trineo sobre el mar y, Alonso y yo, escalamos sus paredes acantiladas, hasta llegar a la parte superior. Entre las rocas desnudas, descubrimos gran cantidad de piedras de diversos colores cubiertas por musgo. He aquí una de las pocas manifestaciones de la vida vegetal en la Antártida.

Un fuerte viento Sur, se levantó de pronto y nos obligó a descender rápidamente de la Isla. A pesar del temporal continuamos

difícilmente la marcha hasta llegar al extremo Norte de la misma, donde hicimos alto, siendo aproximadamente media tarde y habiendo recorrido más de quince kilómetros.

10 de octubre: Antes de continuar la marcha, completé los trabajos topográficos ubicando en la plancheta la isla Escondida, con su forma y dimensiones aproximadas. Soplaban viento fuerte del Oeste y no hacía frío. Esa tarde, después de haber efectuado el reconocimiento de la costa continental, muy cansados, llegamos hasta la Isla Santa Isabel e hicimos alto. Habíamos recorrido un total de treinta y cinco kilómetros y las perras estaban agotadas. El viento, fuerte y relativamente cálido, había producido el derretimiento de la parte superior de la superficie helada del mar y se habían formado grandes charcos de agua cristalina.

La carpa fue levantada al lado de un témpano grande, que nos protegía del viento. A ratos, caían algunos copos de nieve acompañados de gotas frías. Al lado del calentador a kerosén, Alonso y yo, tratábamos inútilmente de secar las ropas y las botas totalmente mojadas. Afortunadamente no hacía frío.

11 de octubre: prácticamente amanecimos durmiendo sobre el agua. Había llovido en forma continua durante toda la noche y la carpa se había inundado totalmente. Completamente mojados, cargamos la carpa y los equipos al trineo y continuamos el regreso. La superficie congelada del mar estaba íntegramente cubierta de una capa de agua de un espesor medio de treinta centímetros. De los témpanos caían, continuamente, gotas producidas por el descongelamiento. Por las grietas de la superficie helada, el agua de la lluvia y del deshielo caía al mar líquido. En realidad existía una

capa de hielo que se debilitaba entre dos de agua. Indudablemente el descongelamiento total del mar estaba próximo.

Media hora Alonso y media hora yo, íbamos adelante, buscando el mejor camino para el paso del trineo. A pesar de que las botas cortas que usábamos iban completamente bajo el agua, permitiendo que ésta penetrase en su interior y llegue a los pies, no sentíamos el frío que se puede imaginar. Es preferible, mil veces, caminar con las ropas mojadas sobre el agua, que nunca puede tener una temperatura inferior a los cero grados, que soportar cuarenta y cinco grados bajo cero, caminando sobre el hielo con ropas y botas secas, porque la humedad y el agua se habían congelado sobre ellas.

Aproximadamente, a las quince horas, en circunstancias en que yo marchaba delante, con los esquís, para señalar el camino a las perras, se desató un fuerte temporal. Me detuve y miré atrás, pero nada puede ver; traté entonces de volver sobre mis pasos, en busca de Alonso, pero el viento me hizo resbalar, perder el equilibrio y caer. Me aproximé, entonces, a un témpano grande y busqué su amparo. De pronto llegó hasta mí la Dorotea y se tiró al suelo. Comprendí, entonces, que algo anormal le sucedía a Alonso y, dejando los esquís clavados en el suelo, comencé a caminar en contra del viento. La nieve, violentamente arrastrada, castigaba el cuerpo y las ráfagas hacían perder el equilibrio sobre el hielo resbaloso ¡Era tan difícil avanzar! Afortunadamente, pude hallar a mi compañero que se encontraba acostado en el suelo, refugiándose del temporal junto a la carga del trineo volcado. Entre los dos, tratamos de levantar el trineo pero el viento no lo permitió. Entonces, sin poder armar la carpa y cansados, nos tiramos sobre el hielo buscando la protección del trineo. Así permanecemos media hora, mojados, con frío, impotentes de luchar contra el temporal ¿Pero cuánto tiempo

resistiríamos así? En un último esfuerzo, logramos parar el trineo y conducirlo, con dificultad, al amparo de un témpano grande, donde pudimos armar la carpa. Habíamos recorrido unos veinticinco kilómetros y nos encontramos a un día de marcha del Refugio General Güemes.



"El Sargento Alonso y yo, durante la expedición."

Una vez armado perfectamente el campamento, hicimos nueve pozos sobre la nieve y en ellos buscaron protección las perras, después, les dimos su ración de pemmicam y entramos en la carpa. ¡Que sensación de bienestar cuando el calentador estuvo encendido y pudimos echarnos sobre los colchones neumáticos y sacarnos las botas y la ropa mojada!



“Lugar donde nos sorprendió el temporal del 11 de octubre”

Afuera seguía el viento con toda su intensidad, como si fuera el rey de aquellas zonas desoladas y frías.

12 de octubre: A pesar del mal tiempo, iniciamos la marcha muy temprano. Al recorrer unos trescientos metros, llegamos al lugar donde yo había dejado los esquíes el día anterior y junto a ellos, como fiel guardiana, estaba todavía la Dorotea. Yo la acaricié un poco, le di un pedazo de pemmicam, y la até junto a la Diana, en su correspondiente lugar de tiro.

A medida que avanzaba el día, disminuía el viento y aumentaba la visibilidad. A medio día pudimos ver el refugio que se

encontraba aproximadamente a diez kilómetros de distancia. Sin duda, pronto nos sería posible gozar de sus comodidades, que pueden ser consideradas insuficientes, para los que llegan del destacamento, pero que significaban muchísimo para los que regresábamos de una larga expedición.

Seguíamos normalmente la marcha, cuando nos vimos obligados a detenernos frente a una enorme grieta de mar. Tenía varios kilómetros de largo y una anchura media de tres metros. Las focas asomaban por ella sus cabezas y algunas saltaban del agua para caer sobre el hielo. Después de buscar cuidadosamente el lugar más adecuado, Alonso logró saltar sobre la grieta. Yo retrocedí unos diez metros con el trineo e indiqué a mi amigo que comenzara a llamar a las perras. Los fieles animales, cuando sintieron sus nombres, comenzaron a esforzarse por arrastrar el trineo que yo mantenía frenado. En el instante en que la impaciencia de las perras llegaba al máximo, les di la orden de partida. El trineo comenzó a deslizarse rápidamente, se aproximaba a la grieta, yo temía su caída. Afortunadamente, la Nube saltó sin vacilar y su ejemplo fue seguido por algunas de sus compañeras. Pese al temor de la Nutria y de la Cueva, que cayeron al agua, para ser luego rescatadas, el trineo cruzó con éxito el obstáculo y quedó en condiciones de reanudar normalmente la marcha. Cuando solo faltaban tres kilómetros para llegar al refugio, el viento comenzó a soplar con violencia y la tormenta adquirió características semejantes a la del día anterior. No pudiendo armar la carpa, decidimos continuar lentamente la marcha, dificultada por la falta de visibilidad. Al anochecer, cansados, conseguimos llegar al refugio, entramos en él, encendimos la estufa y el calentador y comimos abundantemente. Afuera, el viento continuaba soplando y las perras permanecían acostadas, hechas un ovillo y casi sepultadas por la nieve.

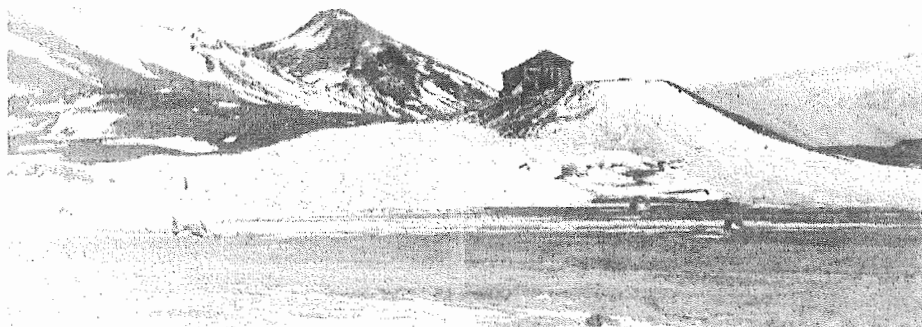
GUISO PARA LAS PERRAS Y FINALIZACIÓN DE LA EXPEDICIÓN

El mal tiempo nos obligó, a Alonso y a mí, a permanecer varios días en el refugio, sin poder regresar a Esperanza. Transcurría el día 17 de octubre y no disponíamos de pemmicam ni de carne de foca para alimentar a las perras. Ante tal situación, resolvimos hacerles un guiso. En una olla grande puse agua, sal, arroz, nueve choricitos españoles, una lata de picadillo, extracto de carne y pedacitos de queso e hice hervir todo el contenido. Como resultado obtuve un guiso que me pareció delicioso, aunque mi compañero no fue de la misma opinión. Una vez que hube comido un buen plato, de aquella comida hecha para las perras, comencé a repartirla entre sus verdaderas destinatarias. Para ellas, aquel guiso resultó un verdadero manjar, algo sin precedentes. ¿Cómo no gustarles aquella comida calentita si estaban acostumbradas a alimentarse con pemmicam congelado y carne de foca cruda y helada?

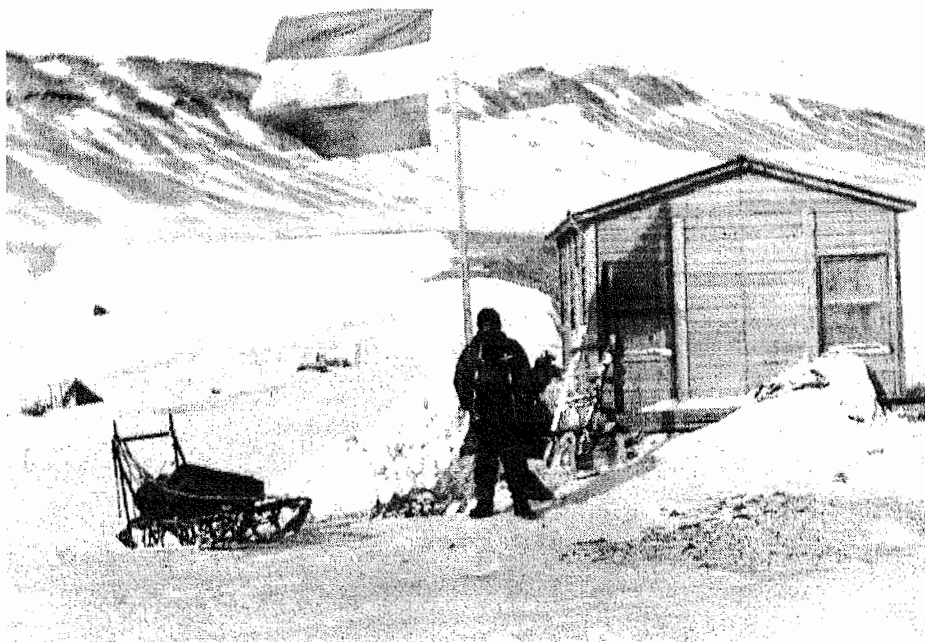
18 de octubre: Emprendimos el regreso a Esperanza. La marcha se hizo dificultosa, debido al colchón de nieve que se había formado con el reciente temporal. Aproximadamente a las quince horas, cerca del Paso del Medio, nos encontramos con una patrulla inglesa. Nos saludamos y tratamos de entendernos con señas y algunas palabras. Uno de los integrantes de la expedición extranjera, señalando a las perras de nuestro trineo dijo: “¿This is señoritas?”. Alonso y yo, interpretando que preguntaba si nuestro equipo de perros estaba constituido por hembras, respondimos: “yes”, “yes”.

Después de despedirnos de los ingleses, reanudamos la marcha y llegamos al destacamento a las diez y siete horas.

Habíamos finalizado la expedición y efectuado el reconocimiento topográfico de más de seis mil kilómetros cuadrados de superficie. Mientras tanto, la otra patrulla de exploración, dirigida por el Teniente Coronel Fortunato Castro, había recorrido el Estrecho Sydney Herbert, las costas orientales de la Isla Ross, llegado a la Isla Seymour, a la Isla Snow Hill y visitado el refugio que construyera Nordskiöld, en su histórica aventura. Ya de regreso, tocaron Cabo Pother, Isla Pearson y tomaron luego por el Canal Príncipe Gustavo.



“Refugio construido por el explorador Nordenskiöld en la Isla Snow Hill en 1903”



"La Bandera Argentina, flameando como símbolo de soberanía, en la Isla Snow Hill"

LOS PERROS Y LOS PINGÜINOS

El pingüino es un animal heroico en la lucha, valiente, sacrificado. Cuando un perro lo ataca, lo enfrenta con sus aletazos potentes y el pico listo para clavarlo en las carnes del enemigo. Un perro, no práctico en la caza de un pingüino, difícilmente le puede dar muerte. Cuando se sueltan dos o tres perros, comienza la gran matanza. Los pingüinos se agrupan ocupando un círculo y haciendo un frente común. Los atacantes, incapaces de vencer por sí solos la

resistencia, y con gran habilidad, consiguen hacer retroceder al grupo hasta ponerlo al alcance de los perros, que están atados a las maromas. Entonces, la lucha se vuelve sangrienta. Los pingüinos escapan de la boca de un perro para caer en la de otro y heridos, teñidos completamente de rojo, con las vísceras afuera, continúan su lucha desigual. Los perros, sin esperar la muerte de sus víctimas, comienzan a comérselas. Algunos pingüinos, en un último y desesperado esfuerzo, logran escapar de la boca de los perros y se deslizan pendiente abajo hasta caer al mar, dejando sobre la nieve su roja trayectoria. Otros, con el pecho abierto y las patas rotas, quedaban inmóviles en el suelo mientras, las aves de rapiña, comenzaban a comer sus carnes vivas y a arrastrar sus vísceras sobre la nieve.

El pingüino es un ave muy curiosa. Cuando ve que los perros están matando a uno de ellos, se acerca para observar la lucha y se convierte, inocentemente, en una víctima más. A menudo encontraba, por las mañanas, quince o veinte pingüinos muertos o malheridos, junto a las maromas de los perros. Tomaba entonces una pala y comenzaba la tarea humanitaria de terminar con la vida de los pobres sobrevivientes, evitándoles el dolor de una muerte lenta.

Es común observar que un grupo de pingüinos se encuentre acorralado, entre dos o tres perros, al borde del mar. Aunque la lógica nos dice que el instinto de conservación los impulsaría a tirarse al agua y quedar a salvo, ellos no lo hacen y pelean hasta caer al mar, ya muertos o heridos ¿Porqué esa resistencia inútil y absurda? ¿Es el amor a la lucha lo que los impulsa firmes en su puesto de combate? ¿O es que prefieren morir valientemente antes que huir como cobardes?

EL INCENDIO DE UNA CARPA

En nuestras expediciones antárticas, el pequeño calentador a kerosén cumplió una misión fundamental: la de dar calor a nuestros cuerpos y activar así la circulación de la sangre, a veces próxima a detenerse en las partes más afectadas por el frío. Es innegable que con el calentador también cocinábamos y preparábamos el agua pero, en los días muy fríos, se piensa primero en entrar en calor y, recién después, en alimentarse.

Nuestro calentadorcito era algo que queríamos mucho, no solamente por que nos era indispensable sino también porque, siempre que nos encontrábamos en la carpita, el estaba a nuestro lado.

Cuando funcionaba, sus patas se calentaban y penetraban en el hielo del piso. Así era como, poco a poco, iba quedando más bajito hasta que uno de nosotros, con un cuchillo, y haciendo fuerza hacia arriba, conseguía extraer las patas del hielo.

Cuando la temperatura era inferior a los treinta grados bajo cero, daba gran trabajo encender el calentador. Primero había que lograr encender un fósforo, generalmente estos se encontraban húmedos, y era necesario utilizar de diez a quince antes de obtener una llama. Después, se debía encender el alcohol del pequeño depósito para calentar el gasificador; esta última tarea era también muy difícil; cuando hacía mucho frío el alcohol no se inflamaba fácilmente; nosotros encendíamos primero un papel, calentábamos un poco el combustible líquido y recién entonces las llamas pasaban

al calentador. Sin embargo, no estaba concluida la tarea. El gasificador necesitaba mucho calor para funcionar correctamente y, muchas veces, el kerosén salía sin gasificar y se inflamaba produciendo grandes llamaradas. Así fue como, en cierta oportunidad, durante la campaña anterior, se incendió la carpa que ocupaban el Teniente Coronel Castro y el Capitán Benavides. Hay que hacer resaltar que, las carpas de campaña tienen únicamente una salida muy pequeña, que se cierra cuidadosamente y, para abrirlas, es necesario, aproximadamente, dos minutos. Surge entonces, en forma clara, el peligro que corrían los dos individuos que estaban dentro de la carpa. Además, el combustible inflamado había llegado a la cara del Teniente Coronel y quemado ligeramente su rostro. El humo, no dejaba ver ni respirar. Ante tal situación, el Capitán Benavides, tomó un cuchillo y cortó la carpa, haciendo una nueva salida. Ya afuera, el Teniente Coronel, momentáneamente casi ciego y con gran dolor, se tiró al suelo y, desesperado, tomó un puñado de nieve y se lo pasó por el rostro. Afortunadamente, las lesiones no fueron muchas, las llamas se pudieron apagar y la carpa, con algunos arreglos y remiendos, siguió prestando sus servicios.

EL REGRESO DE LOS PINGÜINOS

Cuando, Alonso y yo, finalizamos la campaña de trabajos topográficos en el Canal Príncipe Gustavo, los pingüinos ya comenzaban a invadir a Esperanza. Venían de la Patagonia, como lo hacían en esta época todos los años, para pasar el verano en la Antártida Argentina.

Iban llegando a la bahía en pequeños grupos, cada uno de los cuales parecía tener un jefe. Llegaban a destino, después de cruzar miles de kilómetros de mar, buscando un sol más débil y dispuestos a formar sus nidos.

En pocos días, millares de pingüinos ocuparon las adyacencias del destacamento. Volvieron las escenas de amor, los robos de las piedritas y las peleas infaltables en la pingüinera.

La nieve de los alrededores, salpicada por millones de excrementos y manchas de sangre de los pingüinos heridos o muertos por los perros, perdió su blancura y su pureza. Nuevamente, el aire nos traía el olor repugnante de la pingüinera. Por las noches, los perros, ansiosos de tener entre sus dientes la carne del algún pingüino, ladraban continuamente y, tironeando, lograban arrancar las maromas.

Es indudable que, estos viejos y naturales habitantes de Esperanza, transforman con su presencia la vida del hombre, rompen la monotonía y el silencio, distraen con sus actividades y peleas.

Siempre se los ve en pareja, se dice que si muere uno de los compañeros el sobreviviente sigue fiel a su memoria, viviendo solitario hasta la muerte.

Un día, noté gran movimiento en la cocina. ¿Qué pasaba? Algunos de mis compañeros habían descubierto los primeros huevos de pingüino de la temporada y se aprestaban a preparar un manjar, con esos alimentos que la naturaleza nos brindaba, frescos y nutritivos. El tamaño de cada uno de ellos es muy superior al de los huevos de gallina y, una vez colocados en la sartén, la clara, que es

de muy poca consistencia, se esparce y abarca una gran superficie. A medida que se iban terminando de freír los primeros huevos, los íbamos comiendo ¡Eran tan ricos! ¡Y pensar que, cuando llegué a la Antártida, me negué a comer una tortilla porque sospeché que había sido preparada con huevos de pingüinos!





"...y formaron sus nidos"

EXPEDICION AL MAR DE LA FLOTA

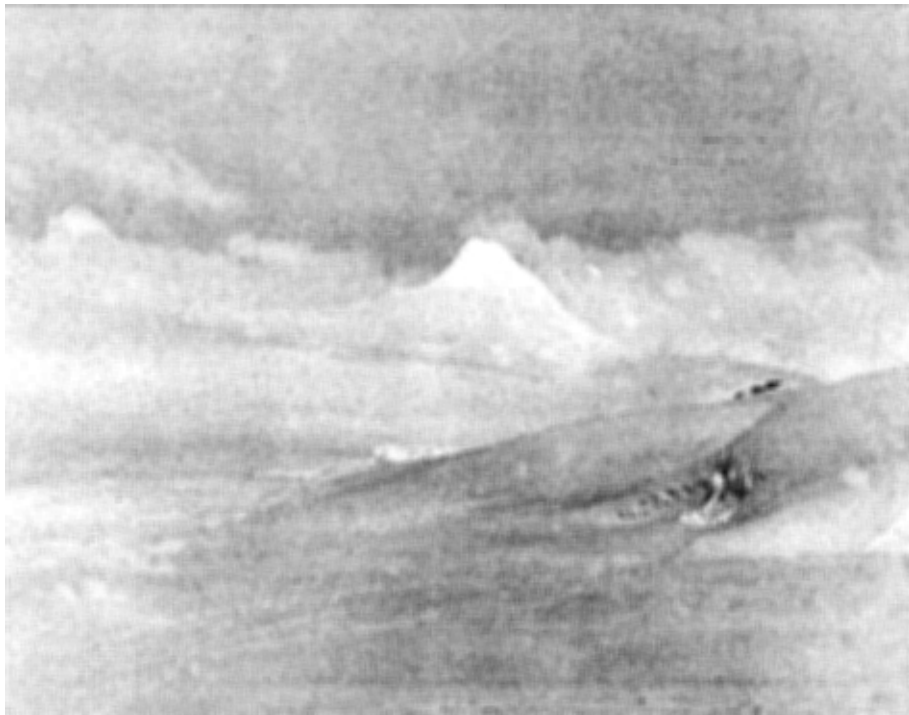
El 21 de octubre, Alonso, Sani, Manzione y yo, salimos del destacamento y llegamos hasta Bahía Duse, donde nos reunimos con

el Teniente Coronel Castro y el Capitán Benavides. Nuestro próximo objetivo era Cabo Legoupil, sobre el Mar de la Flota. Desgraciadamente, los días siguientes fueron tormentosos. Recién el 25 de octubre pudimos emprender la marcha, llegamos hasta las proximidades de Punta Villegas y luego tomamos hacia el Oeste. Había gran cantidad de focas; matamos una y la cargamos en un trineo; ya teníamos carne fresca para los perros. A media tarde, cuando habíamos recorrido unos quince kilómetros, comenzó a soplar viento fuerte y nos vimos obligados a hacer alto. Junto a un témpano grande, armamos las tres carpas.

26 de octubre: El día amaneció despejado y sin viento, muy temprano emprendimos la marcha. Después de recorrer unos dos kilómetros, llegamos a la costa de la Península de Trinidad. Con gran esfuerzo y cuidado, logramos atravesar las grietas enormes que indicaban el comienzo del continente y comenzamos a subir la cuesta larga que se extendía a nuestros pies.

La nieve reflejaba los rayos solares y, sobre su blancura impecable, los cerros rocosos hacían resaltar su color oscuro. A medida que ascendíamos, el paisaje se tornaba más hermoso. Abajo, se veía el mar helado de la bahía, más allá la Isla Vega; hacía el Noroeste, la Península de Tabarín con todos sus cerros; al frente, indicándonos la culminación de aquella cuesta, se veía un cordón montañoso donde sobresalía un cerro conocido con el nombre de Olga. Seguimos avanzando sin dificultad. El día era magnífico y no sentíamos frío. Después de medio día, comenzó el viento Sur y la visibilidad se hizo casi nula; con gran esfuerzo logramos llegar al pie del Cerro Olga y decidimos hacer alto. Las tres carpas se armaron en forma casi alineada y al resguardo del viento. Alonso preparó el equipo de radio y esa noche nos comunicamos con el destacamento.

Alonso estaba más contento que nunca. ¡Había podido cumplir eficientemente su misión de técnico radiotelegrafista!



“El Cerro Olga, de la Península de Trinidad, emergiendo de entre las nubes bajas. A su resguardo, armamos el campamento del día 26 de octubre. Fotografía tomada desde Bahía Duse”

Alonso y yo, seguíamos compartiendo la misma carpa. Esa noche, le correspondía a él la preparación de la cena. Mientras el guiso de mondongo humeaba en la pequeña cacerola, se originó el siguiente diálogo.

- Alonso: Olsson, esto ya está listo y parece muy bueno.

- Olsson: con el hambre que tengo cualquier cosa me parecerá rica.
- Alonso: toma tu cuchara y arrímate, comeremos los dos de la cacerola.
- Olsson: ¿Por qué vamos a comer de la cacerola si tenemos platos?
- Alonso: es que los platos están afuera, en el cajoncito de cocina y con este viento...
- Olsson: pero si no hace viento.

Alonso y yo, teníamos la costumbre de discutir. Pese al gran aprecio que nos unía, nunca nos poníamos de acuerdo en los detalles. Al finalizar el diálogo, Alonso, un poco nervioso, se levantó para buscar los platos y, descuidadamente, tocó el calentador y volcó la cacerola ¡Adiós guiso de mondongo!

Yo no podía resistir la tentación de probar la comida derramada y, con una cuchara, recogí algunos pedazos de mondongo del suelo, les saqué la nieve, y me los comí. Alonso me miraba amargado y me decía: “¡Y vos eras el que no quería comer de la cacerola!”. Comprendí que yo era, en gran parte, el culpable del ayuno que nos esperaba y nada respondí.

Al día siguiente, a las tres de la mañana, comenzamos a prepararnos para iniciar la marcha. Estaba casi claro, no hacía viento ni frío. A lo lejos se divisaba el Monte Taylor y el Bransfield. Yo aproveché ese momento de serenidad para efectuar un estudio del terreno y completar, en parte, mis trabajos topográficos.



“A las tres de la mañana, del día 27 de octubre, nos preparamos para iniciar la marcha.”

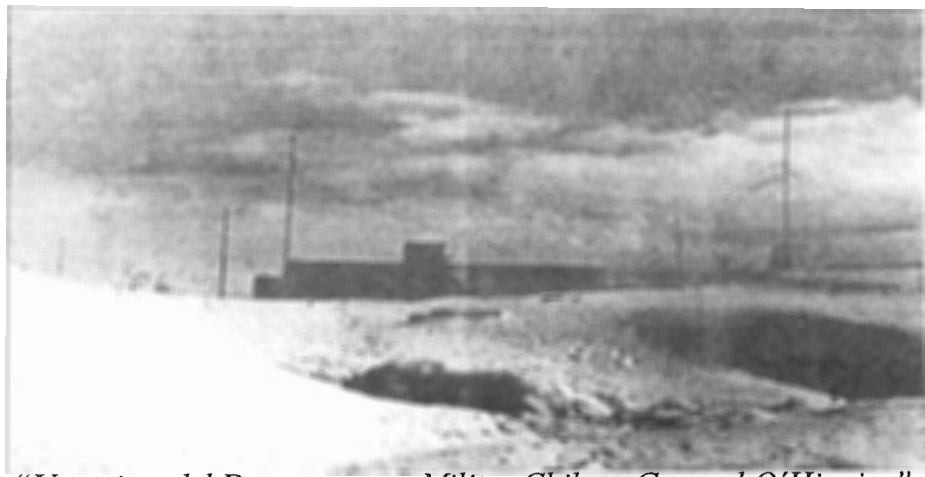
Esa mañana, la marcha se nos hizo más fácil, pues comenzábamos el descenso hacia el mar de La Flota. A las nueve de la mañana, cuando el viento comenzaba nuevamente a soplar, llegamos a Cabo Legoupil y divisamos al destacamento chileno General O' Higgins.

Los militares del vecino país nos recibieron con gran amabilidad y nos invitaron a conocer su destacamento y a convivir con ellos unos días. Después de tantos meses de aislamiento, aquel encuentro nos permitía conversar con otras personas, respirar otro

ambiente, saborear otras comidas, en fin, romper una larga monotonía con un acontecimiento grato para el espíritu.

Coincidiendo con nuestra llegada a Legoupil, los primeros pingüinos de la temporada se hicieron presentes, anunciando la proximidad del verano y dispuestos a hacer sus nidos. Como el pemmicam que llevábamos para los perros se nos estaba terminando, el Capitán Benavides resolvió atacar a los pingüinos para aprovechar su carne. Entre el Capitán, Sani, Alonso y yo, armados con palos, rodeamos al grupo e iniciamos el asalto criminal pero necesario. Quince pingüinos quedaron inertes sobre la nieve, tiñéndola de rojo. Esa noche los perros comieron pechuga de pingüino.

Durante la expedición, con la colaboración del Capitán Benavides, realicé un ligero reconocimiento topográfico, de gran parte de la Península de Trinidad, ubicando los cerros y cordones montañosos principales y determinando su altura aproximada.



“Una vista del Destacamento Militar Chileno General O’Higgins”

Desde las proximidades del monte Yaquinoth, próximo al destacamento chileno, pudimos distinguir a la isla Astrolabe, sobre el Mar de la Flota. Los témpanos desfilaban, a la distancia, sobre aguas oscuras. Hacía el Este, las cumbres de los cerros estaban casi permanentemente ocultas, entre las nubes bajas. El viento soplabá, casi sin descanso, durante días y días, pero no hacía mucho frío.

El 3 de noviembre, muy temprano, iniciamos el regreso. Nos despedimos de los militares chilenos, entre los cuales dejábamos nuevos y excelentes amigos, y comenzamos a subir al continente. Aproximadamente a medio día, llegamos al pie del cerro Olga. El viento soplabá con violencia, la visibilidad se hizo muy mala y seguimos avanzando despacio. Debido a la altura, la zona en que nos encontrábamos está, casi permanentemente, cubierta de nubes bajas y azotada por el viento. A medida que descendíamos hacia Bahía Duse, el tiempo fue mejorando sensiblemente. Cuando pisamos el mar helado, ya la visibilidad era buena. Yo miré hacia atrás y divisé, todavía, al cerro Olga emergiendo apenas entre las nubes. Estábamos solo a catorce kilómetros del refugio y continuamos la marcha. Sobre el mar helado de la bahía, yo hice una última estación topográfica, completando los trabajos anteriormente realizados.

A media tarde, después de una jornada excepcional, de más de diez horas de marcha, durante la cual recorrimos unos cincuenta kilómetros, hicimos nuestra entrada en el refugio General Güemes.

4 de noviembre: Regresamos a Bahía Esperanza. Allí nos reunimos con todos nuestros camaradas que habían seguido trabajando diariamente, desde el destacamento, cumpliendo todos con la misión encomendada por el Señor Jefe del Destacamento.



“3 de noviembre de 1954. Sobre el mar helado de la bahía, yo hice una última estación topográfica”.

De izquierda a derecha: Teniente Coronel Fortunato Castro, Topógrafo Emilio Carlos Olsson y Sargento Agustín Hugo Alonso.

LA ÚLTIMA EXPEDICIÓN

El 17 de noviembre, el Sargento Ayudante Franco y yo, iniciamos la última expedición de trabajos topográficos del año. En ocho días, logramos completar el reconocimiento de la Península de Tabarín. Desde uno de los cerros próximos al Estrecho de Fridtjof logramos reconocer, a más de sesenta kilómetros de distancia, las

Islas Seymour y Show Hill; a nuestros pies se extendía el Mar Erebus y Terror. Recordé, entonces, la histórica aventura de Norsdenskiold y sus hombres: Corría el año 1902, la fragata Antártica dejó al citado explorador en la Isla Seymour y a Andersen en Bahía Esperanza y navegó por el Mar Erebus y Terror, donde naufragó. Andersen y sus hombres se ven obligados a permanecer, todo el invierno, en un pequeño refugio construido con piedras y cueros de foca, cuyos restos todavía se conservan, alimentándose a base de carne de foca y utilizando la grasa, como principal combustible. Transcurrido el invierno, con un trineo tirado a pulso, Andersen y sus compañeros, consiguen reunirse con Norsdenskiold, en la Isla Show Hill, de donde fueron rescatados por la fragata Argentina Uruguay, que realizó una proeza extraordinaria.

Desde el mismo cerro, se veía la boca del Canal Sydney Herbert, la Isla Ross y las costas del Canal Príncipe Gustavo.

La pequeña expedición se cumplió normalmente, pese a los fuertes temporales. El Sargento Ayudante Franco, como consecuencia de una leve herida, debió colocarse una inyección antitetánica antes de partir, razón por la cual no podía comer más que durazno al natural y verduras. Cuando llegaba la hora de la cena y yo me preparaba un rico guiso de mondongo o un puchero, comenzaban los sufrimientos de mi compañero. Más de una vez tuve que convencerlo que no debía apartarse de las prescripciones médicas.

El 24 de noviembre, finalizamos la expedición y, con ella, los trabajos topográficos del año. Solo restaba esperar que llegara al barco y nos llevara a Buenos Aires.

En el destacamento, ya había ambiente de partida. Cada uno trataba de encajonar sus cosas particulares y arreglar sus valijas. Algunas miradas perdidas a lo lejos, parecían querer descubrir la esperada figura de un barco, entre los témpanos que flotaban en el mar. Solo el Teniente Alba Posse y el Sargento Liquitay permanecían indiferentes al regocijo común, pensando en el próximo año que permanecerían, por su propia decisión, en aquellas frías regiones del Sur argentino.

ENTRE LAS CUATRO PAREDES DE MI CUARTO

Parece lógico suponer que un año de vida, en un destacamento de la Antártida, debe estrechar más la amistad entre las personas. Sin embargo, un año de vida allí se hace largo. Son días de convivencia forzosa con individuos que el azar puso en nuestro camino. Todos tenemos defectos, fáciles de disimular durante unos días, pero, a través del contacto obligado y permanente, es imposible esconder las imperfecciones y el yo de cada uno termina por manifestarse tal cual es. Quién hizo un esfuerzo por no reírse de nadie termina burlándose de todos. Él que trató de controlar sus nervios, se enoja luego por cualquier insignificancia y así, surgen las primeras diferencias. Las disimuladas molestias que nos puede originar, al principio, quién nos mira siempre con aire de superioridad, por ejemplo, se van acentuando hasta un punto tal que se nos hacen insoportables. Indudablemente, la vida allí es dura y no todos los espíritus están igualmente preparados para resistirla. Para mí, a veces, era un alivio alejarme del destacamento con un trineo de perros, desafiar a la naturaleza inhóspita, a la soledad casi absoluta y

encontrar, en aquellos lugares que hablaban de eternidad y de infinito, la serenidad, la paz del espíritu y la presencia de Dios.

Por causas que no entraré a señalar, fui encerrado con llave en mi dormitorio. Por primera vez en mi vida, quedé privado de la libertad y comprendí, en un instante, el valor ilimitado que encierra esa palabra. Hacía casi un año que vivía como prisionero de la naturaleza, pero a esa prisión natural yo había llegado por mi propia voluntad, buscando aventuras mil veces soñadas. Por eso, al encontrarme entre las cuatro paredes de mi dormitorio, encerrado con llave en un destacamento de la Antártida, sentí el dolor profundo de estar a merced de otros hombres. Tomé un libro e intenté leer, no pude, mis manos temblaban, mis ojos ardían, un sudor frío me corría por la frente, en la boca tenía un sabor amargo. El 26 de noviembre de 1954, sentí como, en el salón comedor cercano, se reunían los demás integrantes del destacamento. Escuché sus gritos, sus saltos, la manifestación de sus alegrías y emociones, seguidos de silencios largos y expectantes. Cuando Acho Manzione me trajo la comida, le pregunté el motivo de aquella reunión extraña. Me respondió que Pascual Pérez peleaba, por el título mundial de box, con Yoshio Schirai, en Tokio, Japón, y escuchaban la transmisión del evento por la radio. Cuando Acho volvió al comedor, yo traté de seguir los avatares de la pelea, pegando la oreja a la puerta. Por el ruido de los saltos y por los gritos de júbilo comprendí que teníamos un nuevo campeón mundial argentino. Esa noche, no podía conciliar el sueño y, cuando lo hice, tuve horribles pesadillas. Desperté sobresaltado y apoyé mi frente al cristal de la ventana como tratando, en mi desesperación y en mi locura, de ver un barco que pudiera sacarme de allí y vi a los cachorros de los perros que jugaban, a los pingüinos haciendo sus nidos. Era la vida libre de los animales sin

odios, sin egoísmos. Afuera el sol lo bañaba todo de luz y el viento Sur arrastraba pequeñas partículas de nieve.

UN ACCIDENTE EN EL DORMITORIO

Durante la mayor parte del año compartí el dormitorio con un gran amigo mío: el soldado Manzione. Jamás discutimos, mi compañero tenía la virtud de ser sincero y de hacerse querer por todos sus camaradas. Después de cenar, tenía la costumbre de leer hasta altas horas de la noche. Como el deficiente estado de los motores obligaba a reducir al máximo el consumo de electricidad, leía con la luz débil de una vela. A menudo interrumpía su lectura para hacer algunos comentarios sobre la misma.



"Mi amigo Homero Manzione"

Las camas del dormitorio eran dobles, superpuestas. El dormía en la de arriba y yo en la de abajo. En cierta oportunidad, se quedó dormido con un libro en las manos y la vela encendida y, en sueños, se sintió, quizá, el héroe de su novela y dio un salto tan grande que se cayó de la cama sobre una silla, primero, y luego al piso. El ruido que hizo me despertó y lo vi en el suelo quejándose. La novela que leía estaba a su lado y la luz mortecina de la vela, que casi se había consumido toda, alumbraba débilmente el interior del cuarto. Siguió un rato caído, todavía no bien despierto, mirando a su alrededor sin comprender lo que pasaba. Le di la mano, lo ayudé a levantarse, comprobé que no se había producido golpes de importancia y, luego, comentamos risueñamente el accidente de nuestro cuarto.

Cinco minutos después, Manzione encendía una nueva vela y continuaba la lectura. Yo me dormí temiendo que, mi compañero, se sintiera de pronto ante un trampolín dispuesto a dar un salto mortal.

Hace un tiempo, en Marzo de 1955, Manzione vino a visitarme a mi domicilio, en Belgrano R-Capital Federal. Piloteaba un hermoso y moderno automóvil verde. Yo lo recordé, con su barba y su ropa antártica, conduciendo un trineo de perros, entre los témpanos y las grietas.



"Manzione, conduciendo un trineo de perros."

LOS PINGÜINOS Y LOS GATOS

En los días tibios, los dos gatos abandonaban las habitaciones y salían a caminar sobre las piedras y la nieve. Pasaban junto a los pingüinos, desconfiados, listos para esquivar cualquier picotazo, mientras estos se agrupaban curiosos para mirarlos pasar. A mí me gustaba observar las reacciones de estos animales que parecían querer ser amigos. Los pobres pingüinos, escarmentados de la crueldad de los perros, tenían razón de permanecer a la expectativa,

pero no pudiendo dominar su curiosidad, rodeaban a los gatos sin amenazarlos y, al comprender que no eran animales peligrosos, ya confiados, se les acercaban más y más. Por su parte, los gatos, después de pasar el largo invierno durmiendo en los rincones de la cocina, sin atreverse a salir a la intemperie, veían con agrado el movimiento de la pingüinera pero, siempre recelosos, terminaban por emprender una prudente retirada. Indudablemente, el peligro para los dos felinos lo constituían, también, los perros sueltos. Es decir que los gatos y los pingüinos tenían un terrible enemigo común. Esto, quizás, contribuía a reforzar aquella especie de simpatía que los unía.

NOS AFEITAMOS

Todo era preparativo de partida en el destacamento. Valijas por los pasillos, cajones, comentarios, todas las actividades estaban directa o indirectamente relacionadas con el próximo relevo. Después de un año de permanencia en la Antártida, sin afeitarnos, con aquellas vestimentas extrañas, parecíamos hombres de épocas remotas. ¿Qué impresión causaríamos en Buenos Aires si regresáramos así? Algunos opinaban que deberíamos llegar conservando los rasgos característicos de aquella vida pero, los que no queríamos ser un punto necesario de la curiosidad porteña, ni correr el riesgo de hacer un papel ridículo, decidimos afeitarnos.

Guzmán improvisó la peluquería. La maquinita y la tijera comenzaron a funcionar en sus manos. Largos mechones caían continuamente al suelo. Rato después, casi todos parecíamos distintos, estábamos extraños, casi irreconocibles. En la cara, sentíamos una sensación rara, parecía que nos habíamos desecho de algo necesario. La mayoría comenzó a buscar sus espejos, que hacía

tiempo que descansaban en las valijas y, luego, se contemplaron el rostro nuevo.

Cuando Guzmán dio por finalizada su tarea, era uno de los únicos que conservaba su cabello largo y su barba. Manzione hizo entonces las veces de figaro y, nuestro cocinero, cambió su aspecto antártico por otro más acorde con la vida de Buenos Aires.

Las fotografías, me traen hoy el recuerdo de mi larga barba. Todavía parece que la extraño. Ella protegió, durante un año, mi rostro del viento y del frío. Algunas veces leo o estudio y, llevadas por la costumbre, mis manos parecen querer acariciarla, pero se cierran y no la encuentran. Es que no la volverán a encontrar porque aquella barba, que ellas acariciaban siempre, se quedó en la Antártida junto a tantas otras cosas que añoro y que parecían formar también parte de mi vida.



"El autor antes y después de afeitarse para regresar a Buenos Aires"

EL RELEVO

Transcurría un día como tantos, nublado, triste. De pronto alguien grita: “¡Un barco!”, “¡un barco!” Todas las miradas se dirigieron al mar y vieron a la nave. Después de los primeros gritos, saltos y abrazos, con que exteriorizamos la alegría propia del momento, una sensación extraña me envolvió. Yo no se cuantos pensamientos confusos y contradictorios se mezclaron en mi cerebro. Pensé en el reencuentro con mis padres y demás seres queridos, pero también con el abandono próximo de aquella vida que tenía sus encantos y se había arraigado en mi alma.

Días después, en otro barco, llegó el relevo. Gran actividad en el destacamento. Unos llegaban con sus esperanzas y otros salían como buscando la libertad. Porque la Antártida es, en cierta manera, como una cárcel de la que nadie pude escapar durante el invierno.

Yo sentí un dolor profundo al abandonar el destacamento. Es que es humano encariñarse con las cosas que vemos y utilizamos diariamente. Mi par de esquíes y mis dos bastones, llevando grabadas mis iniciales, me habían acompañado a lo largo de más de mil kilómetros y parecían formar parte necesaria de mi cuerpo. Sin embargo, quedaban allí, en un rincón del sótano, entre otras cosas viejas. La pieza donde viví durante un año largo, donde pasé las amarguras inevitables de las circunstancias pero donde, también, supe soñar y pensar en el devenir, quedaba en manos de otros hombres que parecían despojarme de algo mío, robarme y echarme de la casa. ¿No era mía la cama, el colchón, el ropero, la pequeña biblioteca? ¿no había yo pintado las paredes del dormitorio, los marcos de las ventanas y el cielorraso? Sin embargo, tuve que preparar mi valija y salir confundido y triste.

Cada piedra que miraba, cada ráfaga de viento, el murmullo del mar, el prenderse y apagarse de la luz del faro, todo, todo, parecía formar parte de mi vida. Miré el sol débil y lejano y sus rayos llegaron a mi rostro trayéndome una tibieza delicada... acariciadora. Mis pies se hundían en la nieve pura y, a mi paso, los pingüinos abandonaban la búsqueda de sus piedritas para retroceder desconfiados y tímidos.

Antes de alejarme definitivamente del destacamento, dejando mi valija sobre el hielo, me acerqué y acaricié a cada uno de los perros. No pude contener las lágrimas. Ellos, los que fueron mis compañeros de tantas aventuras, los que sufrieron conmigo, los que tiraron cientos de kilómetros a través de las grietas del continente y del mar, los que estaban acostumbrados a recibir mis caricias diarias se quedaban, y se quedaban para siempre. Sus vidas miserables estaban condenadas a la esclavitud permanente y al sacrificio continuo. Para ellos la muerte lo sería todo: el alivio, la libertad... el calor que reclamaban. En ese instante, les hablé a los perros y hubiese querido que ellos interpretarán mis palabras, mi cariño... mi tristeza. Cuando me alejé, quedaron saltando, alrededor de sus cadenas, parecían resignados a su vida. Un pingüino que intentó pasar entre las maromas los enfureció y los vi, por última vez, ladrando desesperados.

Ya cerca del muelle, contemplé el carrito con el que habíamos transportado los cajones de víveres, el carbón... la nieve para hacer el agua. Estaba desgastado por el uso. Al encontrarlo en mi camino, recordé la trágica tarde del 16 de febrero, en que en él transportamos el cuerpo sin vida de Don Santiago. Me pareció revivir los momentos de angustia y apresuré el paso deseoso de olvidar.

Por último, pasé junto a las paredes de piedra del que fuera durante un año el refugio del explorador Andersen. Allí, en una carpita, había yo vivido los primeros meses de mi permanencia en la Antártida. Todo me traía recuerdos.



"Un paisaje de Bahía Esperanza"

Es por eso que quiero volver a la Antártida. Porque en ella, parece haber quedado gran parte de mi vida. Muchas veces no puedo dormir, me hace falta la nieve, el mar, aquellas montañas, mi dormitorio, mis perros, mi trineo... aquellas noches claras. Parece que necesito la furia de los vientos para volver a enfrentarlos.

Desde el muelle, una lancha nos condujo hasta el “Buen Suceso”. El viento Norte, hizo avanzar los hielos hacia la bahía y fue necesario ir sorteando témpanos enormes. Los pingüinos nos miraban pasar y algunas focas descansaban sobre los grandes bloques de hielo flotantes. Era el comienzo de mi regreso, era el viaje hacia los seres queridos y hacia la libertad. Sin embargo, mis ojos húmedos se volvieron muchas veces hacia atrás, para dar las últimas miradas al querido pedazo de patria que quedaba.

Hoy, toda mi vida transcurrida en la Antártida es como un sueño prolongado, como un maravilloso viaje imaginario a través de mundos distintos, blancos y hermosos, fríos y crueles. Muchas veces, recorriendo un camino cualquiera, sin rumbo, me sorprenden mis noches misioneras, claras y tibias, y veo a Spica en el cielo, a Antares, Arturo, Achernar, a las mismas estrellas que vigilan aquellas noches lejanas y, señalándonos el camino hacia el polo, la Cruz del Sur, la que allí en Esperanza, culmina en el Cenit.

INDICE

PROA AL SUR	11
RUMBO A USHUAIA.....	12
PARECÍAN CASAS ENCANTADAS	17
PISAMOS TIERRAS ANTÁRTICAS.....	21
BAHÍA ESPERANZA.....	22
LOS INTEGRANTES DE LA DOTACIÓN	23
¿Y LA NOCHE?	27
NAVIDAD BLANCA.....	28
LOS PINGÜINOS.....	29
AÑO NUEVO	33
LAS TAREAS DIARIAS	35
LA VIDA EN LA CARPA	43
PRIMER VIAJE EN TRINEO.....	45
ALGUNOS ANIMALES DE TRISTE HISTORIA.....	49
EN LAS AGUAS DEL MAR	52
LA MUERTE DE DON SANTIAGO	55
NUESTRO DESTACAMENTO.....	57
CONSTRUCCIÓN DEL DESTACAMENTO MILITAR	
ESPERANZA, AÑO 1954	62
EL DESFILE DE LOS PINGÜINOS.....	64
DE LA ANTÁRTIDA A BUENOS AIRES	66
LA PRÁCTICA DEL ESQUI.....	68
INICIACIÓN DE LOS TRABAJOS TOPOGRÁFICOS	70
EL FESTEJO DE LOS CUMPLEAÑOS	81
UN BUSTO A LA MEMORIA DE EVA PERÓN.....	83
EL CUIDADO DE LOS PERROS	85
UN DESCUIDO CASI TRÁGICO.....	89
EL INVIERNO.....	90
LA SALA DE RADIO	92
PREPARACIÓN DE LA EXPEDICIÓN INVERNAL.....	94

LA JURA DE LA BANDERA	98
EL ENGAÑO A MIS PADRES	99
DIARIO DE LA PRIMERA GRAN EXPEDICIÓN	100
FINALIZACION DE LA EXPEDICIÓN	121
REPERCUCION DE LA EXPEDICIÓN REALIZADA	129
DIRECTIVAS DEL INSTITUTO	
GEOGRÁFICO MILITAR.....	137
OTRO DOCUMENTO	143
EL ASADO PARA LOS PERROS.....	146
TRANSCURRE AGOSTO	147
LA TRAVESURA DEL ALÍ.....	150
LA ANSIEDAD DE VÍVERES FRESCOS	152
PREPARACIÓN DE UN DEPÓSITO DE AVANZADA	153
COLGADOS DEL TECHO.....	156
UNA OPERACIÓN DE APENDICITIS	157
MI ENTRADA A LA CÁMARA FRIGORIFICA	159
PREPARACIÓN DE UN NUEVO TEAM DE PERROS	160
CARTAS A LA MUJER AMADA.....	163
SEGUNDA GRAN EXPEDICIÓN	165
GUISO PARA LAS PERRAS Y FINALIZACIÓN DE LA	
EXPEDICIÓN.....	186
LOS PERROS Y LOS PUNGÜINOS	188
EL INCENDIO DE UNA CARPA	190
EL REGRESO DE LOS PINGÜINOS	191
EXPEDICIÓN AL MAR DE LA FLOTA.....	194
LA ÚLTIMA EXPEDICIÓN.....	201
ENTRE LAS CUATRO PAREDES DE MI CUARTO.....	203
UN ACCIDENTE EN MI CUARTO	205
LOS PINGÜINOS Y LOS GATOS.....	207
NOS AFEITAMOS.....	208
EL RELEVO	210

ANTÁRTIDA ARGENTINA

*Es el relato fiel de un año de vida en un
destacamento de la Antártida Argentina*

EMILIO CARLOS OLSSON se desempeñó, como técnico de la División Geodesia del Instituto Geográfico Militar, realizando trabajos de triangulación en varias provincias argentinas. En el año 1953, fue seleccionado, como topógrafo de esa Gran Repartición, para realizar trabajos de esa especialidad en la Antártida Argentina. Integró la dotación de la Base Militar Esperanza, durante el año 1954, participando en varias expediciones de exploración y levantamiento topográfico.

En la Provincia de Misiones, se desempeñó como topógrafo de la Dirección General de Catastro, Geodesia y Topografía y como Director de Tierras y Colonización. Estuvo a cargo de la Subsecretaría de Asuntos Agrarios e integró la Honorable Cámara de Representantes como Diputado Provincial.